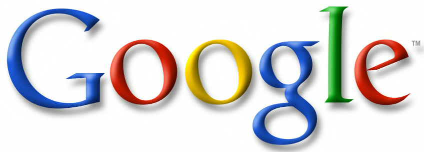

Google


ALPHONSE
PICARD & FILS
EDITEURS
RUE BONAPARTE
82
PARIS VI ARROND.
LIBRAIRIE
ANCIENNE
D'OCCASION
COMMISSION
LIVRES NEUFS
FRANÇAIS
&
ETRANGERS



LA VIDA

EN LOS

BOSQUES SUD-AMERICANOS

VIAJE AL ORIENTE DE BOLIVIA

POR

Filiberto de Oliveira Cezar



CASA EDITORA

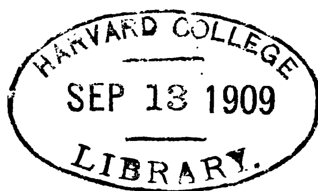
Imprenta, Litografía y Encuadernacion de Jacobo Peuser

BUENOS AIRES
Esquina San Martin y Cangallo

LA PLATA
Boulev. Independencia esq. 58

ROSARIO
629—Calle Córdoba—635

1891


HARVARD COLLEGE
SEP 13 1909
LIBRARY.

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

PÁGINAS.

CAPÍTULO I

SUMARIO.—Prólogo.—Partida de Buenos Aires.—El campamento en Chamacocos.—Reconocimientos inmediatos.—Nos sorprenden los salvajes.—La sed.—Se resuelve formar dos expediciones.—Visita que nos hacen los Chamacocos.—Ejercicios al blanco y de natacion.—Muerte de un yacaré por el hijo del cacique.—La chaquetilla turca.—A bordo del vapor "Rio Apa."—Curumbá y la fiesta de San Juan 3

CAPÍTULO II

SUMARIO.—El Campamento en Piedra Blanca.—Fusilamiento de tres negros desertores.—En viaje.—El rio Tucabaca.—La canoa.—A cien metros de altura.—Batalla con los salvajes en los campos de "La Florida".—Prácticas á seguir entre los indios chiquitanos 30

CAPÍTULO III

SUMARIO.—Santiago de Chiquitos.—Los caciques Maimoré y Taji-hualpa.—Me exijen que elija compañera.—Concurso de doscientas bellezas indias.—Carolina Frias.—Casamiento chiquitano y danzas primitivas.—La historia de mi elegida.—Recuerdos de la infancia.—Estrofas de Carolina.—Inti-huasi 47

CAPÍTULO IV

SUMARIO.—La caza de antas.—La gruta de los murciélagos.—Tradicion india.—Termina la cacería.—La tribu Guarañoca y la Tupü.—Prácticas religiosas.—Los baños y el espejo.—Estaba cautivo 69

CAPÍTULO V

SUMARIO.—Volvemos al Chaco.—Taji-hualpa me acompaña.—El pueblo en fiestas de despedida.—Campamento en el Bosques de los Tamarindos.—Cara-huasi nos dá lecciones de geografía. — La transmigracion de los espíritus.—La pesca con hamacas.—Cacería en marcha.—Las ranas del Pozo del Tigre.—Cara-huasi y los Guarás.—Las suaves caricias de la Aurora. – Manteo á los zorros y como debe cazarse al vuelo.—El rastro de una tribu.—El parlamento.—El aduar de los Toboroches.—Noticias de nuestros compañeros.................................. 84

CAPÍTULO VI

SUMARIO.—Peripecias porque pasa la expedicion Minchin.—Mister Fiddes y Morisset.—Los correos indios.—Collas ladrones. – El geroglífico de los piés izquierdos.—La choza de Cara-huasi y Tobaitá.—El tigre que pesca.—Onza! Onza!—Fiddes y el cocinero asistidos en una enfermedad por el sistema indígena.—Pesca con narcótico.—La perra y la mona.—La trampa de flechas.—Malmelián.—Visita del cura-médico. – Blanqueo del Templo.—Simulacro de combate.—Triste despedida.—La cascada de Soutos.—Fin... 121

Buenos Aires, Agosto 1890.

Señor doctor don Eduardo L. Holmberg.

Mi distinguido amigo:

Usted me había dicho en varias ocasiones que escribiese mi viaje por el Chaco boliviano. Es cómplice de mi conato. Ahí va escrito el viaje. Deje por mi cuenta la parte de responsabilidad que usted tiene en mi atropello á la literatura. Tengo mi compensacion en el petardo de hacerle leer este protocolo.

Como han desaparecido el gaucho de la campaña y el indio de la Pampa, va á desaparecer mañana el habitante de las selvas del Chaco.

Puede llegar un dia, no lejano, en que sean interesantes estos rasgos de la vida primitiva en las selvas mediterráneas de Sud-América. Mis cuadros son tomados del natural: no bien pintados indudablemente; pero el sabor de la verdad disculpará un tanto las faltas de redaccion. De todos modos, esto no es pretensioso; he tratado de invertir un tiempo no ocupado, haciendo frente á un trabajo superior á mis fuerzas.

Narro costumbres que despiertan curiosidad en todas partes, porque la humanidad está lejos aún de sospechar que no ha eliminado de las circunvoluciones de su cerebro las primordiales tendencias del hombre primitivo.

Permítame, pues, ofrecerle este tributo de amistad, que, sin su estímulo, no habría servido sino como uno de tantos temas de conversacion.

Su afmo.,

FILIBERTO DE OLIVEIRA CEZAR.

Buenos Aires, Agosto de 1890.

Señor don Filiberto de Oliveira Cezar.

Caro amigo:

¿Diez años? sí; más ó menos. Llegaba usted del Chaco boliviano, que acababa de cruzar, y me refería, viajando ambos en direccion al Tigre, lo que este libro contiene. Su narracion era tan fresca, tan ingénua, tan de muchacho travieso (era usted muy muchacho entónces, hasta creo que hizo ese viaje célebre, sin permiso de su mamá—y era travieso), que no pude menos de arrancarle el compromiso de escribirla tarde ó temprano.

¡Qué joya, mi amigo!

Me parece que usted ha mentido á veces con todo el descaro de un indivíduo que se abroga ínfulas de responsabilidad científica, porque solo los sábios que creen serlo pueden mentir así; pero usted no es sábio, porque ha cruzado el Chaco sin termómetro que le dé una temperatura media de 45 grados á las siete de la mañana; usted no señala una vegetacion ribereña de "Coníferas *entre las que* predominan las solaneas;" usted no ha hallado *Amonitas vivas*. ¿Cómo ha de ser usted sábio si no es capaz de decir todas estas burradas en un informe oficial?

Usted no ha tenido instrumentos gonométricos que le den 23 grados, 5 minutos, 7 segundos y 6 pulgadas á la sombra.

Pero en cambio, ha escrito usted un libro delicioso.

He dicho antes que me parece.

Déjelo como está. No lo toque. No deje manosear el manuscrito por los hombres de ciencia. Ellos le van á suprimir todo lo bueno, y le van á dejar todo lo malo. ¿Sabe por qué? Porque todo lo malo de su libro es científico, ó todo lo científico es malo, y lo bueno, no es científico, pero es bueno.

¿Cuál es el hombre de más talento de la República Argentina?..... ¿Sí? Pues bien, bajo mi palabra de caballero, le aseguro que ese indivíduo que usted nombra mentalmente leerá su libro "de una sentada," y durante varios dias se ocupará de él. Andando el tiempo, olvidará á Carolina y á Intihuasi, pero Filiberto, para él, y desde entónces, habrá dejado refranes y pasará á ocupar un lugar distinguido entre los humoristas Americanos.

Un amigo mío, tan amigo como aficionado á los achaques electorales, trabajaba en cierta ocasion por no se que alcalde. —"Vea, don Félix, le dijo un sicario, usted va mal; usted anda mal; usted quiere trabajar á la inglesa; déjenos á nosotros hacer elecciones á la criolla"..... y ganó ..... y ganaron.

En la literatura Americana, su libro criollo no tiene precedente. Guarde el molde.

Gracias. Muchas gracias. Mil gracias.

Si volviese yo á escribir un libro de viaje, quisiera que usted fuese mi padrino.

Hasta el otro. Adios.

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG.

LA VIDA

EN LOS

BOSQUES SUD-AMERICANOS

(VIAJE POR EL ORIENTE DE BOLIVIA)



I

Sumario: Prólogo.—Partida de Buenos Aires.—El campamento en Chamacocos.—Reconocimientos inmediatos.—Nos sorprenden los salvajes.—La sed.—Se resuelve formar dos expediciones.—Visita que nos hacen los indios Chamacocos.—Ejercicios al blanco y de natacion.—Muerte de un yacaré por el hijo del cacique.—La chaquetilla turca.—Abordo del vapor "Rio Apa."—Curumbá y la fiesta de San Juan.

Tenía yo veinte años y muy poco dinero. Las juveniles ilusiones aleteaban en mi mente alegres y bulliciosas como aves de alas azules al suave calor de un sol primaveral.

Mi existencia corría al amparo de estas impresiones en medio de nuestra sociedad porteña. El desierto, la vida salvaje y errante, y el contacto directo con la Naturaleza, tenían para mí irresistibles atractivos.

Soñaba muchas veces con las legendarias acciones de guerra de nuestros heróicos antepasados, proclamando las masas populares, escalaba los Andes, libraba batallas contra las hordas de salvajes, y vencedor de imaginarias lides, rendía á los piés de una mujer hermosa los frescos lauros de tan brillantes hechos.

PARTIDA DE BUENOS AIRES

El clarin de la guerra había sonado en el Pacífico el año 187....; y se presentaba el momento de correr al campo de la accion.

Una empresa comercial se preocupaba de encontrar una senda que, á través del inmenso Chaco, comunicara los puertos del Alto Paraguay con el Oriente de Bolivia.

Organizóse en Buenos Aires una expedicion científico-militar que debía remontar los rios y explorar los desiertos de Otuquis y Chiquitos, buscando los vestigios de las antiguas sendas que en tiempo de la conquista española y de la dominacion jesuítica servían para comunicar las reducciones de los salvajes, con los pueblos del litoral y del antiguo Imperio de los Incas.

Había que evitar, en las largas travesías por entre bosques seculares y sin límite, los rigurosos calores del Verano y con este motivo la expedicion partió de Buenos Aires en Marzo, debiendo complementar, en la Asuncion del Paraguay, el personal de obreros y hombres prácticos de la vida del desierto.

Salimos del Riachuelo de Barracas en una de esas tardes diáfanas de suave coloracion rosada que nos recordaría el golfo de Nápoles, si las costas estuviesen limitadas por pintorescas faldas.— Íbamos en el vapor "Gualeguay" fletado expresamente para nuestro servicio.

Pronto abandonamos las angosturas del riacho y nos lanzamos á la planicie quieta del Plata, dejando en la ribera un grupo de parientes y amigos que nos saludaban sacudiendo en el aire los pañuelos.

Nos dirigíamos al Delta para internarnos al corazon de la América, remontando el Paraná.

Veíamos perderse, en la ceja verde del horizonte, la querida ciudad de Buenos Aires, donde dejábamos tan múltiples afectos.

La bruma de la tarde fundió á lo lejos todo aquel cuadro que aun cuando se desvanecía á nuestros ojos, confundiéndose en una extensa línea, quedaba grabado en nuestro recuerdo con los indelebles tintes del cariño.

El Plata, mientras tanto, crecía á nuestro alrededor, alterado en su majestuosa quietud por la hélice bulliciosa de nuestra nave. — Cuando la costa se perdió de vista, las gaviotas de vuelo caprichoso parecían las últimas mensajeras que nos traían el postrer adios de las orillas, batiendo sus alas sobre las ondas argentadas.

En medio de tanta majestad había que recordar las inspiradas estrofas de Echeverría, el luciente astro de nuestra literatura en sus primeros pasos:

" Salve, oh Plata! en tu presencia
Multiplicarse ya siento,
Sublimarse mi existencia
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora quieta, ora iracunda
Se muestra hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda,
Como rebosa ahora en tí.

Nuestro rio, que mas bien podría llamarse como le llamó Solis tiene su fisonomía propia y su faz tan expresiva y simpática como la de la mujer querida. En aquella tarde, era para mí de dulce despedida.

La noche nos envolvió al entrar en las aguas del Uruguay y cruzar los canales que limitan las islas para caer mas tarde al Paraná.

Y ya que hemos recordado á Echeverría en sus estrofas al Plata, ¿por qué no valernos, ahora que vamos á entrar al Paraná, para remontarlo hasta el Paraguay, de aquellos conocidos versos de Dominguez, dulces, descriptivos y pintorescos, que nos exoneran de hablar en monótona prosa de las sublimes obras de la Naturaleza?

De las entrañas de América,
Dos raudales se desatan
El Paraná faz de perlas,
El Uruguay faz de nácar;
Los dos entre bosques corren
Y entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos,
Entre marcos de esmeralda.
Salúdanlos á su paso

La melancólica pava;
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza;
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y le arrojan flor del aire,
Aroma y flor de naranja,
Luego en el *Guazú* se encuentran,
Y mezclando allí sus aguas,
Juntando nácar y perlas,
En el Plata se derraman.

Á los ocho dias de navegar, siguiendo las márgenes del Paraná, llegábamos á la ciudad de Corrientes, que está situada sobre la orilla izquierda y es una de las mas antiguas capitales de provincia.

Por la márgen derecha contemplábamos los interminables bosques del Chaco Argentino, que no es mas que la prolongacion hácia el Sur de las extensas zonas del Chaco boliviano, que va á servir de campo á nuestras expediciones y correrías.

En Corrientes permanecimos el tiempo necesario para levantar carbon, aburrirnos y renovar las provisiones.

El señor Francisco J. Bravo, principal empresario de los trabajos y estudios de caminos que debíamos practicar en Otuquis y Chiquitos, se encontraba tambien entre nosotros.

En mi carácter de Secretario de la Comision exploradora, no podía ser extraño á los percances de la vida azarosa de las selvas. Era precisamente esa série de aventuras que debían desenvolverse en torno nuestro, lo que me seducía y llevaba en aquel grupo de ingenieros, exploradores y soldados.

El elemento extranjero, franceses, ingleses y españoles, predominaba entre nuestros hombres y fué contratado, por nuestro distinguido principal, un grupo de peones correntinos, que seguirían el viaje á nuestras órdenes, en su carácter de prácticos.

Á los seis dias de levantar el ancla en el puerto de Corrientes, fondeábamos en la Asuncion, Capital de la República del Paraguay.

Como viajábamos con rumbo hácia el Norte, aproximándonos cada vez mas al Ecuador, notábamos que el Invierno se hacía mas

benigno, encontrándonos á aquella altura con la temperatura de una agradable Primavera.

La comision exploradora bajó en corporacion y visitó en su despacho al señor Presidente de la República.

Nuestros trajes no eran en aquella ceremonia los que corresponden á una embajada diplomática, sino los que debían servirnos para las penosas travesías que íbamos á emprender.

El territorio por recorrer se encontraba en aquel momento en litigio entre el Paraguay y la República de Bolivia; pero un tratado especial entre los dos gobiernos, celebrado por el Ministro señor Quijarro y con la intervencion del señor Bravo, nos permitía practicar los estudios y reconocimientos, en el carácter de expedicion armada.

En tres ó cuatro dias pudimos complementar el grupo de gente de tropa, llegando al número de treinta hombres, que quedaron al mando del capitan Perez, ex-oficial del ejército argentino.

Veinte bueyes y otras tantas mulas fueron embarcados, como así mismo machetes, hachas de desmonte y otras herramientas y arneses que satisfarían suficientemente las exigencias de la travesía.

Al abandonar la Asuncion, remontamos el Alto Paraguay, cuyas márgenes cada vez mas escarpadas, recobraban el aspecto pintoresco y agreste de las selvas vírgenes en la zona tórrida.

En las costas los *Yacarés*, cocodrilos ó caimanes, los tucanos, y los pequeños monos, nos servían de objetivo para ensayar las armas. De cuando en cuando sorprendíamos algunos salvajes, que presurosos y asustados por la proximidad del vapor, remaban vigorosamente en su canoa de un palo, para ocultarse en el recodo de algun riacho ó entre el juncal de la ribera.

EL CAMPAMENTO EN CHAMACOCOS

Los pilotos de la navegacion ó baqueanos del rio, nos anunciaron una tarde la proximidad en que nos encontrábamos del barranco de los *Chamacocos*, situado en el 19° paralelo. Este paraje lleva ese nombre á causa de llamarse Chamacocos los indios de la tribu que habita el territorio inmediato y está situado sobre la márgen derecha del rio, en el territorio en litigio de que hemos hablado antes.

El desembarque del grupo expedicionario en un punto mas ó menos céntrico del Continente y de la dominacion salvaje, pudo efectuarse con felicidad sin ninguna clase de hostilidades por parte de los soberanos del suelo. El personal militar estableció el servicio de guardia, que debía ser doblado en las horas de la noche.

Las blusas de lona cruda que preservan de las espinas en los enmarañados bosques, las luengas botas, las espadas relucientes, las tiendas de campaña, las armas en pabellon y las oscilantes hamacas suspendidas de un tronco á otro de los grandes árboles, presentaban un cuadro lleno de vida y movimiento.

La carpa de la comision exploradora se armó en el centro del pequeño campamento y allí fueron instalados nuestros pertrechos particulares, armas, instrumentos y hamacas. El ingeniero principal de la expedicion, señor John B. Minchin, el segundo don Juan Morel, el capitan de infantería señor Perez y el secretario de la comision, autor de estas líneas, eran los ocupantes de aquel sitio de preferencia.

El techo que cubría las hamacas de la gente de tropa era el verde follaje de los árboles, mucho mas agradable y cómodo que el nuestro, en mi concepto, pues permitía á cualquier hora, sin recibir directamente los rayos solares, la contemplacion de una naturaleza exuberante.

De lo alto de los mástiles del barco habíamos visto, durante las últimas noches de navegacion, grandes hogueras hácia el N. O., hechas por los salvajes, en medio de los bosques.

Esos fuegos nos indicaban tolderías en la direccion que mas ó

menos debíamos seguir al internarnos y no parecía aventurado suponer que encontraríamos las aguadas que nos eran tan necesarias para efectuar la travesía.

Pasado el primer momento del desembarque, los hombres prácticos se ocuparon de cortar palmeras para construir un muelle flotante y una casa rústica que fué rodeada por un foso parapetado, el que, en comunicacion con la barranca de la costa del rio, nos sirviera de defensa contra un ataque posible de los salvajes.

Se estableció un blanco en la parte desmontada de la selva, y dieron principio los ejercicios de tiro, el manejo del Remington y del Winchester, y nociones esenciales de movimientos militares en guerrilla.

RECONOCIMIENTOS INMEDIATOS

Siendo necesario obtener conocimientos topográficos del interior para hacer el primer cambio de campamento, se resolvió organizar dos comisiones compuestas de cuatro hombres á caballo, los cuales debían internarse en la espesura, sirviéndose de la brújula.

Una comision exploraría el N. O. y la otra el S. O., debiendo regresar en el dia al campamento.

La partida debía ser á las seis de la mañana del siguiente dia, llevando armas, municiones y las provisiones necesarias.

Fuí designado para dirigir el grupo que excursionaría al N. O., á cuyo efecto elejí tres hombres de entre los trabajadores correntinos.

Cabalgábamos por debajo de los árboles en cuatro mansas mulas que, lerdas y pacientes, soportaban resignadas la pesada carga, abstraidas en la contemplacion de las verdes matas de yerba y nos alejábamos del campamento siguiendo las tortuosas sendas de los animales salvajes.

En las grandes espesuras de ramas espinosas, muchas veces habíamos hecho servir nuestras espadas de machetes de desmonte para abrirnos camino.

Las cuadrillas de tigres y de *Pumas* (Leon de Sud América) que viven asociadas y recorren durante el dia la costa de los rios, haciendo presa de otros animales, rodeaban nuestro campamento durante la noche y nos sostenían un concierto infernal no interrumpido de ahullidos y rugidos.

Varios perros de caza habían sucumbido entre las garras de los tigres por alejarse algunos metros del reducto en las horas de la noche.

Despues de adquirir el hábito de oir el concierto de las fieras, por espacio de algun tiempo, sabe uno interpretar perfectamente la súplica ó amenaza que en cada bramido se formula. Conocíamos el grado de hambre que cada animal tenía y de lo que era capaz, su edad, su sexo, y hasta su estado, discerniendo claramente si el bramido era de una madre seguida de cachorros ó de un tigre solteron y calavera.

En resúmen: los bramidos eran una eterna súplica por nuestras carnes ó la de nuestros animales; súplica á la que nosotros nos mostrábamos poco blandos y á la que muchas veces correspondíamos con una descarga de fusilería.

Los centinelas se relevaban metódicamente durante las horas de la noche y hacíamos hogueras con árboles enteros, no dejándoles faltar el combustible necesario para mantenerse vivas hasta el dia siguiente.

La hoguera constituye en el Chaco una necesidad del campamento; si hace frio, lo calma; si calor, ahuyenta los mosquitos, sujeta las fieras á distancia de un tiro de revólver y hace presumir en el indio, que seguramente acecha en las proximidades, que la vigilancia del campamento se sostiene.

Los salvajes no habían sido sentidos por nosotros durante los ocho primeros dias y esto había establecido una especie de confianza relativa en el grupo expedicionario.

Aquel dia el ingeniero principal señor John B. Minchin por un lado, y yo por otro, nos habíamos propuesto, en amistosa rivalidad, encontrar sendas ó accidentes que hicieran digna de mencion nuestra primera salida.

Habíamos, pues, marchado del campamento á las seis de la mañana, brújula en mano, haciendo ángulos de un cuarto de rumbo en distancias de una hora al andar de la mula, á fin de poder regresar seguros sobre nuestros pasos, cuando se quisiese volver al punto de partida.

NOS SORPRENDEN LOS SALVAJES

ERA el medio dia y el sol abrasador de aquellas latitudes fatigaba nuestras cabalgaduras en su marcha al paso. Grandes árboles derribados por los vientos rodeaban nuestro pequeño grupo.

Nos habíamos apeado á un par de leguas del campamento para echar un lastre de galleta y *charqui* á nuestros lánguidos estómagos.

De mis compañeros, dos eran gauchos correntinos, Juan y Meliton, en su traje peculiar de *chiripá*, botas de potro y facon en la cintura; el tercero era un jóven español amigo de aventuras, aunque nada avesado en este género de excursiones, ni en el manejo del caballo.


Meliton

Los paisanos nacidos y criados en la constante lucha con los elementos, ejercitados en la vida campestre, eran á mi juicio *mis hombres* en cualquier apuro, y mientras duraba la frugal comida, establecimos la siguiente conversacion:

Yo (el jefe).	—¿Qué les parece muchachos, encontraremos por estos parajes las sendas que buscamos?
Juan	—Lo que vamos á encontrar *ahorita* son los indios, señor; se me hace que *dende* hoy estoy oyendo unos *chiflidos* con que ellos se hacen señal para juntarse.
Español	—¡Cá, hombre! qué indios ni qué chiflidos quiere usted oir? Son los pajarillos que cantan!
Meliton	—Señor; si hace doscientos años que por aquí había sendas para ir á Bolivia, yo le aseguro que hace 199 años que se borraron esas sendas que buscamos; á causa del crecimiento de los árboles.
Juan	—Los pajarillos que se oyen son los indios.
Español	—Parece que tuviese usted terror á los salvajes!
Juan	—Estamos muy lejos del campamento y no nos van á poder dar ayuda los compañeros.
Yo	—Bueno, vamos á regresar; pero primero cerciorémonos de que estos árboles caidos no son el principio de la senda que buscamos.

Y diciendo esto, poníamos el pié en el estribo para montar y seguir nuestra marcha, cuando un alarido salvaje resonó por los ámbitos de la espesura.

Un momento antes, á nadie habíamos visto; apenas si se oía en la callada selva el trémulo piar de algunas aves y ahora aquel ruido imponente, nos confundía y nos llenaba de espanto.

Veíamos detrás de cada tronco un grupo de flechas, de lanzas y de mazas que nos amenazaban en son de guerra.

Aquel primer momento fué de terrible sorpresa; pretender defendernos desde el centro de aquel círculo, cerrado por flechas erizadas, era materialmente imposible.

Los salvajes estaban perfectamente defendidos por los robustos troncos que los ocultaban y á pesar de nuestras armas de precision no hubiéramos podido hacer sobre ellos ni un solo blanco.

Un frio eléctrico y extraño corrió por mis venas en aquel instante; busqué el rostro moreno de mis hombres y las miradas de Juan y Meliton se cruzaron con la mia en un relámpago de inteligencia.

El español, ya montado y poco seguro de tenerse sobre su ca-

balgadura, había soltado las bridas confundiéndose en un estrecho abrazo con su mula, la que se alejaba espantada de tanta gritería.

La grotesca figura que presentaba la redondez del cuerpo del español, al alejarse la mula, originó varios incidentes entre los indígenas sacándonos de la primera sorpresa.

Hice que Meliton gritase en *guaraní* para que le entendiesen los indios:

Somos amigos.
No venimos á pelear.
Queremos hablar con Vds.
Tenemos mantas y...
Galleta para regalarles

Estos gritos hubo que repetirlos varias veces para que los indios los entendieran, pues ellos hablan un lenguaje que tiene mucho del *guaraní* y de la lengua *quichua,* probablemente. Cuando se apercibieron de lo que les gritábamos, un grupo salió de detrás de los árboles y dejando las armas en el suelo se adelantó levantando los brazos y abriendo las manos.

Los Chamacocos no tienen plumas, gritó el que quedaba mas próximo á nosotros; con lo que se proponía significar que, sin embargo de los penachos de plumas con que venían adornados en son de guerra, estaban dispuestos, en vista de nuestras amistosas declaraciones, á no establecer combate y á entrar en parlamento.

Á cualquier movimiento que hacíamos con las armas, tomaban rápidamente sitio detrás de algun tronco, dando saltos inmensos; pusimos entónces nuestras armas entre los cojinillos del apero, sujetándolas con la presion del muslo, y entramos en parlamento mas ó menos en los siguientes términos:

Indios —Ustedes han entrado en nuestra tierra y han formado casas en ella, sin habernos pedido permiso.

Nosotros – Hemos hecho casas para dejárselas á ustedes, pues no nos vamos á quedar, sino de paso; queremos ir á Bolivia y ser amigos de ustedes para que nos acompañen y enseñen el camino.

Indios —Nosotros no sabemos mas que lo que nuestro cacique ordena y es que ustedes vengan á su presencia en nuestra compañía.



Hice que Meliton gritase en guaraní (Pág. 13).

Nosotros —Nuestro cacique está en la orilla del rio y nos manda á invitarles para que vengan á recibir los regalos que les traemos.

Indios —Nuestro cacique manda en esta tierra y ordena que vengan.

Nosotros —Nuestro cacique invita al cacique de ustedes para ser amigos y vamos á ir todos juntos á visitarle. Vengan ustedes ahora

Indios —No queremos ir.

Nosotros — Nosotros tampoco queremos ir y vamos á nuestro campamento.

Indios —Nosotros somos mas y si no vienen peleamos y los llevamos muertos.

Nosotros —Nos defenderemos, y si nos matan, no van á ser amigos con nuestros compañeros y seguirán peleando, porque traerán mas soldados de nuestra tierra.

Mientras ellos discutían por llevarnos y nosotros por no ir, sucedió que habían estrechado tanto el círculo, que casi podían prenderse de las bridas de nuestras mulas y desmontarnos de un golpe de maza.

Volvimos á levantar nuestras armas, lo que les infundió sérios temores, protestando que no queríamos pelear, sino ser amigos.

Guardaron distancia con nuestra actitud y entonces empezamos á marchar en retirada siempre rodeados por aquellos empecinados salvajes que no querían sino llevarnos á presencia de su cacique (jefe de tribu).

Mientras nos preocupábamos de que no se aproximasen los indios á menos de diez pasos, cuatro ó seis, destacados del grupo principal, habían dado alcance al español y le hacían entregar por causa *forzosa*, las botas, el sombrero, el saco y los pantalones.

Estos salvajes andan completamente desnudos y sus cuerpos cubiertos de aceite de yacaré, para preservarse de los mosquitos, relumbran á la luz del sol, como figuras barnizadas de bronce enrojecido.

Usan el cabello largo, generalmente sujeto hácia atrás por una fuerte ligadura; en lo alto de la cabeza se ponen pequeñas plumas de avestruz recortadas caprichosamente; llevan al cuello sartas de

cuentas y conchas de colores y á la cintura un mazo de piola de cáñamo silvestre (cara-guatá) prolijamente tejido y del que se sirven para la pesca.

El pié descalzo ha tomado, en aquellos seres, enormes proporciones; muestran grande agilidad para saltar las matas espinosas ó cualquier obstáculo de su camino, bien que los flancos exteriores de sus muslos presentan cicatrices, heridas y rasguños producidos por las espinas en las correrías por las selvas y matorrales.

Al aproximarnos al grupo de nuestros compañeros, en la costa del rio, se alejaron de nosotros los pocos indios que quedaban, comprometiéndose á visitarnos unos dias despues.

LA SED

Cuando llegamos al campamento, mientras que los indígenas se habían ido quedando desgranados por el camino, salió á recibirnos el jóven español, quien aseguraba graciosamente que había regalado á los indios las prendas que le faltaban de su vestidura y que nosotros lo habíamos abandonado.

Lo que le fué difícil explicar, en este caso, fué cómo pudo él regresar antes que nosotros.

La idea de cambiar el campamento, avanzando sobre el bosque, hizo que se determinara un punto entre el matorral, al que llegamos por varias picadas (sendas abiertas á machete á través de la espesura.)

Allí empezaron las experiencias de la bomba perforadora, que debía proveernos de agua, cuyo resultado fué negativo á causa de penetrar el aire en los tubos de absorcion y de encontrarse las corrientes de agua á una profundidad mayor que el largo de los barrenos.

Para dirigir las operaciones nos habíamos turnado cada veinti-

cuatro horas y los alimentos, lo mismo que el agua, tan necesaria bajo aquel clima, nos era enviada mientras tanto desde el campamento principal.

Me tocó el turno de veinticuatro horas en la picada, dando relevo al segundo ingeniero que me había precedido en el servicio.

Las provisiones nos debían ser llevadas esa tarde. Los cuatro hombres que hacían el trabajo se sofocaban dando vueltas alrededor del gran barreno.

Pasamos la tarde sin ver llegar á nuestros proveedores, y aunque lo que mas falta nos hacía era el agua, pudimos pasar la noche, que es siempre mas fresca, sin sufrir.

La distancia de tres leguas á que estábamos de la costa y los bosques y campos que se habían quemado para facilitar el paso y hacer huir las víboras de cascabel y los mosquitos, confundían á los conductores de provisiones que indudablemente se habían extraviado.

Pasamos la noche esperando que el agua llegaría al dia siguiente, del campamento principal, turnándonos uno por uno para hacer la guardia en prevision de indios ó de tigres.

El último perro de la expedicion, mi noble Turco, el mas hermoso é inteligente de los perros, sucumbió aquella noche en las garras de un tigre.

Era Turco un hermoso animal criollo, overo y de gran tamaño; se echaba debajo de mi hamaca, y, en las horas de reposo, nadie podía aproximarse á diez varas de donde yo dormía.

Aquella noche, al rugido vecino de los tigres, se habían hecho varios disparos de fusil, y Turco se había precipitado sobre las fieras, que ya cebadas á la carne de perro, lo atraparon y probablemente hicieron con él un festin, porque al dia siguiente no se encontró ni los restos de su cuerpo en el sitio de la catástrofe.

Yo había perdido un amigo fiel y leal, dispuesto á dar su vida por la mía en el momento del peligro y lamentaba aquella irreparable desgracia.

El calor y la falta de alimentos propendían mas á nuestra estenuacion y veíamos venir con angustia las horas del dia y del sol riguroso sin que llegase ninguno de nuestros compañeros.

Pronto haría veinticuatro horas que habíamos terminado el agua y los alimentos.

Puse mi rifle al brazo, me prendí el cinto con sesenta tiros y emprendí á pié la travesía por entre bosques quemados, en busca de las provisiones necesarias.

Aquello fué una verdadera *Vía-Crucis*.

Llevaba en la mano la brújula que debía guiarme al campamento, siguiendo el rumbo al S. E. Cada vez aumentaba mas el calor del medio dia y me debilitaba la fatiga de aquella jornada. Las sinuosidades del suelo y los troncos quemados impedían la marcha regular y el arma que llevaba al brazo, así como el cinto, se tornaban para mí en un peso extraordinario, que aumentaba mas y mas.

Pensé en abandonar mi rifle y cartuchera. ¿Y si encontraba indios?—Despues, abandonar mis armas. ¡Oh! no era posible.

Mi boca estaba seca, completamente seca y la sequedad me producía arcadas y un malestar insufrible.

Me resolví á descansar al pié de un árbol quemado; ví que ya me era imposible pasar adelante y caí postrado por la fatiga entre los despojos del fuego.

Pero la tierra, nuestra madre cariñosa, me dió fuerza de nuevo con su contacto fresco, y al poco rato me puse otra vez en marcha.

La distancia era enorme; yo debía haberme perdido; pasaban las horas y mis piernas flaqueaban mas y mas; no tenía ya fuerza para cargar mis armas que pesaban quintales; la vista se me nublaba con frecuencia y mis ideas divagaban inciertas y confusas, mientras que la marcha era cada vez mas lenta.

¡Oh! había ya caido seis veces postrado en mi camino y repuestas un tanto las perdidas fuerzas, proseguía de nuevo la marcha con el rifle y municiones sobre las espaldas.

¡Ánimo! ¡ánimo!..... me decía á mí mismo; pero la energía me faltaba! caía nuevamente rendido y estenuado como anheloso de un largo sueño y mi cuerpo pesado quedaba tendido y desfalleciente al pié de los árboles sin hojas y expuesto á los rayos del sol abrasador.

La tierra me restituía un poco de mi energía y, nuevamente de pié, seguía el penoso viaje.

Á las tres de la tarde llegué por fin al campamento, donde mis compañeros me alimentaron y dieron de beber poco á poco, mezclando el agua con alcohol.

Los peones que debían llevar las provisiones se habían perdido y llegaron al campamento cuando ya una nueva expedicion había salido en proteccion de los cuatro hombres que yo dejaba en la senda.

Al siguiente dia estaba ya repuesto y no me acordaba mas de la sed del dia anterior.

Debo hacer notar que en estos ardientes climas tropicales, la estenuacion por sed se produce casi violentamente.

Por consejo de Juan y Meliton, mis asistentes; llevé desde aquel dia una calabaza con agua y cognac en todas las excursiones que efectué en el desierto,—y el jóven castellano escribió, sobre la redonda y lisa superficie del mate, las siguientes estrofas que pertenecen á un célebre poeta español, á quien se le indicó cierto dia que improvisara algo á propósito de estrellas y calabazas:

Caminaba un peregrino,
En una noche serena,
Con la calabaza llena
De un aventajado vino.
La sed le salió al camino
Y él de apartarla dió traza;
Pero no teniendo taza,
Al cielo hizo puntería;
Y á un mismo tiempo veía
Estrellas y calabaza.

SE RESUELVE FORMAR DOS EXPEDICIONES

No habiendo encontrado sendas ni vestigios de ellas despues de algunos dias, ni pudiéndonos servir de la bomba para extraer agua en el Chaco, se pensó en dividir la expedicion en dos, de veinte hombres cada una, para que, partiendo de diferentes puntos, procuraran internarse en los bosques con mas facilidad.

Mister Minchin dirigía la expedicion de Chamacocos, y yo, re-

montando el alto Paraguay, organizaría una nueva expedicion al Norte de la bahía de Cáceres, punto conocido por la Piedra Blanca, ó en su defecto, treinta leguas mas al Norte de la ciudad de Curumbá, en un paraje denominado "La Gaiba" y cruzaría el Chaco, encontrándome con la expedicion Minchin en Santiago de Chiquitos.

Una mañana esperábamos la pasada de un paquete brasilero, de los que remontan esos rios, para poner en práctica el nuevo plan, cuando de improviso fuimos sorprendidos por los gritos de ¡Indios! ¡Indios! que daban los centinelas, el tropel de las mulas y el ruido de las esquilas.

VISITA QUE NOS HACEN LOS CHAMACOCOS

Ocultándose por los pajonales inmediatos, los indios habían extendido una larga línea de batalla y á una señal de su jefe todos se habían puesto de pié con las armas en la mano.

Constituían su armamento, lanzas de madera dura, macanas, hachas de piedra, flechas y cachiporras.

Aquella línea de figuras de bronce relumbrante, se destacaba en el fondo verde del paisaje, sombreado por las grandes hojas de palmera y helechos silvestres.

Tres indios se destacaron del grupo indígena avanzando hácia nosotros que salíamos tambien á recibirlos á la orilla del foso. Venía delante un gallardo moceton como de veinte años, sin armas en las manos; seguíanlo á manera de escolta dos flecheros de mayor edad, armados de sus arcos.

Cuando estuvimos en frente tendimos á los salvajes las manos amistosamente, mostrándose complacidos por nuestras demostraciones y los hicimos entrar en el reducto.

Uno de los flecheros que hablaba guaraní y algunas palabras en castellano aportuguesado, nos hizo saber por medio de Meliton, mi

asistente correntino, que hablaba tambien el guaraní, que aquel moceton salvaje era el hijo del cacique chamacoco, que venía á visitarnos.

Vestía éste ¡pero qué digo! ¡no vestía nada! Estaba tan desnudo como sus compañeros y todos ellos como el dia en que nacieron.

Solo llevaban á la cintura el aparejo de que se sirven para pescar; al pescuezo un collar de uñas de tigre y cuentas de colores, y en la cabeza pequeñas plumas.

Tratamos de obsequiarlos de la mejor manera.—Mi padre nos manda, nos hizo decir el hijo del cacique, para conversar con ustedes y ver qué es lo que quieren en nuestras tierras.

Les hicimos algunos regalcs de harina, galleta y ropa, que entre todos juntamos. Cada objeto que se les regalaba era anunciado, á los de la línea de batalla, con un silbido que daban los flecheros y luego uno ó dos se aproximaban y llevaban al campo el objeto regalado, ocultándolo entre los pajales.

EJERCICIOS AL BLANCO Y DE NATACION

Quisimos hacer experiencias Ipara ver cómo manejaban las flechas y con el fin de tenerlos contentos, empezamos nosotros á tirar con los Winchester, repitiendo sucesivamente y sin cargar, los quince tiros que tienen estas armas.

Llenólos de sorpresa ver que tirábamos tantos tiros sin necesidad de cargar y á cada instante despues en su lengua ininteligible pero imitativa de los sonidos, se veía que hablaban del *tun, tun* de nuestras armas de repeticion.

Habíamos querido por este medio hacerles comprender que aunque éramos pocos soldados, como ellos decían, la superioridad de nuestras armas nos ponía en condiciones ventajosas.

Les tocó el turno á ellos de disparar sus flechas y el hijo del

cacique llamó á varios, que debían ser sus mejores tiradores, para que mostraran su destreza.

El blanco estaba colocado á una larga distancia y solo alcanzaban las flechas tiradas por elevacion. Nosotros lo comprendimos al ver á los tiradores indios reforzar sus arcos.

Varias flechas hendieron los aires y proyectando en su trayectoría casi un semicírculo, fueron á clavarse blandiéndose, en la armazon de tabla de nuestro blanco (100 ^{m} ><).

Gritos de júbilo, dados por los compañeros y aplausos de nuestros soldados, seguían á cada uno de estos pequeños triunfos de los flecheros indios.

Ya éramos amigos. La línea de batalla se había ido desorganizando y los soldados indígenas habían formado grupos alrededor de nuestros fogones, haciendo ovaciones á los tiradores mas sobresalientes.

Yo me había propuesto dirigir aquellas fiestas que tenían por objeto hacer amigos á los indios, teniéndolos entretenidos.

No comían ni probaban líquido que se les ofreciera, sin habernos visto antes gustar de lo mismo á nosotros.

Prendí un cigarro y mi amigo el cacique, grande aficionado al tabaco, me lo pidió para seguirlo fumando: echó una humada y lo dió á sus guardias, silbaron éstos y el cigarro pasó á la línea de batalla, corriendo de boca en boca, á humada por soldado.

Me quedé sorprendido de esta reparticion de un cigarro y pensaba cuán unidos están estos seres que la Naturaleza ha puesto en condicion tan menesterosa.

Su disciplina militar no es tan estricta, por otra parte, que les prive fumar del mismo cigarro que su jefe, estando sobre las armas.

A los ejercicios de blanco siguieron los de natacion, en que solo los indios tomaron parte. Tirábanse desde lo alto del barranco al torrentoso rio; se zambullían y salían á treinta ó á cuarenta metros de distancia, con una tortuga ó un pez en la mano, tomado en el fondo de las aguas.

Viéndolos en el agua hacer proezas de natacion y *cacarear* alegremente en su idioma, cualquiera hubiese creido que se trataba de un baño de *Sirenas negras* ó de simples lobos.

MUERTE DE UN YACARÉ POR EL HIJO DEL CACIQUE

De pronto salieron todos á tierra y uno de ellos dijo:

—¡Yacaré! ¡Yacaré!...

¿Creen ustedes que los indios se habían asustado?—Pues se equivocan. Se trataba simplemente de efectuar lo que podríamos llamar *un tour de force*. La hazaña debía ser hecha por el hijo del cacique.

Buscó un cuchillo afilado y probó entre sus manos la resistencia de la hoja, dirigiéndose de nuevo al barranco.

Los indios y todos los expedicionarios le rodeamos.

¡Iba á matar el caiman debajo de las aguas!

Se arrojó de la altura á las corrientes impetuosas, llevando en una de sus manos el cuchillo, y lo vimos perderse en la profundidad, efectuando una larga zambullida.

Los segundos pasaban.... esos segundos que á uno le parecen horas, cuando espera el desenlace de una escena en la que peligra la vida de un hombre.

De pronto asomó en medio de la corriente su cabeza negra, levantó los brazos y relumbró á la luz del sol la lámina de acero.

Algo dijo á sus compañeros que debió significar:

— "El yacaré ha desaparecido!... "

Pero los compañeros le gritaban indicándole un sitio mas lejano sobre las aguas en que se veía la traza proyectada por pequeñas burbujas de aire que salían del fondo del rio.

El indio había tomado un momento de aliento acostado de espaldas sobre el agua. Cuando vió aquellas señas, dió una vuelta sobre su cuerpo, semejante á los tumbos de carnero que suelen dar los muchachos en la arena y otra vez se ocultó entre las aguas.

Momentos mas tarde contemplábamos el enorme anfibio que presentaba una profunda herida en el costado y sobre el agua se veía una ancha faja enrojecida.

El indio temerario había muerto al yacaré y lo había remolcado hasta nuestro campamento. Tratábase de un caiman negro, cuyo largo era como de *cinco metros*. Este animal difería de sus

congéneres de anteojos, en que tenía una lista transversal entre los ojos y numerosas pintas en la nuca.

La parte superior del cuerpo era de un negro oscuro y la inferior amarilla.

Asegurónos el intérprete que el capitanejo había hecho una proeza; pues de las diferentes especies de yacarés, esta era la mas temible. Agregó que el jóven había creido que se trataba de un yacaré de otra clase menor, que ellos toman hasta con la mano.

Despues de abierto el desagradable reptil, nos aseguraron los indígenas que se había comido mas de uno de nuestros perros.

Lo que nos sorprendió fué que, despues de un rato, el mismo hijo del cacique se manifestó asustado de su obra.

LA CHAQUETILLA TURCA

La tarde de los juegos vestía yo una chaquetilla turca, punzó y galoneada de cintas blancas y de alamares.

El hijo del cacique me pasaba la mano cariñosamente por la chaquetilla desde el primer momento de nuestra amistad, y yo comprendí que me iba á tener que quedar sin aquel lujo juvenil que me había proporcionado para las recepciones de indios en el Chaco.

El flechero intérprete, me flechó con esta frase:

— Dice el cacique que tu chaquetilla es muy linda . . .

— Bueno, le respondí; dile que esto llevan en mi tierra los que son lijeros corredores y que si él me gana una carrera yo le doy la chaquetilla.

Teníamos ocasion de una nueva fiesta, agregada á las que sucesivamente íbamos inventando, y, aceptado el reto por el indio, se nombraron "Jueces de raya" y se estableció el camino; al final, sobre un palo se colocó mi chaquetilla, premio fijado al que llegase primero.

El indio quería salirse adelante, pero yo lo hacía *igualar,* sirviéndome de la frase que usan nuestros paisanos en esta clase de fiestas.

Partimos, pues, y aunque le gané la carrera, como era tanto el deseo que tenía el intrépido matador de yacarés de lucir aquella prenda nunca vista para él, al llegar á la raya pegó tres formidables saltos y se abrazó del palo en que la chaquetilla estaba colocada.

¡Cuántas conquistas no haría el cacique, jóven y buen mozo, entre las indias de su tribu vistiendo aquella chaquetilla galoneada y sobre todo, teniendo en cuenta que era la única prenda de vestido que cubría su membrudo cuerpo!

ABORDO DEL VAPOR "RIO APA"

El vapor brasilero "Rio Apa" pasó al siguiente dia. Hicimos tiros, levantamos banderas de señal y una vez que los de abordo se apercibieron de nuestro llamado, detuvieron la marcha del vapor y echaron lanchas al agua.

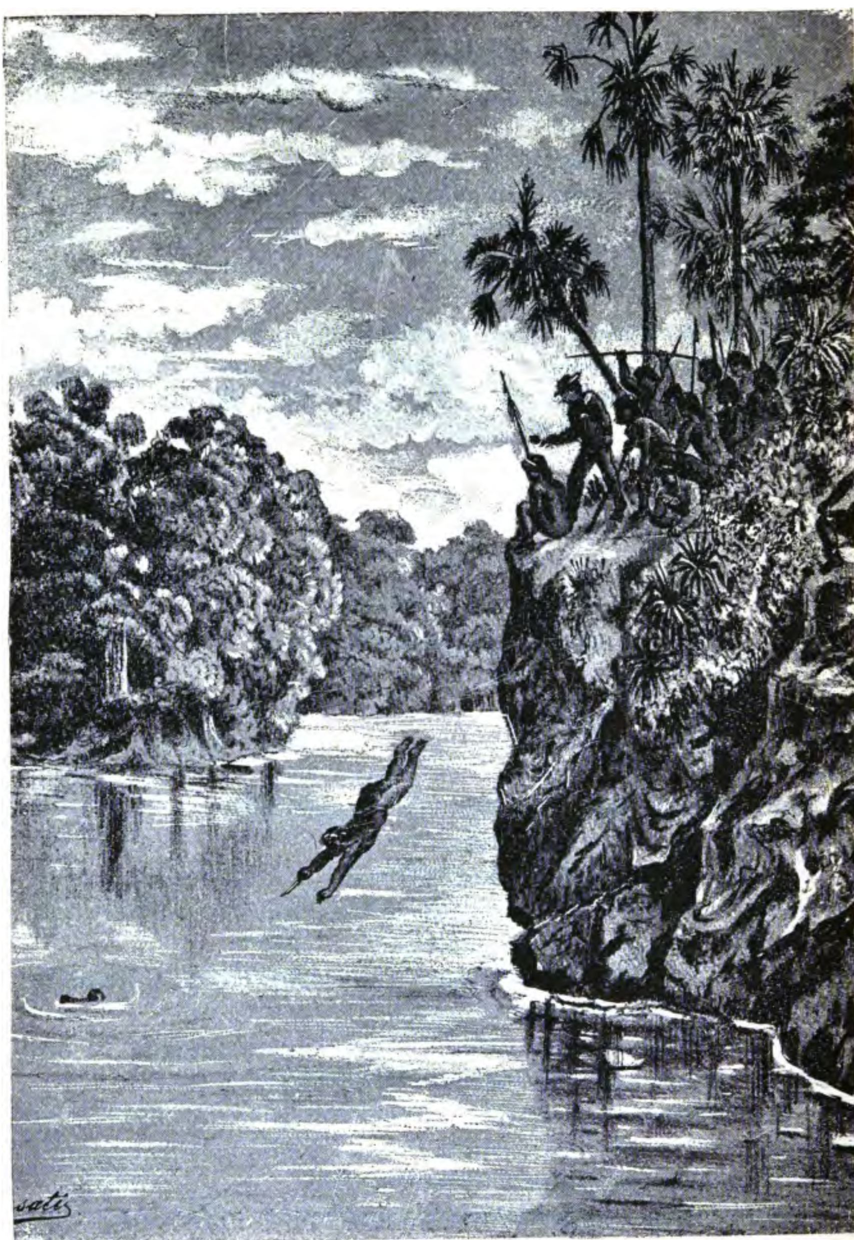
Entramos por unos dias á hacer vida civilizada, pero muy pronto debíamos volver al desierto y esta vez para buscar por todos los medios el éxito que nos proponíamos.

Las dos costas del Alto Paraguay son en casi toda su extension del dominio del Brasil.

El rio, menos caudaloso á medida que uno lo remonta, recorre valles y da tortuosas curvas rodeando montañas elevadas.

La ciudadela y fuerte de Cohimbra ocupa uno de los parajes mas pintorescos de la travesía. Dos moles de granito parecen, en aquel punto, querer interrumpir la corriente de las aguas y en la parte interior del cerro de la derecha se descubre á la distancia la antigua fortaleza.

Por las costas se extiende la poblacion, que es poco considerable.



Iba á matar el caiman debajo de las aguas! (Pág. 23)

CURUMBÁ Y LA FIESTA DE SAN JUAN

A los ocho dias de navegar con rumbo al N. llegamos á la ciudad de Curumbá, poblacion brasilera, situada sobre las alturas de rocas calcáreas de la márgen boliviana.

El arsenal de guerra llamado *L'Adario,* es el establecimiento mas digno de visitarse.

Debido á las grandes distancias que separan á esta agrupacion de los principales centros poblados, se mantienen aún muchas de las costumbres y usos de la época colonial.

Celebraban, el dia de nuestra llegada, la fiesta de S. Juan Bautista, santo por el cual demuestran gran predileccion aquellas gentes.

Las procesiones no cesaban de recorrer las calles llevando en andas al Santo, tocando pitos y flautas y cantándole improvisaciones en ritmos como el que sigue:

Divinho San Joao,
Baptista Sagrado
Con teu nacimento
Nos teins alegrado.

Dice el adagio: "Si á Roma fueres, haz como vieres." Nosotros vimos la procesion y descubrimos la agradable circunstancia de que dos preciosas jóvenes llevaban el santo en andas; no vacilamos en seguir la comitiva aproximándonos lo mas posible á aquellas seductoras criaturas y entramos en los coros como cualquier hijo de vecino.

Todas las procesiones se dirigían al rio, y nuestro santo fué tambien llevado por la comitiva y seguido de un pueblo numeroso.

A la orilla del agua se había preparado con anticipacion un tablado y despues de ceremonias y rezos alegóricos, el santo fué sumergido en las tranquilas linfas, por repetidas ocasiones.

Era Invierno, pero como hacía tanto calor en aquellas alturas, nos explicamos perfectamente ese acto, pues con él no solo se bendecía las aguas sino tambien se refrescaba al santo, lo que mostraba la piedad y la higiene de los devotos.

Mientras que bañaban al santo, que no de otra cosa se trataba, un crecido número de hombres y mujeres, con la devocion y parsimonia mas grandes, se desnudaban entre el grupo, concluyendo la escena por un baño casi general de la concurrencia.

—El agua está bendecida, decían, y hay que aprovechar este momento para purificar nuestros cuerpos en el dia de tan glorioso santo.

Yo me hubiera bañado con la fé mas grande en la purificacion pero desgraciadamente aquellas muchachas brasileras de tan lindos ojos, no quisieron meterse en el agua conmigo y se ocuparon de secar el santo lo mejor posible, el que quedó descolorido completamente porque era de palo de higuera pintado y yeso.

Las muchachas eran hijas de una de las primeras autoridades del lugar, y grande y agradable fué mi sorpresa, cuando, invitado al baile esa noche en casa del personaje, me encontré con las dos *mininas* (muchachas) del baño y otras muchas, que en un espacioso patio, hecho salon á objeto de la fiesta, bailaban una acompasada cuadrilla.

Despues de las presentaciones de estilo á la mamá y á algunos de los concurrentes, me dirijí á la niña mayor, que era preciosa' como digo, y le pedí me acompañase á bailar.

Empezaba á hablarle de esas generalidades que son de práctica antes de romper el hielo de las conversaciones.

Le iba contando que era un explorador del Chaco y mis aventuras con los salvajes, cuando de repente noté que palidecía y caía desmayada entre mis brazos.

Corre el papá á ayudarme á sujetar la niña desfalleciente, que tenía formas encantadoras y una cintura de avispa; corre la mamá.... corren los presuntos novios con agua de Colonia y lloran las amigas .. Yo no atino, en medio de aquel barullo, á lo que debo hacer; la situacion es angustiosa y no sé en que términos expresarme que disculpe mi sorpresa, cuando el papá de la niña, aproximándose y mirándome con aire de investigacion, me pregunta en portugués:

—*¿O señor falou á mea minina?*

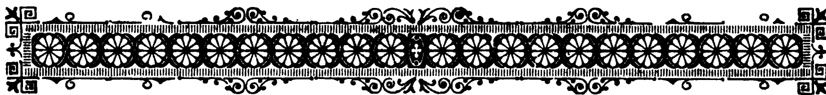
—Sí señor, le respondí; le hablé pidiéndole bailar una pieza y luego había empezado á contarle algo sobre mi vida errante por las selvas del Chaco, cuando... se ha desmayado.

—*Meu amigo!* me dijo en tono de reconvencion: *á las mininas nao se fala durante á dansa!*

Lleno de asombro y no sabiendo qué contestar á tan original costumbre, ni cómo disculparme con el papá por haber hablado con la *minina,* cuando nadie lo hacía, escurrime por entre las parejas y me alejé de la casa avergonzado.

Había hecho la primera víctima de mis narraciones de viaje.





II

SUMARIO.—El campamento en Piedra Blanca.—Fusilamiento de tres negros desertores.—En viaje.—El rio Tucabaca.—La canoa y el puente indio.—A cien metros de altura.—Batalla con los salvajes en los campos de "La Florida"—Prácticas á seguir entre los indios chiquitanos.

AL siguiente dia de la tertulia en casa del personaje curumbense, nos encontrábamos en la Piedra Blanca, márgen norte de la Bahía de Cáceres.

Teníamos á nuestra vista aquel extenso lago, que impropiamente llaman Bahía, circunvalado por inmensos bosques.

De trecho en trecho, sobre las aguas, las Victorias Régias ó maiz del agua, las largas espigas de arroz silvestre y floridos camalotes, formaban islas flotantes, verdes y pintorescas.

Ya habíamos vuelto al desierto. Las inmensas é inexploradas espesuras del Chaco nos esperaban en Occidente y llegaba el momento de organizar un grupo de hombres prácticos y avezados á la vida azarosa de los bosques.

Los desertores de los fuertes brasileros, que salvando la línea de fronteras se internan en las selvas donde encuentran segura su libertad, los indios reducidos á un estado de civilizacion rudimentaria que habitan aquellos parajes y los hombres que habíamos llevado desde Chamacocos, compusieron el grupo de mis elegidos

A los ocho dias tenía veinte hombres habituados á la vida del campamento, buenos cazadores, ginetes y conocedores de muchas de las costumbres de las tribus de indios que encontraríamos.

En esa vida aventurera y donde dicta la ley el mas fuerte ó el

mas astuto, había que proceder con cordura y discrecion para no caer en el desprestigio que precede al desórden y á la desmoralizacion.

En una palabra: era preciso ser jefe de aquel grupo elegido de veinte bandoleros, muy aptos para atravesar el Chaco, pero muy poco acostumbrados á respetar los principios de moral y sanas prácticas, base de toda sociabilidad.

Había que establecer la disciplina militar; ser severo ó compasivo segun el caso y mostrarse superior hasta en los menores actos, para que aquella turba respetase á su jefe y le siguiera en el momento del peligro.

FUSILAMIENTO DE TRES NEGROS DESERTORES

Sucedió en los primeros dias que varios de mis enganchados, negros desertores brasileros, fueron denunciados de haber sustraído á un arriero, mientras dormía, el cinto en que guardaba su dinero.

Mandé á mis hombres, Juan y Meliton, acompañados de los denunciantes, que me trajesen los negros, que habitaban con sus familias unas chozas inmediatas.

Me tocaba investir el rol de jefe supremo. En aquellas vastas comarcas no había mas ley ni mas autoridad que la mía y cuando tres de los negros estuvieron en mi presencia, incorporándome en la hamaca paraguaya en que dormía la siesta patriarcalmente, hice á los prisioneros el siguiente interrogatorio:

Yo —Pero hombres, ¿por qué en vez de robar no han venido á pedirme lo que les hacía falta?

Negros —Ilustrísimo señor, nosotros no hemos robado.

Yo —(Un tanto descentralizado por el título.) Bien, si ustedes no han

sido, forzosamente deberán ser los otros negros que anduvieron anoche con ustedes y, lo que es preciso, es que ahora mismo declaren dónde está el tirador del arriero y qué han hecho del dinero.

Negros —Ilustrísimo y reverendísimo señor, nosotros no hemos sido.

Yo —Ustedes me ponen en el caso de que los mande fusilar, si no declaran donde está la plata, mientras que si me dicen la verdad los pondré en libertad.

Negros —Muy ilustrísimo señor..., nosotros no hemos sido.

Yo —Bueno, desde que no quieren declarar, vayan Juan y Meliton, aten en aquellos árboles á esos negros que van á ser fusilados esta tarde.

Mis fieles soldados ejecutaron la órden y los tres negros quedaron amarrados al tronco de los árboles, dando tan agudos y lastimeros gritos, que fué imposible seguir durmiendo la siesta, en la fresca posicion horizontal de mi hamaca paraguaya.

Ordené la limpieza del armamento, lo que dió al cuadro un colorido de verdad é hice que Juan y Meliton fuesen por las chozas, contasen lo que había dispuesto y que esa tarde debía tener lugar la ejecucion.

Poco tardó mi resolucion en dar los benéficos resultados que deseaba; un grupo de negras, negros y negritos, habitantes de las chozas, se presentó entónces trayendo el tirador de Monteros con el dinero robado, y exponiendo que lo habían encontrado en el camino, pedían por la vida de los tres amarrados.

—Bueno, hijos,—les dije;—basta que el tirador haya aparecido y que ustedes me lo pidan, no voy á fusilar á esos tres negros; pero tengan mucho cuidado en adelante y en particular cuando yo ande por aquí cerca, de no encontrar nada en el camino.

Hice soltar á los negros, previniéndoles lo mismo, y, bajo esos auspicios, entramos en el Chaco llevando el mando de tan disciplinada gente.

EN VIAJE

Las mulas, y los caballos sobre todo, sufren en aquellas latitudes de una enfermedad que es generalmente mortal; llámanla "mal de cadera" y consiste (segun Holmberg, que descubrió la causa en 1886) en la presencia de grandes cavidades practicadas por parásitos en los músculos de la cadera.

Por esta razon viajábamos en bueyes de silla, por los laberintos de la selva y las tortuosas sendas encontradas al azar, siguiéndonos unos á otros.

Sobre el lomo de aquellos mansos y lerdos bueyes se colocaba gruesas albardas de paja y el jinete, en tan espaciosa montura, y mientras se iba en marcha, podía dormir, fumar ó leer, hacer uso de sus dos manos para retirar las ramas que caían sobre los caminos, ó finalmente descender, seguir la marcha á pié, cazar, detenerse y alcanzar de nuevo á su cómoda montura He ahí las ventajas de aquella morosa marcha, al paso tardio del buey.

Los animales aprovechaban tambien de la lentitud para tomar de paso por entre los árboles uno que otro bocado verde.

Sucedía frecuentemente que los pavos (Penélopes) y loros del monte, las charatas (Faisan del Chaco,) los conejos ó los jabalíes cazados durante la marcha, proporcionaban suficiente provision para el almuerzo del dia.

Dedicábamos las horas del calor al reposo, y las de marcha eran, desde la primera luz del dia hasta las nueve de la mañana y desde las cinco p. m. hasta el crepúsculo de la tarde.

Cada jornada á paso de buey no excedía de cinco leguas y hacíamos alto en la Pascana (Reducto en el bosque á orilla del camino), que tenía mejor pasto ó mejor agua y donde podíamos tender nuestras hamacas.

En las noches, los tigres bramaban en las inmediaciones y llegaron, algunas veces que se descuidaron los centinelas, á robarnos la provision de carne.

Todos los perros sucumbieron comidos por nuestros visitantes nocturnos y las víboras de cascabel, con las que ya estábamos familiarizados, solían amanecer enroscadas entre las jergas de los

aperos de los peones, buscando el calor de la cama en las horas de la noche.

Pero las fieras con sus rugidos y las serpientes enroscadas entre las camas, no eran tan incómodas como los mosquitos, los jejenes y las garrapatas, que caían de los árboles y poblaban el suelo, subiéndose por las piernas, escalando las botas de cuero, ó internándose por entre el cuello de nuestras blusas.

Causábannos esos insectos penosísimos tormentos y teníamos que destinar largas horas del dia á arrojarlos de nuestro cuerpo.

Los mosquitos de diversas especies, en nubes de millares de *devorantes,* se apiñaban en nuestros mosquiteros como enjambres de abejas y hacían pasar sus agudas puas de absorcion al través de la lona de las hamacas.

Los mas terribles y de mas poderosa lanceta, eran los negros.

Solía exhortar á mis soldados, cuando en esos afanes y ejercicios se mostraban abrumados, recordándoles la paciencia y mansedumbre de Job; pero mis sermones no convencían á aquellos bravos muchachos, que anhelaban, tanto como yo, despues de veinte dias de vueltas y revueltas, salir de las selvas al llano, de la planicie á las montañas, ó encontrar algo que nos sacase de la monotonía salvaje del Chaco.

EL RIO TUCABACA

Segun nuestros baqueanos, estábamos próximos á un rio no explorado hasta entonces. *El Tucabaca.*

En realidad, algunos accidentes del terreno y las pequeñas praderas verdes de las últimas jornadas, nos indicaban la proximidad de aquella corriente de agua y esa noche campamos á orillas de un lago, al pié de un cerro y en la cercanía de un puente, construido con ramas y largas fibras de corteza de árbol ingeniosamente entretejidas.

Era aquel puente una obra de arte recien terminada y perfectamente ejecutada por los salvajes de aquella inmediacion. Así lo comprobáron nuestros guias, descubriendo en el suelo las huellas estampadas de las plantas de salvajes, quienes, probablemente al sentirnos, abandonarón el paraje para ocultarse en las selvas inmediatas.

Doblamos nuestros centinelas aquella noche, la hoguera acostumbrada se mantuvo mas viva y cada uno por sí, se cuidó mas que de costumbre, de atender á los ruidos nocturnos.

Los indios, segun decían los guias conversando á la orilla del fuego, aprovechan la quietud y el silencio de la noche para asaltar las carabanas, y si los centinelas duermen, la sorpresa es segura; entonces vienen macana en mano hasta las hamacas del viajero que descansa de las fatigas de la jornada y le hunden en el cráneo la terrible maza.

Aquellas descripciones de pasajes ocurridos tantas veces, mantuvieron mas vigilantes á nuestros centinelas, y yo, con mi inseparable Winchester metido entre la hamaca, indicaba la hora en que debían cambiarse las guardias, durmiendo el leve sueño de los pájaros.

El miedo de un golpe de maza estando dormido, me hizo acostumbrar desde entonces á pasar la noche en la hamaca con el brazo derecho pasado por sobre mi cabeza y el espadin desenvainado y tomado por la empuñadura.

LA CANOA

La noche pasó tranquilamente; no se oian en aquellas inmensas soledades del desierto mas que el ruido del viento en la arboleda, el grito de las aves nocturnas y de los animales salvajes y al venir el alba coloreando el cielo y animando las inmensas sábanas de verdes hojas, el canto de las aves alegres, que era como el

toque de diana de la Naturaleza que nos anunciaba cariñosamente que la hora de la accion había llegado.

Aquella mañana pudimos hacer excelente caza de jabalíes en las aguadas del *Tucabaca*.

Costeando el rio encontramos, como á seis cuadras de distancia, una rústica embarcacion de un solo palo, hecha por los indios de una madera que los naturales llaman *Toboroche* ó Palo borracho.

La forma de ese árbol es muy original; se levanta su tronco del suelo ensanchándose prodigiosamente en forma de globo y estréchase otra vez en lo alto, donde la espesa copa abre sus ramas mayores en un plano horizontal.

Muchas veces encontramos, en el Chaco, Toboroches que no podían rodearse entre seis hombres tomados por las manos. La madera es floja y estoposa, pareciéndose más al palo del piton que al del *ombú*, ó al alcornoque.

Como el palo es tan blando, los indios pueden trabajarlo con facilidad, aún sirviéndose de sus malas herramientas y construirse embarcaciones improvisadas que les prestan servicios importantes. Su duracion es de algunos meses.

Á CIEN METROS DE ALTURA

La empinada cumbre del cerro á cuyo pié habíamos campado la noche anterior, nos proporcionaba la ocasion de extender la vista sobre las verdes copas de los árboles gigantescos que pueblan el Chaco y con los rifles á la espalda subimos aquella cuesta de mas de cien metros de altura, en un plano *casi vertical*.

Las raices de los árboles enroscadas en las puntas salientes de las rocas, nos facilitaban la ascension á la cumbre; que de otro modo hubiese sido impracticable.

Cuando estuvimos en lo alto, esperábamos ver del otro lado la opuesta falda de la montaña; pero cual no sería nuestra sorpresa al



Los habitantes se defendían desde el interior de la cabaña incendiada. (Pág. 39)

encontrarnos con que esta era una meseta que no tenía mas que una sola falda: aquella por donde nosotros habíamos subido.

Desde la cúspide, un plano horizontal de praderas se extendía hácia occidente, y en las lejanías, la línea oscura de los bosques acentuaba el horizonte.

Habíamos pasado ya el Chaco propiamente dicho y pisábamos en aquel momento el borde de las altiplanicies del oriente de Bolivia—(60 leguas mas ó menos).

El Chaco inmenso que tan penosamente acabábamos de cruzar se extendía por el lado del naciente al S. y al N., y nosotros, desde aquella altura lo dominábamos ahora á vuelo de pájaro.

Aquel inmenso océano de copas de árbol presentaba las variantes mas diversas del color verde y, en las lejanías, el brumoso azul fundía aquellos tintes inimitables con el horizonte y con el infinito de los cielos. Al centro de la espesura una faja de un verde mas claro serpenteaba de N. á S. Indudablemente aquella era la caprichosa traza de una corriente de agua desconocida para nosotros.

BATALLA CON LOS SALVAJES EN LOS CAMPOS DE LA FLORIDA

Dos dias despues fuimos sorprendidos de improviso por los alaridos de los salvajes; las flechas llovían por la senda y arrollaban la vanguardia de nuestros cargueros.

Indios! Indios! gritaban los peones y avanzamos nosotros precipitadamente preparando nuestras armas.

Los salvajes, al mismo tiempo que atacaban nuestra vanguardia tratando de impedirnos el paso, incendiaban unas poblaciones que veíamos próximas al paraje en que nos encontrábamos en aquel momento.

En una abra del monte á orilla de una corriente de agua, una agrupacion de ranchos simétricamente ordenados, denotaba la habitacion de un hombre civilizado.

Pero aquella poblacion ardía entre las llamas, las hordas salvajes dando feroces alaridos esparcían el fuego por todas partes, y fácil nos fué comprender que asistíamos en aquel momento traidos por la casualidad á uno de esos terribles malones que llevan los indios frecuentemente á los hacendados ó poblaciones de la frontera.

Á las detonaciones de nuestras armas habían respondido las de los habitantes de aquella cabaña, que indudablemente se defendían desde el interior de las incendiadas viviendas.

Un grupo de indios hacía arreo en direccion al bosque, de bueyes y mulas que comprendimos debían pertenecer á los asaltados.

Aquellas escenas tenían para nosotros el prestigio de una doble sorpresa; encontrábamos despues de las largas jornadas del desierto, en que la estampa de la planta humana confirmaba la proximidad de un enemigo, la primera poblacion civilizada, y por asociacion de ideas, el recuerdo del hogar y de la patria abandonada, cruzaba por la mente.

Allí, entre esos cuadros de débiles paredes de adobe prontas á caer consumidas por el fuego, había indudablemente un grupo de hombres que defendía su hogar y sus bienes, pero que arrollado por el número, iba al fin á caer vencido por la insolente altivez del salvaje.

No había que vacilar: todos á una avanzamos rápidamente descargando nuestras armas sobre los grupos de bandoleros que, al darse cuenta de nuestra proximidad, huían en todas direcciones.

Despejada de salvajes la cercanía, no tardaron en presentarse las gentes de la habitacion, cuyas manifestaciones de agradecimiento y de sorpresa. por la oportunidad de nuestro arribo, nos llenaron de satisfaccion.

Habían concluido las municiones en defensa de sus vidas, pues hacía algunas horas que peleaban desde el interior de los ranchos, mientras que el número de los indijenas había ido en aumento.

Un hombre vigoroso, de expresion enérgica en la plenitud de la vida, de raza blanca se aproximó hasta nosotros, abrazándonos efusivamente.

Han sido ustedes nuestros salvadores, nos dijo. Antes de conocerlos les debemos ya la vida; ¿qué importa que la habitacion, las plantaciones y los útiles de la molienda hayan sido destruidos?

Volveremos á organizarnos, y una próxima vez ya aleccionaremos á estos altivos Guarañocas. (Nombre de la tribu asaltante).

La persona que así hablaba, era el señor don José Flores, distinguido ciudadano, vecino de Santa Cruz de la Sierra, donde tenía su familia y su hogar.

La hacienda en que nos encontrábamos era de reciente fundacion, y, como el lector se habrá apercibido, el sitio elejido por el señor Flores estaba bastante avanzado en los dominios del salvaje.

Apenas se restableció el órden y se apagaron los fuegos que consumían las habitaciones, se organizó un grupo como de quince hombres, entre los que iban Juan y Meliton, el capataz del ingenio y algunos soldados de mi grupo y bien armados y municionados salieron en persecucion de los asaltantes, dispuestos á traer de regreso el grupo de animales de servicio que había sido arrebatado un momento antes.

Quince hombres bien dotados de municiones y dispuestos á atacar, podían tener en este caso la seguridad del éxito.—Flores y yo, acompañados de la gente restante, nos quedamos en la Molienda (Establecimiento donde se trabaja la caña de azúcar) ocupados del restablecimiento del órden y en prevision de un segundo asalto.

Algunos peones habían sido heridos en la refriega por las flechas guarañocas y teníamos tambien que atender á su asistencia.

Nuestra rapidez al aproximarnos en proteccion de aquellos *pioneers* del progreso boliviano, no había dado tiempo á los indios, en su precipitada fuga, para cargar con los muertos, como acostumbran hacerlo en casos de combate.

Flores, excelente tirador, había aprovechado perfectamente los proyectiles de su arma y en el reconocimiento que practicamos juntos, por la inmediacion, encontramos siete û ocho cadáveres de los asaltantes. Se dispuso fuesen enterrados aquellos cuerpos, y los peones, siguiendo las prácticas establecidas en los casos análogos, les separaron las cabezas y fueron á colgarlas en los árboles sobre la línea del campo enemigo para escarmiento de asaltantes.

—¿Cómo han podido ustedes atravesar el Chaco, nos decían aquella noche, sin haber tenido cincuenta encuentros con los indios?

El secreto estaba en que habíamos tenido mucho miedo á las

sorpresas, y el indio si no sorprende no ataca, aunque cuente con fuerzas superiores.

Mas de una vez habíamos encontrado frescas las rastrilladas de tribus enteras en la travesía del bosque y la pisada del hombre salvaje nos causaba el mismo efecto de sorpresa que la estampa de las pisadas de las fieras.

Recordábamos entonces en el desierto aquellos célebres versos de don Antonio de Tejada, los cuales concluyen:

....
....
....
Aunque fortuna ruede;
Que el mayor mal que al hombre le sucede,
No es de las fieras nó, sino de otro hombre,
Que la fiera se amansa,
Y el hombre en daño de otro no descansa!

Tienen tambien los indios otros medios de combatir y de vencer. Se hacen amigos, y cuando los viajeros han creido y se han confiado en esa falsa amistad, los traicionan miserablemente. (Así fué muerto monsieur Crevaux, el sábio explorador francés á orillas del Pilcomayo por los traidores Tobas, antigua tribu del Chaco.) Exactamente como hacen los hombres mas cultos y mas civilizados.

Por regla general, el indio no es amigo, mientras no ha traido en su compañía á su mujer y sus hijos. Cuando él voluntariamente ha llevado al hombre blanco á su toldo, puede empezar á creerse en una amistad de que en resúmen es mejor siempre dudar. (Entonces como entre nosotros es en general el blanco el que traiciona al indio, seduciéndole la mujer si puede.)

Entre los muertos había caido, traspasado el pecho por una bala de Winchester, el altivo salvaje que capitaneaba la cuadrilla de asaltantes. (Su cráneo figura actualmente en el Museo de La Plata, regalado por el autor de estas líneas.)

Toda posesion establecida por hombres civilizados, importa para el indio un avance en sus tierras y he ahí la razon de aquel ataque.

Los peones que en compañía de Juan y Meliton y dirigidos por el capataz de "La Florida" (así se llamaba el establecimiento del señor Flores) habían salido á perseguir á los indios y á traer las mulas, regresaron al siguiente dia, despues de sostener un nuevo combate

con los indígenas que, sintiéndose perseguidos, habían abandonado sin gran resistencia el arreo de que ya se conceptuaban dueños, al oir el estampido del arma de fuego, que tiene para ellos el pavoroso prestigio de lo desconocido, suponiendo muchos que el que maneja un arma de fuego es árbitro de los destinos de su contrario, repartiéndole á voluntad rayos y centellas ú otros furores de que dispone el espíritu misterioso en las noches de tormenta.

Traían tambien un prisionero que había sido tomado en la refriega, probablemente por encontrarse herido, pues de otro modo es difícil alcanzar aquellos corzos que saltan ó se ocultan entre los matorrales con asombrosa presteza. Había recibido éste una herida en el muslo izquierdo, que afectaba los músculos que tienen principal juego en el movimiento de la marcha.

Era imposible detenerlo ó tratar de curarle las heridas. Aquella especie de potro ó de fiera embravecida había llegado hasta nuestra presencia, gracias á las ataduras con que el capataz y los correntinos lo habían aprisionado.

La melena larga y desgreñada de aquella cabeza imposible; las rayaduras de espinas y maceraciones practicadas probablemente por los soldados que lo habían hecho cautivo, nos infundieron conmiseracion, é intercedimos ante Flores y el capataz de la molienda, que había sido herido en un brazo, para que aquel prisionero nos fuese entregado.

Nos proponíamos la domesticidad y curacion de este energúmeno, cuyas costumbres deseábamos observar de cerca.

"El grado de salvajismo de una tribu, puede deducirse de la mayor ó menor desnudez en que acostumbra vivir," dice Mr. D'Orbigny.

Las tribus del Chaco, en aquellas latitudes, son nómadas y completamente salvajes; viven, pues, desnudas, y se alimentan de frutos de los bosques, de la pesca ó de la caza á flecha y á falta de todo esto, de raices, cogollos de palmeras, miel silvestre y maiz; ó por otros ingeniosos sistemas que despues explicaremos.

Las palmeras que son abundantes, tienen en su cúspide, oculta entre los troncos de las ramas, una cavidad llena de una pasta lechosa y blanca, muy alimenticia y semejante á una bola de queso fresco. (Cuando los indios tienen tiempo, comen cocido el cogollo de palmera, que tiene un sabor parecido al del alcaucil.)

Por esta circunstancia y la de abundar entre los árboles la miel silvestre, pueden compararse estas tierras con las de promision de la leyenda Bíblica, bien que allí la miel y la leche corría en los rios y aquí, el proporcionarse esos alimentos, cuesta el trabajo de voltear el árbol, ó sufrir las ponzoñosas mordeduras de las abejas que nada tienen de inocentes. (Las abejas á que alude el autor NO TIENEN AGUIJON pero algunas *muerden.*)

Varios dias permanecimos en "La Florida," mientras se compusieron los techos y se restableció el órden, alterado completamente por la invasion salvaje.

Santiago de Chiquitos sólo distaba siete leguas del punto en que nos encontrábamos; podíamos decir que habíamos triunfado del desierto.

La expedicion salida de Chamacocos no daba señales de vida, y nosotros, en la imposibilidad de toda comunicacion, debíamos esperar en Santiago la llegada de nuestros compañeros.

PRÁCTICAS Á SEGUIR ENTRE LOS INDIOS CHIQUITANOS

Los dias de permanencia en "La Florida" pasaron agradablemente; nos dedicábamos con especialidad á la caza de corzuelas; jabalíes ó aves del monte. El señor Flores prefería las grandes piezas y hacía blancos al codillo ó á la cabeza con una precision extraordinaria

De noche, las narraciones de combates con los salvajes en la vida de fronteras, las costumbres y las tradiciones de los indios eran el tema de nuestra conversacion

—Usted va á Santiago de Chiquitos, me dijo el señor Flores una noche, y como allí las autoridades únicas y superiores son los dos caciques de las tribus que componen ese pueblo, bueno es que lo prepare sobre los usos y prácticas que conviene adopten ustedes, para que los indios no les traten como á enemigos.



Las cabezas fueron colgadas en los árboles, sobre la línea del campo enemigo. (Pág. 40)

Agradecí los buenos deseos de mi nuevo amigo, que habló de esta manera:

En las alturas de esas pintorescas montañas que usted va á trepar mañana, está el asiento de la tribu Guarañoca y la Tupü, que antiguamente estuvieron sometidas á las autoridades del país. Usted encontrará aún vestigios de la antigua reduccion jesuítica y restos del templo y casa de la primitiva poblacion.

Los indios son sumisos y perspicaces; reconocen la superioridad del hombre civilizado; pero hay que cuidarse mucho de no ofender su susceptibilidad.

Si le invitan á sus fiestas y bailes, no deje de asistir, por lo menos á algunas. Ellos bailan todo el año, así es que no podría usted asistir á todas las fiestas para que va á ser invitado.

Los caciques se inspiran en los deseos del pueblo para cualquier resolucion; si se hace simpático á las mujeres, tendrá lo que desee

Hice notar al señor Flores que eso tambien sucedía en los pueblos mas civilizados; pero él agregó, en el deseo de serme útil: Sí, pero el dinero aquí es letra muerta; la plata que usted lleva, no sirve entre estos indios para otra cosa que para collares y se prefieren las monedas chicas á las grandes, las de plata á las de oro. Esto usted no lo sabe, como tampoco que si los indios le fueran hostiles, se moriría de hambre y de necesidad.

Asombréme de que hubiese un pueblo sobre la tierra donde no sirviese de nada el dinero y pedí á mi interlocutor que continuara.

Tiene usted que pensar, que va á habitar una pequeña villa de indígenas que viven de la caza y de la pesca; que ellos son los dueños de las tierras inmediatas y que si le privasen cazar ó les retirasen los recursos y los animales domésticos, que usted tiene que entregarles para que ellos pastoreen, serían ustedes hombres perdidos.

El comercio se hace por amistad y está solo limitado al intercambio de alimentos.

Un indio caza hoy una gacela en los bosques; otro junta miel silvestre; otro ha traido yerbas de los manantiales y otro tiene bananas (Plátanos) de sus chacos (Así llaman á los sembrados). Todos estos indios se juntan diariamente en casa del cacique y se reparten y cambian aquellos dones del suelo; en la estacion propicia se organizan numerosas carabanas que penetran en los desiertos del Sur y traen sal de las grandes salinas que allí existen.

El café, que se produce admirablemente, y el azúcar elaborado por ellos mismos, es tambien objeto de amistoso cambio.

Si usted no es amigo, nadie le cambia, ni le da alimentos y le impiden cazar, retirándole los animales salvajes y aún los domésticos de que usted cree poderse servir.

Hace algunos años, dos franceses entusiasmados con la magnífica produccion del café, trataron de establecerse en Santiago, con objeto de hacer grandes plantaciones. Pasaron aquí algunos meses, pero sucedió que se aislaron de los naturales, los trataban mal y no asistían á sus fiestas.

Un dia los franceses habían concluido sus provisiones y se encontraban sin tener qué comer; buscaron sus animales domésticos y éstos se habían extraviado por los bosques. Se enfermaron y no tuvieron quien les hiciese un remedio, ó les alcanzase una sed de agua.

Yo andaba por el interior, continuó Flores, y á mi regreso á Santiago, fuí á la choza que los franceses se habían construido, con el único deseo de visitarles y saber cómo les iba. ¡Grande fué mi sorpresa cuando ví, sobre los lechos de bambú, tendidos dos cadáveres!

Vine al pueblo, interrogué á los caciques sobre aquella desgracia y ellos me contestaron en lengua chiquitana mas ó menos lo siguiente:

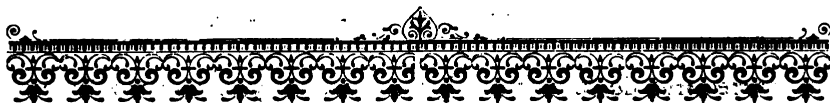
"Qué quieres que te digamos, hermano; esos hombres no eran como nosotros, eran de otras tierras y nós miraban con desprecio; les ofrecimos mujeres y se burlaron de ellas, nunca vinieron á nuestras fiestas y el diablo se los ha llevado."

¿Cómo es eso de que *les ofrecimos mujeres?* pregunté á mi interlocutor.

—Sí, me respondió sonriendo; ellos suponen que el hombre no puede ni debe vivir sin compañera y solo lo admiten en el que va de paso, exigiéndole tomar mujer al que demora entre ellos y mucho mas al que es amigo. Esto es considerado como una prueba de cariño y de aprecio que se les dispensa, á lo que no tardan en mostrarse agradecidos.

—De manera que estoy en vísperas de casarme, agregué.

—Y yo se lo aconsejo, me repuso Flores, si usted piensa permanecer aquí por algun tiempo.



III

Sumario.—Santiago de Chiquitos.—Los caciques Maimoré y Taji-hualpa. Me exigen que elija compañera.—Concurso de doscientas bellezas indias.—Carolina Frias.—Casamiento chiquitano y danzas primitivas.—La historia de mi elegida.—Recuerdos de la infancia.—Inti-huasi.

Las brumosas sombras de la tarde nos habían ya envuelto, mientras subíamos lentamente en nuestros escuálidos bueyes las faldas de aquellas mesetas, por una callejuela que ensanchaba entre los árboles y las chozas de los indios.

Una jauria de perros de todas menas y colores nos asaltaba al pasar por la puerta de cada habitacion y detrás de los perros salían los indios, las mujeres y los muchachos, envueltos en grandes y groseras jergas; se aproximaban hasta nosotros, nos reconocían á la débil claridad de la noche y silenciosos volvían á ocultarse entre sus ranchos, calzando á su paso la mal ajustada puerta de cuero que permitía siempre la libre salida del humo del fogon interior, que calentaba á toda la familia.

Home, sweet home! (Hogar, dulce hogar!) podíamos repetir con el moralista inglés, ante aquel cuadro del hogar primitivo.

En la plazuela del lugar, un rancho techado como los demás, de hojas de palmera, servía de *Casa de caminantes* y allí fuimos nosotros alojados aquella primera noche de nuestra llegada á la capital del distrito de Chiquitos.

Tres cerros formados por mesetas superpuestas forman el valle ocupado por aquella aldea indígena.

El dia siguiente nos sorprendió en nuestras hamacas colgadas en

los corredores de la casa de los caminantes y á nuestros bueyes paciendo en la plaza principal y única de aquel pueblo original.

Nos apurábamos por saludar en castellano á las muchachas indias, que vestidas de tipoy, con el pié descalzo y el cántaro en la cabeza, iban temprano á buscar agua á alguna fuente inmediata, pero cuandó mas, obteníamos una sonrisa por respuesta.

Fuimos á visitar á los caciques y establecimos las amistosas conferencias que metódicamente narraremos.

LOS CACIQUES MAIMORÉ Y TAJI-HUALPA

Era el cacique *Maimoré,* de oficio platero; se ocupaba en su casa de hacer *yesqueros* y otros objetos sencillos, mientras que su mujer hilaba el algodon silvestre y hacía las mechas para los yesqueros, las que teñía de vistosos colores.

Fuí obsequiado en mi primera visita con uno de aquellos aparatos, que á falta de fósforos me prestó muy importantes servicios en los tiempos subsiguientes.

El cacique, hombre de escasa estatura y enjuto de carnes, parecía muy elocuente cuando hablaba entre sus subordinados; en su mirada móvil se descubría un hombre nervioso y astuto.

El rancho que le servía de taller estaba decorado en sus muros con ensayos de figuras que él ejecutaba en sus trabajos artísticos.

Vestía chaqueta y calzones de algodon tegidos en los talleres del lugar, hojotas de *Anta* (Tapir) y sombrero de fibras de palmera.

Su mujer llevaba el *tipoy* de las guaranies, que es simplemente un camison de descote y manga corta, de tela de color vistoso, que llega al tobillo ó la media pierna, segun la edad de la mujer que lo lleva, pero que frecuentemente trasparentan los cuerpos á la claridad del dia.

Una sarta de cuentas ó de monedas al cuello y aros en las

orejas, constituían el total de los adornos que no denunciaban, á la verdad, las entidades hereditarias de un trono americano, bien que en esta parte del globo tenga tan poca boga el sistema monárquico.

El otro cacique se llamaba Taji-hualpa; vestía como su colega el traje chiquitano y su mujer el tipoy liviano y floreado, única moda que por entonces hacía de las mujeres, de Chiquitos, seres dotados de la superioridad recomendable de no atender á los usos de París, que arruinan á tantos maridos complacientes, en las grandes ciudades.

Taji-hualpa llevaba suelta su negra cabellera, la que caía como la melena de un leon sobre sus anchas espaldas y cerraba sobre su pecho una espesa barba apostólica.

Este cacique era gran admirador de los hombres de elevada talla; en esto pensaba lo mismo que su mujer y así solía decirnos despues de unas cuantas libaciones de chicha y aguardiente.

—Oh! hermano, cómo siento no tener una hija para darte por mujer!

Una mañana vinieron los dos caciques á mi carpa y despues de embriagarse un tanto, segun era de práctica, sentados los tres y los intérpretes debajo de un frondoso árbol, se expresaron en los siguientes términos, que me fueron traducidos:

—Amigo hermano: nosotros queremos que nos digas si tu pueblo está al otro lado de los grandes mares, ó si está en estas mismas tierras de que nosotros somos hijos.

—Soy de estas mismas tierras que se llaman Americanas, les respondí y de aquí han sido mis padres y tambien mis abuelos.

—¿Quedan muy lejos de tu tierra los franceses? me preguntaron.

—Tan lejos como de esta Chiquitana, les repuse; porque los franceses viven del otro lado de la redondez del mundo y para ir á sus tierras hay que atravesar los grandes mares.

Creí descubrir la intencion de esa pregunta, recordando el cuento del señor Flores.

—Entonces eres nuestro hermano, aunque seas rubio, prosiguieron y así lo habíamos supuesto ya, porque tu nos tratas como á iguales.

—Hermanos somos, les repliqué, é hijos del mismo Sol de Mayo (Hacía alusion al sol de la bandera argentina aprovechando la circunstancia de que casi todos los indios veneran al Sol como á su Dios.)

—Oh! sí, agregaron alegremente, mirando con cariño hácia el cielo; el Sol es nuestro eterno padre y ha sido el padre de nuestros abuelos.

Esta veneracion al Sol nos ha parecido siempre mucho mas inteligente que la de otros pueblos salvajes que se tienen por civilizados y adoran santos de palo.

El Sol es el padre de la luz y del calor que anima y fecundiza todo lo creado. Sus beneficios son reales y es centro de nuestro sistema planetario.

El principio de adoracion á un sér supremo está mucho mas bien comprendido por el indio, que parece haberse fijado mejor en las circunstancias que rodean su existencia.

ME EXIGEN QUE ELIJA COMPAÑERA

Habíamos hecho amistad y profesion de fé en un breve instante y los caciques continuaron:

—Ha llegado el momento de que elijas mujer entre nuestro pueblo y nosotros te vamos á mandar todas las que hay disponibles en estas dos tribus.

Es posible que en tu tierra haya mujeres mas lindas que las nuestras; pero aquí vas á permanecer por algun tiempo y no es justo que te quedes sin tu china, siendo ley que cada hombre tenga la suya.

En vista de la necesidad indispensable en que me encontraba de llevarme bien con aquellos personajes y movido por la curiosidad de aquella ceremonia de elejir mujer entre las indias, acepté gustoso el ofrecimiento de los caciques, manifestándoles que deseaba mucho encontrar una chiquitana que me gustara, lo que no era raro ni dudaba sucedería, pues había visto unas tan bonitas como las mujeres de mi tierra y otras de preciosos ojos negros, aparte de que no tenía aún bien definida mi aficion por las rubias.

—Ahora nos vamos á nuestras casas, me dijeron los caciques.

El dia de hoy y el de mañana vas á emplearlos en recibir las mujeres que te vendrán á visitar. Te vamos á mandar las muchachas que no han tenido hombre todavía, que son las que traen el pelo atado; las que lo traen suelto, son las que ya lo han tenido y lo han perdido en la guerra ó han sido abandonadas y que por tanto se encuentran disponibles.

Aquellas explicaciones me interesaron mas en el estudio de las costumbres indígenas y al retirarse los caciques me puse á esperar la visita de las indias, que no tardó en iniciarse.

¡Es original lo que me pasa, me decía yo mismo, en un monólogo que sostenía en presencia de las bellezas indíjenas! ¿Quién me había de decir á mí que vendría á elejir esposa por convencimiento de la necesidad de ser casado, en estos apartados lugares y en medio de estas gentes?

Yo, eterno enamorado de la belleza ideal, apenas revelada en las sublimes concepciones del arte; de esa belleza á la que cada mujer hermosa le ha tomado en préstamo un rasgo!

Préstamo del que es despojada á lo mejor!

¿Me quieren ustedes hacer teoría sobre bellezas del alma?

Estoy perfectamente de acuerdo; pero eso es bueno para engañarse uno mismo, despues de ser casado con una mujer fea y mas que todo no tratándose de prendas morales de las beldades indíjenas Chaqueñas.

No era de realizar ensueños de lo que se trataba. Era de algo mas terrenal, tratábase simplemente y como dicen los indios, "*de tener su china.*"

CONCURSO DE DOSCIENTAS BELLEZAS INDIAS

Las muchachas alegres y sonrientes, sin entender palabra de cuanto yo decía, con la cabellera negra suelta al viento, entraban y salían á mi tienda de campaña, se sentaban, dejaban ver su pié pequeño y descalzo y una doble hilera de preciosos dientes blancos, mal ocultos entre sus gordas bocas granates.

Aquellos cuerpos sueltos debajo del tipoy, revelaban sin engaño las formas y las curvas plásticas en su sencillez primitiva. En aquel torneo de belleza, nada habían tenido que ver las *Madammes Carreau, Durand,* ni *Vigneau* (Modistas de Buenos Aires), en sus complicadas confecciones.

Ninguna mujer hablaba mas que su idioma y habían cometido un error los caciques, no dejándome intérprete para entenderme con mis *favorecedoras*. Así lo pensaba yo, cuando se me ocurrió que debía estar equivocado y que al contrario, aquellos hombres avezados á esta práctica nacional, me ponían en tal situacion para proporcionarme la ocasion de hacerme entender por señas ó valiéndome del idioma sin palabras, de la mirada, que es tan antiguo y mucho mas elocuente que el hablado.

Me decidí, pues, á hacer cariños á aquellas muchachas, que locas de contentas salían corriendo y saltando cuando las dejaba en libertad, retozando como las alegres gacelas de la pradera, por la plazoleta del villorrio.

Sucedióme por fin, con la eleccion de esposa, lo que al rústico Bertoldo con el árbol en que debía ahorcarse, bien que podrá juzgarse de prudencia que pasase ese dia y el otro, sin que hubiese elejido una entre las doscientas mujeres que se me presentaron.

Ya que de elejir *una* se trataba, quise pasar la revista completa antes de una resolucion definitiva.

Viendo que la revista había terminado y que ya mis amigos y *hermanos* los caciques no tenían nada mas que mostrarme, me dirijí á casa de Taji-hualpa esperando disculparme, con el pretexto de la falta de intérprete, cuando fuí sorprendido por la voz clara y simpática de una mujer jóven, como de veinte años, de alegre fisonomía y preciosos ojos negros, que en correcto castellano me decía:

Extranjero: dice Tatai Taji-hualpa que si ya has elejido compañera.

CAROLINA FRIAS

—HIJA! ... le respondí, que el Sol te guarde! ... dile á Taji-hualpa y á todos los Taitas que tu tengas, que la mujer mas bella de esta tierra eres tú.

Trató de alejarse sonriendo mi interlocutora, pero apresuré mi paso y dándole alcance, entablamos el siguiente diálogo:



Carolina Frias

—¿Cómo hablas tú tan bien el castellano, cuando por aquí nadie lo habla?

—Mi padre, que era cristiano, me lo enseñó cuando niña, díjome estirando su mano pequeña, que yo tomé entre las mias.

—¿No me has dicho que Taji-hualpa era tu Taita?

—Taji-hualpa es mi Taita, pero mi padre, que murió siendo yo pequeña, se llamaba Frias; yo me llamo Carolina, y me ha criado la mujer del cacique. Aquella es mi casa, añadió, indicando una casita que ocupaba el ángulo próximo de la plazuela del lugar.

—¿Quieres venir á tomar una taza de café conmigo?

Acepté gustoso la galante invitacion y juntos, con la confianza de antiguos amigos, nos dirigimos á su pintoresca morada.

Unos ranchos de paredes de madera, techados con largas hojas de palmera, formaban el ángulo saliente de la *cuadra*, sobre la plaza del lugar y un terreno cercado por tapia de adobe y poblado de bananos y plantas de café en flor completaban la morada de Carolina en que fuí recibido.

Al centro del rancho una hamaca cruceña (Son como las paraguayas, pero de tela mas gruesa) desempeñaba el complicado rol de sofá

durante el dia y de cama de verano en las noches calurosas; una hermosa piel de tigre servía de alfombra y en la pieza contigua se veía una cama rústica, hecha con gajos de bambú. Otros objetos de construccion local completaban el menaje de la casa.

Fuí instado para que me sentara en la hamaca, invitacion que no acepté sino á condicion de que me acompañase Carolina y muy pronto empezamos á mecernos al suave y acompasado movimiento. A poco, dos indias que servían de criadas se presentaron trayendo entre sus manos unas mitades de calabaza, que contenían el humeante café, azúcar y roscas de maiz, para obsequiarme.

Sorprendióme que en el pueblo no hubiera vasijas de barro para aquel uso; pero Carolina sostenía graciosamente que el café en *mate* ó *tutuma*, como allí llaman á las calabazas, era mucho mas sabroso y perfumado.

—Yo desearía, la dije, entre un sorbo y otro del excelente café, elegirte por compañera y que fuésemos amigos en adelante.

—La amistad es posible, me replicó la muchacha; pero lo de compañera, *no se puede* arreglar, porque yo estoy comprometida con *Maimelian*, que es el sobrino de Taita Taji-hualpa.

—No hay Maimelian ni Taita que te valga, dije á Carolina en un rapto de entusiasmo, descubriendo la aprobacion de mis palabras en el fondo torcaz de sus brillantes ojos.

—Tienes que arreglarte con Taita Taji-hualpa, insistió y él te va á pedir muchas cosas que yo no valgo, para deshacer el compromiso con su sobrino.

—¿Qué me puede pedir, pensé, si en este país no vale nada el dinero?

Mándale una yunta de bueyes de los de tu tropa, añadió Carolina, y anda tú á decirle que me quieres, que yo seré interrogada y diré que te acepto, ya que eres hombre de la raza de mi padre y que hablas el idioma que él hablaba.

Llamé á Juan y á Meliton, que por aquel tiempo estaban tambien casados, temerosos tal vez de contrariar las prácticas chiquitanas y les ordené llevasen los bueyes á casa del cacique Taji-hualpa. La empresa Bravo era en resúmen quien pagaba aquel lujo de que yo tuviera *esposa* india!

Cuando mis enviados llegaron, me presenté al jefe de la tribu *Guarañoca*, pidiéndole á Carolina por compañera, y agregué:

—¿No me dijiste, cacique amigo, que no tenías una hija para mí?

—Sí, me respondió, acariciando á Carolina;—pero lo dije, porque no pensaba que esta pícara muchacha iba á querer dejar á mi sobrino "Maimelian."

Así quedó concertado ante la Suprema Autoridad del país, mi nuevo estado, y esa noche, un gran baile en casa del cacique, festejaba mi ingreso en la tribu y el enlace de Carolina.

CASAMIENTO CHIQUITANO Y DANZAS PRIMITIVAS

Los instrumentos que formaban la orquesta eran: flautas de caña, tambores y violines de construccion local y unos mates ó calabacitas sujetos á la punta de un palo, conteniendo granos de maiz, los que batidos contra el suelo completaban las armoniosas melodías.

En un ángulo de la sala espaciosa, se había colocado con carácter estable, una enorme tinaja enterrada hasta la mitad debajo del suelo, y que contenía el *Champagne* de la fiesta, *Chicha de maiz*. (Especie de cerveza hecha con maiz pisado, en fermentacion).

Corrían por entre los concurrentes, de una mano en otra, las *tutumas* (Mitades de calabaza ó mate) cargadas del brebaje tan estimado por los indios.

Cuando la exigencia de beber juntos arreciaba, llegaban las tutumas hasta nuestros lábios y los indios exigentes con el nuevo conciudadano, no siempre se conformaban con el aparato.

La música original que mas excitaba á los concurrentes, paraba momentáneamente, para empezar con mas violencia, despues de una corta pausa; y de un lado de la sala, sobre una mesa, varias velas de sebo alumbraban la estancia y los venerables y velludos rostros del cacique y demás amigos que presidían la fiesta. Entonaban frecuentemente sus estómagos con prolongadas libaciones de aguardiente, que parecía ser la bebida predilecta en las veladas nocturnas.



¿No me dijiste, cacique amigo; que no tenías una hija para mí? (Pág. 55.)

Una de las danzas indígenas mas en boga entre los chiquitanos, es la que damos á continuacion. La parte de canto ejecutado en la flauta, recupera mucho de su índole agreste y primitiva.

Con esa música se cantaba é improvisaba versos; con ella se bailaba y á impulsos del aguardiente y de la chicha, era mas acompasada ó violenta, segun las exigencias del caso, hasta llegar al desenfreno en el colmo del entusiasmo.

El diapason y el compás eran marcados por el líquido de la tinaja y de ahí la excitacion de los danzantes.

Cuando se agota el aguardiente, puede decirse que termina el baile y el sol del dia siguiente suele llegar al zenit del cielo mas lindo del mundo, segun la frase de D'Orbigny, contemplando cariñoso aquellas criaturas que tanto lo veneran, dormidas largo á largo sobre la verde grama, ó á la sombra fresca de las palmeras y de los plátanos, que crecen silvestres y sin que nadie las contrarie en el borde de las zanjas ó en medio de los aduares primitivos.

El momento de la danza es generalmente elejido para festejar al extranjero que ha caido en gracia, y en los casamientos es la ceremonia del reconocimiento que todos hacen de la nueva pareja.

Las mujeres de baile levantan al agraciado y lo colocan en el centro de la sala; ocho ó diez de las más jóvenes y bellas, tomadas de la mano, bailan, avanzando y retrocediendo, le cantan coplas improvisadas ó arregladas de antemano, pásanle las manos cariñosamente por el cuepo y la cara, en el momento que los círculos se estrechan. Confieso que estos cariños suelen ser cargosos en público, sobre todo si uno tiene cosquillas. Cuando son muchas las mujeres que hay en el baile, la fila de danzantes se hace doble ó triple y las ruedas giran á derecha é izquierda, turnándose en los cariños de la primera fila.

Se hace coro de voces femeninas que cantan coplas.

Traducimos al castellano las de aquella noche, que mas ó menos significaban lo siguiente:

Buen extranjero
Eres grande y fuerte;
Nosotras somos débiles mujeres,
Quiérenos y regálanos tipoys.

Te hacemos cariños
Porque tú te muestras
Nuestro hermano y juegas
Y bailas con nosotras;

Ya no te irás de nuestro pueblo;
Aquí somos ricos porque somos libres;
(Independientes y soberanos de nuestra voluntad.)
No deseamos nada, vivimos felices,
Y no nos queremos separar de tí.

Dinos cual de todas es tu preferida;
Elije una buena muchacha
Para que sepamos
Que eres varon guapo y conozcamos tu prenda:

Aquella noche Carolina y las demás muchachas indias se habían adornado especialmente, llevando el cabello y descote cubierto de luciérnagas y *tucu-tucos*. Bella idea que hace pensar en el orígen del uso de los brillantes. Yo por mi parte debo declarar, no sin rubor al narrar este pasaje, que asistí al baile en *traje de indio*, lo que mereció gran aplauso de la concurrencia y sobre todo de Taji-hualpa.

Cuando se acaba el baile, si el cariño ha ido en aumento, los hombres y las mujeres cargan con el obsequiado sobre sus hombros hasta la casa en que habita, lo despojan de su liviano traje y lo meten en la cama, poniéndole al lado á su elejida.

Así fuimos llevados Carolina y yo la mañana siguiente al baile en la casa del cacique Taji-hualpa.

Estábamos casados! .. (á uso indio, bien entendido).

La mas alegre de aquellas tribus es la de los indios *Guarañocas*, que se titulan especialistas y autores de las danzas indígenas de las comarcas circunvecinas.

Tuvimos ocasion repetidas veces de ver bailar el *Paví-Paví* y otros bailes indudablemente originales de los bosques, por su carácter agreste é imitativo.

Un indio se para en un extremo de la sala y sujeta en sus manos un palo perpendicularmente, el que tiene en su extremidad alta un mate conteniendo granos de maiz y plumas de avestruz, en forma de hojas de palmera.

Las bailarinas avanzan en filas seguidas, agachándose y como

tratando de recojer frutos del suelo, cantan en coro refiriéndose á la colecta de frutas del bosque y en llegando á la palmera ó supuesto árbol que tiene el indio, tratan de hacer como que bajan frutos, golpeando el mate y los granos de maiz, todo esto al compás de músicas y cantos.

Al avanzar en fila, vienen haciendo la accion de espantar los mosquitos ú otros insectos que les picaran, cantando siempre, se levantan el tipoy para quitarse el incómodo insecto, dejando ver en esa actitud una buena parte de las piernas ó el seno.

Las indias son sumamente presumidas y tienen muy desarrollada la coquetería y ese buen sentido innato en la mujer, que la hará siempre mostrar con preferencia la pierna, si es mejor que el seno, ó vice-versa.

LA HISTORIA DE MI ELEGIDA

—Mi hermano Antonio, me dijo Carolina una mañana, ha sabido que tu me has honrado y distinguido entre todas las muchachas de mi pueblo y está muy contento de saber que eres tan bueno y generoso.

Las mujeres de servicio han ido esta mañana á nuestros Chacos á traer *bananas* y él les ha dado para tí estas dos grandes tutumas llenas de miel silvestre, que ha juntado en los bosques.

Es un muchacho muy bueno, tiene gran aficion á la caza y quiere todo lo que yo quiero; no extrañes pues el regalo, sin embargo de no conocerte.

Agradecí el presente y quise probar de aquella sabrosa y dulce miel de Carolina, que apreciaba en justo mérito, aunque no me había costado gran trabajo el conseguirla.

Cuéntame tu historia, le dije á mi amiga, mientras gustábamos en la misma tutuma de la exquisita miel, que conservaba aún la fragancia de las flores selváticas.

TIVINA

Danza indiana

Allegretto:

mf

f

p

mf

p: con eco:

crescendo

meno f

D. C. Ritornello

Supongo, continué, que debe ser interesante; cuéntame tambien la de tus padres y todo lo que á tí se refiere.

—Ven debajo de estos *Tajibos* (Arbol silvestre de bellísima forma que en esa época del año pierde la hoja y se cubre de fragantes flores de amarillo dorado), me respondió y ya que así lo quieres te haré mi relato.

El dia se iniciaba con un calor sofocante y era mas agradable salir de las estrechas habitaciones cubiertas con hojas de palmera y recostarse sobre la fresca gramilla que alfombraba el suelo á sombra de añosos árboles en la falda de las cuestas vecinas. Allí una fresca brisa perfumada por las fragantes flores del *Tajibo* nos invitaba á la holganza y al sopor de una siesta chiquitana.

Venga con nosotros el lector, que tal vez sigue fatigado este monótono relato y tírese largo á largo en la ancha cama que le ofrece natura, tan pródiga en sus dones. Oiga el canto de las aves que saltan de una á otra rama en los copudos árboles elijiendo su alimento en el mas sabroso fruto.

Mientras repite con nosotros aquel conocido cuarteto de Fray Luis de Leon:

" ¡Cuán descansada vida
" aquella que se pasa en la escondida
" senda por donde han ido
" los pocos sábios que en el mundo han sido! "

le permitimos que contemple extasiado las brumas azules y violáceas de los hondos valles que nos rodean.

Hecho esto, oiga la historia verídica de la jóven india que sentada á nuestro lado habló de esta manera:

—Había en Bolivia dos hermanos nacidos de la misma madre y del mismo padre, que juntos se educaron y juntos habían pasado los grandes mares que dicen rodean la tierra por confines muy remotos, buscando ensanchar los muchos conocimientos que ya por aquel tiempo habían adquirido.

Despues de muchos años de estudio y de vivir lejos de su familia, volvieron los dos hermanos á su patria, donde fueron conocidos y respetados como sábios.

Uno de los dos, el mayor, se había dedicado preferentemente á la ciencia del gobierno y había adquirido celebridad y renombre, ocupando en el país muy encumbrados puestos (Fué Presidente de la República.)

El segundo hermano, se había dedicado al estudio de la Naturaleza, de los astros que pueblan el firmamento y de las plantas medicinales.

Mas amigo del retiro y del hogar que su mayor, se enamoró primero y tomó una mujer que fué su esposa.

Quiso la fatalidad que su hermano se enamorase de la que él había elejido por compañera de su vida y que no fuesen bastantes para respetarla los vínculos del cariño y amistad que á su hermano le ligaban.

Llegó un dia en que las criminales relaciones fueron descubiertas por el marido y entonces acongojado y triste aquel infeliz hombre que no tan solo era un sábio sino un santo, abandonó su casa y su mujer y huyó á los desiertos, buscando entre los salvajes, lo que la civilizacion le negaba.... La tranquilidad de su hogar!

La casualidad quiso que ese hombre humillado y entristecido viniese á vivir entre estos indios, de donde era natural mi pobre madre.

¡Ahí tienes en pocas palabras mi triste historia!

Antonio y yo, somos hijos de aquel que fué tan querido y respetado entre los chiquitanos. Al tiempo de su muerte, me dejó en poder de Taita Taji-hualpa, como tambien á mi hermano que es menor que yo.

Siendo niña, una vez el hermano de mi padre mandó una gran comitiva con el objeto de llevárselo, pero mi padre se resistió á las súplicas, y aquella gente solo consiguió ahondar la pena que á mi juicio lo llevó al sepulcro.

Despues de la muerte de mi padre han venido á buscarnos á Antonio y á mí, de parte de nuestros parientes, pero nosotros recordamos que nuestro padre no había querido abandonar estos parajes y hemos hecho el propósito de guardar sus cenizas.

Recuerdo un hombre de quien mi padre hablaba siempre con cariño. Era un pasajero que había venido de muy remotas tierras y se llamaba monsieur D'Orbigny.

—¿D'Orbigny? exclamé sorprendido.

—Sí, respondió Carolina y casi te aseguro, si no fuese que tan malos fueron los dos franceses que vinieron á plantar café el año pasado, que aquel hombre era francés y probablemente un grande de su tierra.

Corrí entonces á mis alforjas de viaje y saqué el único libro que conservaba entre mis objetos de primera necesidad. Era un tomo de la obra del sábio naturalista francés, de quien Carolina me hablaba hacía un momento y se titulaba "Viajes por la América Meridional. (En ese y otros autores encontrará el lector el estudio científico de las comarcas del Chaco, ageno al carácter de esta obra.)

Encontré allí el siguiente párrafo que traduje al castellano:

"Fué grande mi sorpresa cuando en las proximidades de Santiago de Chiquitos encontré un indio que cazaba á flecha y que en correcto francés me dirigió la palabra en estos términos:

No tema usted á los indios de este lugar, que hay aquí algunos que se han educado en París y que se honrarán en recibirle con la cortesía que usted se merece."

Ese era mi padre, replicó Carolina; yo le he oido repetir ese encuentro con el sábio que manifestaba á su sirviente los temores que lo asaltaban de que los indios no les recibiesen bien.

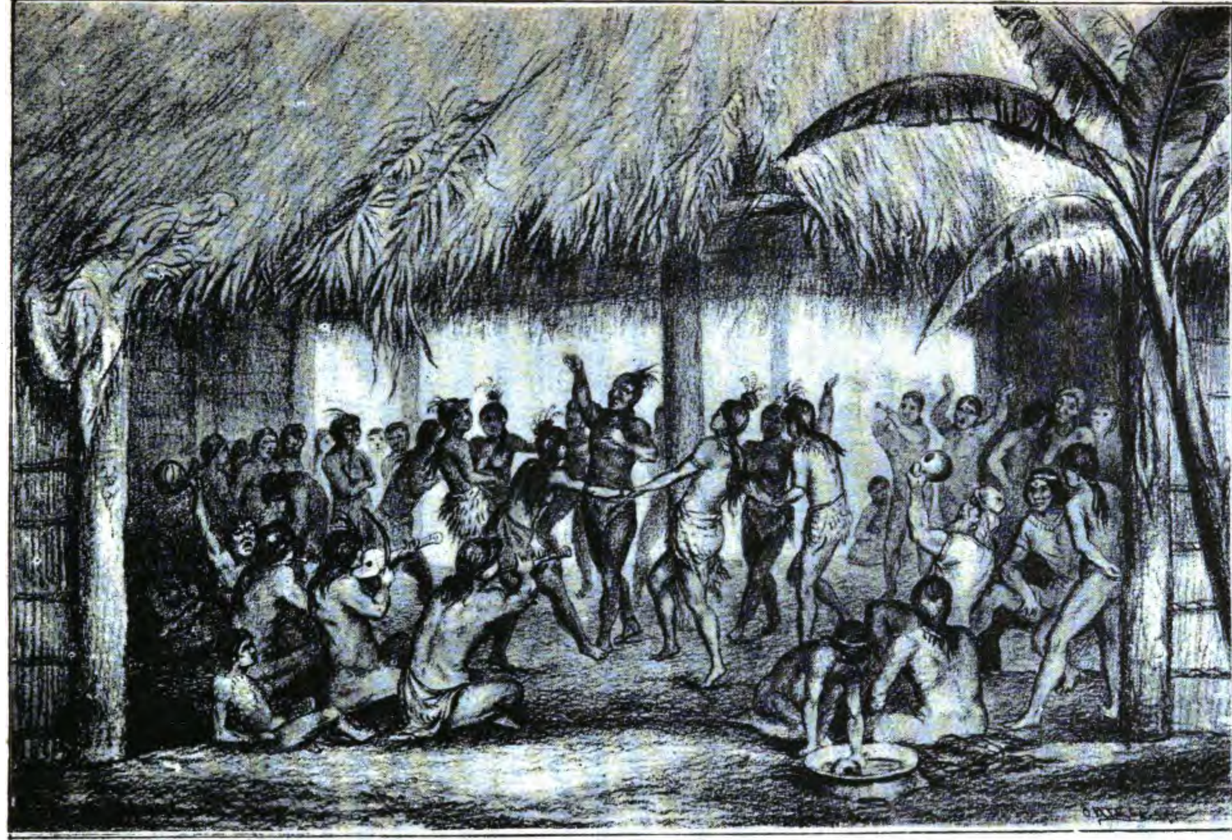
Cuando vayas á nuestros Chacos (Sembrados que hacen en los bosques.) á orillas del rio Agua Caliente, te mostraré un retrato hecho por mi padre, el cual conservamos como un recuerdo de monsieur D'Orbigny, me dijo sonriendo.

Rogóme mi compañera que la leyese todo el libro y así lo hice, pasando mis largas horas en traducir aquellos viajes á la sombra apacible de las frondosas plantas de Tajibo.

RECUERDOS DE LA INFANCIA

Me pidió Carolina le contase mi historia, pues ella me había complacido refiriéndome cuanto de sus antepasados sabía, agregando que á ella tambien le sería interesante conocer mi pasado.

Deseoso de complacerla y por no entrar en divagaciones, me concreté á recitarla los siguientes versos, que conservaba como un recuerdo de mi infancia, y que creí satisfarían su curiosidad.



Yo asistí al baile en traje de indio. (Pág. 58)

Allá en el Delta del Plata ameno,
Entre las islas del Paraná,
Donde las flores siempre fragantes
Suaves perfumes al aire dan.

Allá en la patria de las palmeras,
Entre los ceibos y el azahar,
Donde susurran brisas ligeras,
Do la existencia toda es amar

En leve hamaca pasé cantando
Alegres dias de juventud,
Y al son del eco de un arroyuelo
Templando notas en mi laud.

Y en mis angustias, siempre recuerdo
El dulce timbre de aérea voz,
Que una mañana dentro el follaje,
Trémula y suave me acompañó.

Alegre entonces alcé mi canto,
En ese instante me creí feliz;
Mas fué tan solo la voz de un hada,
Que entre otros ecos perdióse al fin.

Hoy cuando elevo sencillo canto,
No me acompaña ya la vision,
Tras un minuto de edad pasada,
Volóse el hada; fué una ilusion!

Tu historia es muy corta, me dijo, y á la verdad me gusta mucho ese modo de expresarse, que quisiera me enseñases. (Debe recordarse que Carolina no era precisamente una India. Hija de un hombre de educacion excepcional, que se había ocupado de ella hasta la edad de 14 años, vivía entre los bosques, como la flor de un jardin puede ir á parar al desierto llevada por el viento de la casualidad ó del infortunio.)

Accedí gustoso al pedido de Carolina que, desde esa tarde, no cesó de formular estrofas. Unos dias despues me presentó estas que me hicieron sospechar en ella, más una musa errante de las selvas, que una mujer.

Yo conservé casualmente esa produccion, debido á mi manía de no andar sin papel y lápiz, aún en medio de los desiertos. (El inteligente lector comprenderá que no fueron estos precisamente los versos que dijo Carolina, pero, en esencia, eso mas ó menos significaban.)

Son estos:

Bellas las flores son, suave el perfume,
Que la brisa ondulante va llevando,
Al pasar, en las tardes suspirando!
  Cuando este sitio dejes,
  Cuando de aquí te alejes,
Buscaré yo un acento, una dulce sonrisa,
Tan suave y armoniosa cual la brisa!

Mira, ya en lontananza se ha perdido,
De la nave querida hasta la vela,
Busquemos sobre el mar su blanca estela!
  Cuando este sitio dejes
  Cuando de aquí te alejes,
Buscaré por doquiera, con mas crecido anhelo,
La huella que tu pié deja en el suelo.

Mira esa flor que arrastra la corriente!
De una planta lozana fué arrancada,
Y va á perderse allá, en la mar helada!
  Cuando este sitio dejes,
  Cuando de aquí te alejes,
Contemplaré yo triste mi amor así perdido,
En el abismo ingrato del olvido!

Aquellas estrofas que hablaban de nuestros amores presentes y de su desenlace ineludible, en respuesta á mis cuartetas contando las primeras ilusiones á orillas del Plata, me llenaron de sentimiento y pretendí alejarme de aquel sitio; pero el amor, que siempre va embozado jugándole á uno malas partidas, me había flechado ya, oculto entre las estrofas de Carolina, que empezaba á hacerme su cautivo.

Mi cautiverio estaba compensado, si se tiene en cuenta que yo la había convertido, de tranquila criatura de los bosques, en víctima de conatos literarios.

INTI-HUASI

ENTRE las muchachas que iban á la fuente durante el dia, cargando al hombro su cántaro de arcilla, como la dulce *Pinü* de la tradicion india, pasaba por mi puerta una regordetona de notables formas, desenvuelta bajo el suelto tipoy. Llamábase *Inti-huasi* (Casa del Sol.)

Mi aficion á las artes y especialmente á la escultura, me ha solido llevar á inesperados lances y no sé si esa aficion, ó la circunstancia de que aquella jóven india pasaba con mas frecuencia que los primeros dias por la proximidad de mi tienda de campaña, haciendo sonar sobre la tierra del sendero endurecido, sus desnudos piececitos, hizo que yo fuera á la fuente por entre los plátanos, en las horas de la calurosa siesta y le ayudase á llenar su cántaro rojizo con las frescas aguas del riachuelo.



Inti-huasi (Casa del sol)

Las grandes hojas de banano parecen ensancharse al calor de los abrasadores rayos del medio dia, é invitar al descanso en las frescas grutas de vegetacion tropical.

Mezclado entre los perfumes de las flores del bananal, se oia el murmullo arrobador y cadencioso de las aguas que caian por las piedras de la fuente vecina en cascadas de brillantes.

Entre aquellas grutas, la sonrisa expansiva de Inti-huasi era mas franca y expresiva que cuando pasaba por frente á la puerta de Carolina y trataba de corresponder á mi saludo.

Como ella no hablaba sino en chiquitano, tenía que recurrir á la mímica para que me entendiese.

Declaro que mi intencion de viajero y de admirador de costumbres primitivas, era solo contemplativa y platónica en este caso, sin embargo de lo expresivo de nuestro idioma adoptivo.

Admiraba cada dia con mas frecuencia una belleza indígena pura y me seducía ese candor americano y agreste de aquellos ojos grandes, sombreados de luces de bronce y animados por el temple de una pasion salvaje y juvenil.

Oh! los enamorados que no han salido de nuestros suntuosos salones de Buenos Aires, poblados de bellezas de la raza blanca, no conocen mas que un tipo, un estilo; ignoran la grandiosidad de una pasion salvaje, con toda la poesía de las selvas, el arrullo de las cascadas y el ímpetu de las borrascas tropicales.

Pero llegó un dia en que Carolina no dormía la siesta y conociendo tambien el misterio de las hojas del banano en las horas calurosas, cayó sobre nosotros como fiera embravecida, en momentos en que yo entrelazaba una guirnalda de azucenas rosadas, de las que crecen á la orilla de los lagos, á la negra y larga trenza del pelo de Inti-huasi.

El cántaro de arcilla rodó por el suelo hecho pedazos, dejando escapar las aguas cristalinas que volvieron á la fuente y huyó mi tímida gacela, dejando entre las espinas del camino la guirnalda con que momentos antes la adornaba.

Yo sujetaba mientras tanto á la celosa leona.

La paz y la confianza habían desaparecido desde entonces para Carolina.

De dia me seguía por todas partes y cuando me acostaba y fingía dormir en mi colgante lecho, ella colocaba su cama debajo de mi hamaca, ó me velaba el sueño largas horas, reflejando en su semblante algo de esa expresion intensa é indefinible del cariño de una madre afectuosa por un hijo calavera.





IV

SUMARIO:—La caza de Antas.—La gruta de los murciélagos.—Tradicion india.—Termina la cacería.—La tribu Guarañoca y la Tupü.—Prácticas religiosas.—Los baños y el espejo.—Estaba cautivo.

Fuí despertado una mañana por el ruido de gentes que entraban á caballo hasta el patio de nuestra casa; me incorporé en la hamaca para investigar quienes eran los que aquella confianza se permitían en mis dominios, cuando un simpático moceton, de gallarda figura, se apeó de una hermosa mula tordilla y haciendo sonar las espuelas al marchar en la arena, se dirijió á mí estirándome la mano y diciéndome amistosamente:

Yo soy Antonio tu cuñado, que vengo á conocerte.

Estos dos indios flecheros que me acompañan, agregó, se llaman *Cara-huasi* (Casa de cuero) y *Tobaitá* (Cara de piedra); son cazadores.

Venimos á buscarte porque dicen que eres buen tirador, para que esta noche tomemos juntos algunas *Antas* en los despeñaderos.

Como no has de ir en buey, te traigo esta mula parda, hermana de la mía y excelente sillonera, para que vayas bien montado.

Agradecí y acepté la franca invitacion, como así mismo el regalo con que en dias anteriores me había obsequiado mi *hermano político* y le pregunté si podría llevar á Carolina en nuestra compañía, porque así la cacería sería mas entretenida para mí.

—No, cuñado, me respondió; las *Antas* no se cazan con mujer, y á mas, tendremos que pasar la noche enhorquetados en los gajos mas altos de algun árbol y ocultarnos en el espeso follaje para poder cazar á esos astutos animales.

Comprendí que se trataba de un sacrificio que amenizaría mi historia y lo acepté en holocausto á mis lectores futuros.

—Si hacemos ruido ó dejamos nuestro rastro por el sendero donde las *Antas* acostumbran pasar, será lo suficiente para que se espanten y habremos perdido nuestro tiempo, agregó Antonio.

Salimos, pues, acompañados de los dos indios amigos y de Juan, mi asistente correntino, y una hora mas tarde estábamos en las rocas de los despeñaderos ó guarida de las antas.

—En aquel bosque de la falda opuesta, es donde vamos á ocultarnos, me dijo Antonio, pero he querido que entremos por el lado opuesto, á fin de que las antas, que tienen el olfato sumamente fino y la vista muy buena, no se aperciban de que nosotros hemos pasado antes que ellas.

Llegamos á un sitio donde dejamos nuestras cabalgaduras al cuidado de Juan y de uno de los indios, Tobaitá.

Este paraje estaba rodeado de altas peñas y sobre el nacimiento de un riacho que yo no conocía.

—Aquí, me dijo Antonio, nace el rio Agua Caliente, y esta noche, si me acuerdo, te referiré la tradicion que de esta fuente conservan los indios.

LA GRUTA DE LOS MURCIÉLAGOS

Seguimos á pié faldeando la ladera y en las grutas de las peñas encontramos una oscura cueva que se internaba en el corazon de la roca.

Martillé mi Winchester y penetré por aquella lóbrega abertura, pensando que á esa hora del crepúsculo de la tarde encontraría tal vez algun animal salvaje del cual pudiera hacer blanco.

Gran variedad de pequeños helechos y de flores del aire decoraba las húmedas rocas de aquel rústico muro.

Despues de caminar treinta ó cuarenta metros, la entrada de la gruta se estrechaba y un ruido semejante al del trueno se dejó

oir en el interior de la montaña. Por la escasa faja de luz que alumbraba el suelo no se veía avanzar ningun objeto, pero el trueno crecía por momentos, aproximándose velozmente.

En un instante una túnica negra inmensa envolvió mi cuerpo y mis ojos quedaron sepultados en las tinieblas.

El espíritu de las cavernas se había apoderado de mí.....

Levanté los brazos y lancé un grito de espanto que resonó en las recónditas cavidades, con ecos infernales.

Salí de la gruta, retrocediendo, horrorizado hasta donde estaban mis compañeros,

—Es la hora, me dijo Antonio, explicándome el fenómeno, en que millones de vampiros salen de estas grutas por ese estrecho hueco y al pasar velozmente por tu lado te han golpeado con sus alas.

Seguimos el camino, pasando sobre un puente natural formado por el torrente al caer por debajo de una inmensa roca, y muy pronto estuvimos en las sendas de las antas, entre una espesa arboleda.

La noche era de luna y el sitio se prestaba más para una escena de amor que para una cacería.

—No es bueno, me dijo mi compañero, que nos coloquemos en los árboles que estan próximos á la senda; son mejores para hacer blanco los que quedan á treinta ó cuarenta varas del camino.

Si subiésemos á estos, tendríamos que apuntar al lomo de las antas y en esa parte la piel es tan dura, que aún cuando la flecha llevara mucha fuerza no conseguiríamos herirlas.

Es indispensable, pues, colocarse á un lado, y así dominaremos mas distancia sobre el sendero y nuestras flechas, dirigidas al codillo, herirán de muerte, porque penetrarán en el corazon.

Escuchaba atento aquellas explicaciones, mientras que Cara-huasi trepaba con la facilidad de un gato por la corteza tosca de un enorme roble y amarraba en lo alto la extremidad de una cuerda, anudada de trecho en trecho, que debía servirnos de escalera.

Subimos Antonio y yo por la cuerda, y nos situamos en la altura, de la manera mas cómoda, mientras que el indio fué á colocarse en otro árbol inmediato y preparó sus flechas y su arco, tomando una actitud de tranquila espectativa.

—Tu arma no es buena para estas cacerías, me dijo mi acompañante; el ruido ahuyentaría la caza, y, cuando mas bien nos fuese, habríamos conseguido una sola anta; el uso de la flecha tiene la ventaja de que podemos conseguir varias piezas y luego de tenerlas seguras, tú podrás tirar sobre otros animales.

Me era muy agradable ver cazar á flecha y como había que esperar hasta venir el alba, rogué á Antonio que me contase la tradicion india á propósito del rio Agua Caliente, que me había prometido, y coloqué mi rifle entre las ramas del roble.

Antonio accedió á mi pedido y me refirió la leyenda en los términos propios de su educacion y de su índole, con cierta natural poesía que me impresionó; pero el tiempo me obliga á transmitirla con traje civilizado y alterando la forma aunque de ninguna manera el fondo.

TRADICION INDIA

En la proximidad, debajo de esas enormes rocas, mana un riachuelo cuyas aguas calientes le dan nombre, y en rápidos giros corre luego hasta ocultarse en las blancas arenas de la selva impenetrable. Dice la tradicion, que nuestra madre la Vírgen *Pinü* (linda) la graciosa indiana de trenzas de ébano, de dulces y negros ojos, adornó una mañana sus desnudos brazos y su precioso cuello con nácar y cuentecillas de oro; tomó su cántaro de rosada arcilla, y con los nacientes rayos de la primera luz, se fué sola á la fuente en busca de agua cristalina.

Su leve piececillo movió las arenas, y, sorprendidas las aguas, despertaron á un génio invisible que dormía sobre la tranquila superficie del lago.

Al ver tanta belleza en Pinü, enamoróse el génio, y la encantó con las suaves armonías de su mágica flauta; ocultándola luego entre las verdes y frescas grutas de enredaderas, y haciéndola invisible como el perfume de las flores.

Su tribu la buscó inútilmente y despues la lloró, vistiéndose de amarillo los *Tajibos*.

Airado el pueblo incendió las selvas en que vagaba oculto el génio y pasaron tres veces las estaciones de las rosas y de todas las flores.

Agruparon despues en grandes pilas los formidables troncos del bosque é hicieron enormes hogueras para calentar en las brasas las grandes rocas de la montaña, las que candentes arrojaron á la pérfida fuente para eterno castigo.

Desde entonces el agua nace hirviendo en los manantiales y corre por el riachuelo dándose vuelta, semejando furiosas serpientes.

La fuente ya no duerme tranquila acariciada por los gratos perfumes del aura, y el pobre leñador indio, que pasa por las cercanías llorando la infortunada suerte de nuestra madre la Vírgen Pinü, escucha desde lejos el quejido que, como castigo, le ha sido impuesto á la fuente por el espíritu de la suprema justicia.

TERMINA LA CACERÍA

En estas y otras pláticas pasaron las horas de la noche; la brisa empezó á soplar y el follaje de los árboles á mecerse, de manera que nosotros, colgados en las alturas de las ramas, nos conciliábamos mal con el sueño y peor con la posicion horizontal tan estimable en las horas de reposo.

Millares de luciérnagas y tucu-tucos poblaban el bosque viajando de un lado á otro como estrellas errantes, cuando la primera luz del aura empezó á colorear fuertemente el horizonte.

Se animaron poco á poco los colores de aquellos ramos de flores que formaba cada árbol, y el canto agreste de las aves, mezclado con el balido de los animales salvajes, formaba ese inimitable concierto de la Naturaleza al despertar el dia.

Sentía el perfume especial, olor de almendra, de los vástagos vigorosos del bosque de robles primitivos y lamentaba no tener allí á Carolina, que seguramente me esperaba inquieta.

Nuestro roble estaba en la ladera de un inmenso valle, alfombrado por las copas floridas de los árboles.

Aquellos colores vivos en la proximidad, fundíanse en una tinta violácea á la distancia, é iban á perderse en el azul brumoso del horizonte lejano.

El ruido de pisadas en el lecho de ramas y hojas secas del bosque es peculiar.

Unos bultos oscuros aparecieron por los tortuosos senderos: eran las antas.

Antonio y el indio prepararon sus arcos, apoyando la extremidad inferior en el tronco del árbol, probablemente para asegurar mejor la puntería.

Los cuadrúpedos avanzaban lentamente en número de ocho ó diez; ya pasaban por delante de nosotros, presentándonos el costado izquierdo, cuando escapó la flecha de Antonio, que fué á clavarse en la primera bestia.

Siguióle casi simultáneamente Cara-huasi que parecía haber esperado solo á que tirase mi compañero.

Alejóse penosamente la primera anta, al parecer mal herida, mientras que la segunda había caido como partida por un rayo.

—No va á ir muy lejos, dijo Antonio,—refiriéndose á la primera.

De los animales que quedaban en la cuadrilla, unos se alejaron siguiendo al mal herido y otros se aproximaron á la muerta, tratando de practicar una especie de reconocimiento.

—Tira ahora, que se aproximan, me dijo Antonio y juntos apuntamos.

Arrojó su flecha que hirió otra anta á ocho ó diez pasos de la anterior y yo tiré con éxito feliz sobre una pequeña corzuela que apareció en la senda.

La rapidez de mi arma me permitió hacer un nuevo tiro sobre los tapires que aún quedaban en pié y descendimos del árbol oyendo el tropel de los animales que se ocultaban en la espesura asustados por las detonaciones.

—Ya no podríamos cazar mas antas hoy, me dijo Antonio.

El tapir es tímido y en el bosque es casi inofensivo; apenas oye



Tira, ... ahora, que se aproximan, me dijo Antonio

un leve ruido se precipita á los rios ó á los torrentes, donde seguramente será respetado por sus perseguidores; en el agua es un animal temible.

Los peones que habían quedado la noche anterior en la gruta de los murciélagos, vinieron á encontrarnos, tomando por señal el ruido de los tiros, y se ocuparon de sacar las pieles á las antas, mientras nosotros regresábamos al pueblo.

—Yo me llevo la corzuela, le dije á Antonio, para regalársela á tu hermana, y cargué con la preciosa pieza de patitas finas y rosadas, piel aterciopelada y amarilla, pintada en el lomo de lunares blancos.

—Estos dos indios que me acompañan, decía Antonio, y que van á traer las pieles de tapir, no tienen mas oficio que cazar. La última vez fueron sorprendidos por un tigre en el Chaco; y ese Cara-huasi que anoche quedó con nosotros, no pudiendo eludir el encuentro con la fiera, se sacó la chaqueta precipitadamente, envolviéndosela en el puño y el brazo izquierdo, tomó con la derecha su cuchillo y esperó la fiera, que de un salto estuvo sobre él, apoyándose en las patas traseras.

El momento era supremo y había que aprovecharlo, introduciendo el brazo izquierdo por la boca y enterrando la daga en el corazon del terrible animal; un momento de vacilacion ó de incertidumbre, son suficientes, en ese instante, para perder la vida que está entre las garras del tigre. Ya conoces al mas intrépido de los cazadores de tigres, dijo Antonio.

LA TRIBU GUARAÑOCA Y LA TUPU

Antes de entrar al pueblito, pasamos por los Chacos de Antonio: unos cuantos ranchos de sembradores de caña de azúcar y mandioca.

En el patio, que estaba dividido por una línea central, doce ó quince indios, repartidos en dos bandos, mantenían en el aire una

pelota de cuero que restaban de una parte á otra, á veces en largas distancias, dando saltos y salvajes alaridos.

—Estos indios son *Guarañocas*, me dijo mi acompañante, pertenecen á la tribu bárbara que habita las proximidades, mientras que los dos cazadores que han ido con nosotros son de la tribu de los Tupüs, que merodea el norte de Santiago.

Objeté á Antonio que los indios Tupüs de Santiago hablan chiquitano y que me parecía dudoso que Cara-huasi fuese de esa tribu, porque su nombre era en lengua *quichua* y significaba Casa de cuero, á lo que me respondió que le daban el nombre en quichua, por usarse muchas palabras de esa lengua en Chiquitos y porque este indio vivía en los bosques en unas chozas techadas con cueros de anta y tigre. Tambien Tobaitá, me dijo, tiene nombre guaraní, (que significa Cara de piedra), siendo Tupü; así le llaman, porque nunca se rie.

Los bárbaros, propiamente dichos, perdonan la vida de un hombre blanco que hagan cautivo en la pelea; pero no hay ejemplo que hayan dejado salvo á uno de estos indios de sus pueblos que se someten á nuestro régimen.

En tiempo de la dominacion jesuítica, con esas dos tribus de Tupüs y Guarañocas, se fundó la reduccion de Santiago de Chiquitos; pero la mayor parte de los indios volvió despues á la vida salvaje de los bosques y se han declarado enemigos de los que habitan el pueblo, trayéndoles frecuentemente formidables ataques.

Esa es la razon porque toda la pequeña poblacion está rodeada de foso y muralla de piedra.

PRÁCTICAS RELIGIOSAS

De la antigua iglesia existe una gran parte en pié, apuntalada con árboles y contrafuertes de piedra.

Los indios conservan muchas de las prácticas religiosas que les

fueron predicadas por los misioneros, mezcladas con las tradiciones y creencias salvajes, el culto al sol, á la luna y á las estrellas.

Concurren alegres, bailando y cantando, desde la plaza al templo, cuya puerta se abre muy temprano por un viejo indio que hace las veces de sacerdote y á quien le llaman *El Cura.* Una vez que los fieles están reunidos cantan de nuevo alrededor de una tarima que ha sido colocada en el centro del recinto, la cual soporta una rústica escultura ecuestre, obra maestra de los tallistas indios, que representa en madera á un valiente cacique *Santiacu* (Santiago) el que, montado en un brioso caballo, lanza en ristre y adornado de plumas y atributos bélicos indígenas, dá muerte á otro cacique salvaje que está clavado en el suelo por la lanza de *Santiacu.*

El vencedor, el caballo y el cacique vencido son negros, pues este color ha sido el que se ha juzgado mas aparente por los indios, de entre todos los que proporcionan las tinturas de los árboles, para representar á lo vivo aquella escena de la historia chiquitana.

Santiacu tiene un enorme pescuezo, mucho mas largo que el cuerpo, lo que lo hace parecer un *indio cisne,* único medio que han encontrado los autores de aquella maravillosa obra de arte, para que el vencedor, estando á caballo y derecho, pueda mirar á su víctima, que se revuelve entre las patas del caballo.



Santiacu

Nuestra lámina es cópia de un *Santiacu* hecho á imágen y semejanza del que está en la iglesia, por uno de los naturales muy dado á las bellas artes, que anduvo algun tiempo en nuestro servicio.

Cuentan los indios, cuando uno les pide explicaciones sobre la venerada figura, que un dia de batalla, el cacique de ellos, fundador del pueblo que habitan, estando en guerra, mató en las laderas inmediatas, de un formidable lanzazo, al cacique *Guarañoca* insurreccionado y que desde entonces conservan el recuerdo del vencedor é ilustre guerrero.

Las mujeres concurren á las fiestas religiosas ó á los bailes con el pelo suelto y perfumado con esencias de plantas aromáticas.

Constituye el lujo principal de su sencillo traje el collar de cuentas y monedas que cae sobre los desnudos y bien formados senos. La vida corre tranquila para aquellas buenas gentes, no atormentadas jamás por la envidia ni los deseos de vana reputacion, hija de la intriga y engendro de las cultas sociedades.

LOS BAÑOS Y EL ESPEJO

En los dias de calor, las familias indias van en masa á los baños y pasan el dia pescando ó durmiendo á la sombra de los árboles y al borde de las *posas* ó represas, que forma la débil corriente de agua que cae de las montañas.

Una mañana fuí en compañía de Carolina á conocer *su posa* á la orilla del riacho y recuerdo haberla visto pasar por la sorpresa mas agradable que pueda describirse.

Llevaba los útiles de *toilette* en mi *necessaire* de viaje, é hice uso de ellos despues del baño, en aquellos estanques de muros rosados.

Carolina no sabía lo que era un espejo y era aquella la primera vez que contemplaba sus grandes ojos y su boca diminuta, en la tersa superficie de un cristal azogado.

—Hasta ahora, decía ella alegremente, no había visto mi rostro mas que en las aguas tranquilas de la fuente.

Daba vuelta entre sus pequeñas manos aquel precioso objeto, y no concluía de mirarse, haciendo reflejar todas las partes de su cuerpo en la superficie del cristal.

En aquel momento era mi compañera una imágen viva de la suprema felicidad; poseer aquella prenda, era una dicha tan ideal, que no podría pintarse la expresion de su fisonomía incomparable, cuando le dije:

—Te regalo ese espejo y todo este estuche, que contiene peines, cepillos y frascos de extracto.

Aquello era un colmo que rayaba en presente oriental y Carolina se conceptuaba mas poderosa que la reina de Saba. La felicidad tocaba los límites del delirio.

¡Así en la vida la dicha es relativa y quimérica! aquellos objetos no hubieran hecho feliz á ninguna otra mujer.

Uno de los medios de ser feliz, es no pretender imposibles; así decían las indias cuando cantaban:

"Somos ricas en nuestra pobreza, por eso somos felices, etc., etc." (Los años hacen cambiar radicalmente de conceptos. Garanto hoy, que la verdadera felicidad consiste en querer un ideal irrealizable.—La dicha está en lo *intangible*, en el eterno anhelo, en lo que nunca se alcanzará sobre la tierra. Cuando esto se anhela, el pájaro-hombre canta admirablemente entre su jaula).

En estas reflexiones aconteció que me quedé dormido debajo de una planta de hermoso follaje.

ESTABA CAUTIVO

A la tarde me desperté incómodo por la vaporizacion del suelo.

Me levanté entumido, y unos dolores á la cintura, cuya agudez aumentaba por momentos, me impedían marchar derecho.

Al dia siguiente no podía hacer un solo movimiento, y Carolina informándose de lo que me pasaba, me dijo:

—Has tomado un pasmo de sol, que da á casi todas las personas que pasan por estos lugares. De eso mismo murieron los franceses, imposibilitados de atenderse, porque no tenían amigos y no podían moverse de sus camas; pero á tí, querido mio, no te pasará lo mismo, porque yo te curaré con el remedio de *mama Tajihualpa;* y diciendo ésto corrió al monte, trayendo en sus manos unas almendras silvestres que machacó con un guijarro sobre una piedra plana.

Aquellas almendras ó cápsulas silvestres, contenían gran canti-

dad de aceite, que Carolina dijo llamarse de *Pesoy* y con ese líquido untó sus manos y me dió una friega en la cintura y en las espaldas.

Al cuarto de hora habían cesado por completo los dolores y mi cuerpo adquiría de nuevo su natural flexibilidad.

—Me has curado, le dije, y eres digna, una vez más, de mi mayor cariño. Quisiera llevarte á mi tierra, cuando tenga que dejar tu pueblo.

—Tú no me abandonarás, me respondió llorando. Te quedarás para siempre entre nosotros. *Taita* me ha prometido no dejarte partir. Yo he jurado á mi padre, en la hora, de su muerte, no abandonar sus cenizas y aquí es únicamente donde puedo ser feliz.

Aquellas palabras me confirmaron la intencion del cacique y el acuerdo que los indios habían tenido de no dejarme salir de entre ellos, trama de la que ya había sido prevenido por Juan y Meliton.

Comprendí entónces que en realidad estaba cautivo, y resolví vencer con astucia los obstáculos que se me opusieran en lo sucesivo.

—Carolina,—le dije en otra ocasion,—si tú no me acompañas á mi tierra, yo viviré siempre en esta pintoresca villa, porque no puedo separarme de tu lado, y aquí, entre estos preciosos bosques, en medio de la Naturaleza, soy mas dichoso que en las tumultuosas ciudades, donde rara vez se encuentra cariño ó afecto verdadero y donde la felicidad es una quimera fugaz.

Si había pensado volver á mi país, era solamente con la intencion de traer muchas cosas que aquí nos son indispensables.

Tú necesitas tipoys y..... collares; el cacique, tu padre, herramientas para labrar sus tierras; yo mismo necesito ropas y calzado y todos, en este pueblo, van á ser provistos por mí de cuanto les hace falta, porque todo puedo traer de mi tierra, regresando en muy corto tiempo.

—Yo no necesito mas que tu cariño,—respondíame aquella jóven que, mujer al fin, sabía mucho en lo que se refería á las lides del amor,—y te pido que no pienses en irte, porque no pudiendo seguirte me moriré de pena.

Los indios podían favorecer á Carolina en su proyecto, pero yo me supuse que no habían de faltarme cómplices el dia que quisiese hacer mi viaje, prometiendo regalos á todos los necesitados y em-

pecé á hacer correr la noticia de que volvía por poco tiempo á mi tierra para llevar un cargamento de cosas útiles, con qué obsequiar á los chiquitanos y que á mi regreso me instalaría allí definitivamente, viviendo en compañía de Carolina.

No había en el pueblo, como antes hemos dicho, mas vasijas que las tutumas; la loza y los cristales eran completamente desconocidos.

Yo tenía en mi equipaje cuatro tarros de sustancia de carne Liebig (que me parecía detestable) y resolví fabricar con ellos cuatro tazas ó vasos, cortándoles el cuello. Los hice desocupar de la desagradable sustancia y con el lomo de mi cuchillo de monte, golpeando suavemente, iba haciendo saltar en astillas pequeñas la parte del gollete del tarro, hasta darle la forma deseada.

Despues de algunas horas de trabajo había logrado mi propósito y presenté á Carolina aquellos cuatro vasos, que fueron la admiracion de los caciques y de todos los habitantes del pueblo, pasando de mano en mano, como curiosidades nunca vistas de arte moderno.

La lima de las uñas, que tenía mi estuche de viaje, sirvió para alisar completamente el borde de los vasos.

Con tan buenos presentes, la casa de Carolina se iba transformando ya en un palacio de comodidad y elegancia para todos los moradores de Santiago. ¿Qué no sería el dia que yo volviese de mi viaje, llevando tantas cosas como prometía?

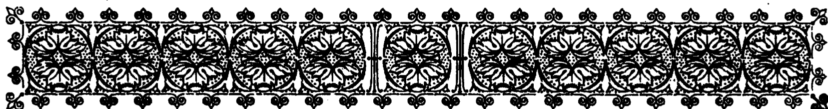
Carolina tenía espejo, espléndidos collares de monedas, peine de carey y ahora vajilla Liebig. (Lamentamos que la modestia nos impida hablar del hombre de Carolina, considerado bajo el punto de vista indio).

Era, pues, aquella muchacha, un asombro entre sus compañeras; casi una gloria chiquitana.





Carolina no sabía lo que era un espejo. (Pág. 79)



V

SUMARIO: — Volvemos al Chaco.—Taji-hualpa me acompaña.—El pueblo en fiestas de despedida.— Campamento en el bosque de los Tamarindos.—Cara-huasi nos da lecciones de geografía.—La transmigracion de los espíritus. La pesca con redes.—Cacería en marcha.—Las ranas del pozo del tigre. Cara-huasi y los guarás.—Las suaves caricias de la aurora.—Manteo á los zorros y cómo debe cazarse al vuelo.—El rastro de una tribu.—El parlamento.—El aduar de los Toboroches.—Noticias de nuestros compañeros.

HABÍAN pasado dos meses desde que nos separamos de nuestros compañeros en Chamacocos, un mes y dias de que nuestro pequeño grupo hacía vida Chiquitana en la aldea de Santiago.

Nos contrariaba no tener noticia de ellos.

Varias veces interrogamos á los indios y á los caciques sobre la suerte que habría podido tener aquella expedicion de veinte hombres al mando del ingeniero inglés Mr. John B. Minchin, de la que no teníamos noticia, conviniendo antes de separarnos, en que nos encontraríamos nuevamente en las alturas de Santiago de Chiquitos. ¿Qué tribus hay por esta direccion, preguntaba yo á Taji-hualpa y á Maimoré, apuntando al S. O.?

Por ahí, me decían, los primeros indios que se ancuentran son los *bárbaros Guarañocas*. Un poco mas á la derecha, los *Morotocas*, cuyas tierras llegan hasta el Sur de San José, abarcando las ruinas de la antigua mision de San Juan.

Hay entre esas dos tribus y un poco mas al Sur, la agrupacion de los *Toboroches*, á quienes se les da este nombre porque son poco aficionados á construir viviendas ó ranchos, como lo hacen

las otras tribus, prefiriendo habitar dentro de los grandes troncos del Toboroche, donde labran con sus hachas un espacioso recinto

La abertura que practican para entrar á su cuarto redondo, es cerrada durante la noche por una piel de anta seca ó de tigre y si hay peligro de asalto de fieras, por una trabazon de ramas espinosas que detienen el cuero del lado exterior.

Para espiar lo que pasa fuera y tambien probablemente con la idea de que la vivienda esté ventilada, tienen aquellas moradas redondas uno ó varios agujeros en la parte alta, por donde el indio puede asomar la cabeza.

Mas abajo de las tierras de los Morotocas y los Guarañocas están los *Bravos Salineros*, que sostienen á flecha batallas de dias enteros con los cristianos.

Mas al Sur los *Chiri-huanos* y los *Tobas*, en las nacientes de los rios Pilcomayo y Bermejo. Por la costa del Alto Paraguay diversas familias de estas tribus, compuestas de algunos cientos de soldados con sus mujeres é hijos, forman lo que llamaremos Guardia de costas; tales son los Chamacocos que ya conocemos, celosos como todos los indígenas de la integridad de sus tierras.

Poco adelantaba en noticias de mis compañeros, despues de las conversaciones con los caciques y los intérpretes. Resolví entónces practicar una batida por el Chaco, acompañado de la gente de mi expedicion, armada de remingtons y de flecheros indios que ponían á mis órdenes los caciques.

Despues de varias conferencias y razonamientos, pude convencer á Taji-hualpa de que él personalmente debía tambien acompañarme.

No quiero llevar ataque á esas belicosas tribus, decía el cacique; hace tiempo que los Guarañocas de la selva no vienen ya á atacarnos sobre nuestras trincheras. Con los *Tupüs* que son menos temibles, porque cuentan con menos guerreros, mantenemos mas bien amistosas relaciones y los *Morotocas* y sus hijos los *Toboroches*, no han tenido nunca reyertas con nosotros.

Exponíale yo, que nuestra actitud de expedicion armada, no significaba que quisiésemos combatir con los vecinos y que por el contrario, este era el medio de mantener las relaciones amistosas.

Nosotros hacíamos en medio de los salvajes, lo que hace la Europa moderna; nos armábamos y poníamos en pié de guerra, pre-

cisamente para no pelear. El cacique por fin decidió acompañarme; no tanto por convencimiento de que procedía bien, sino por la influencia que ejercía sobre él la tribu, ante la cual yo gozaba de un inmenso crédito.

Carolina era para mí un *medium* político admirable y á condicion de que yo no volviese á mi país, estaba dispuesta á todo cuanto se me hubiese ocurrido. Dotada de una inteligencia y de una vivacidad muy superior á la de los salvajes, ejercía sobre ellos y especialmente sobre sus mujeres, un dominio manifiesto.

Criada en la casa del viejo cacique Taji-hualpa, conocía minuciosamente los resortes internos del manejo de aquella caja de Pandora gubernativa. Hubiera sido sumamente fácil, despues de la organizacion de los guerreros indios que debían acompañarme al Chaco, y al mando de mis veinte hombres armados, declararme jefe supremo y cacique principal de aquellos pueblos y tribus inmediatas. Algo mas: no hubiera habido necesidad para esta declaratoria, de que corriese sangre, yo era de hecho jefe del pueblo, viviendo entre ellos; las mujeres, los caciques y los indios todos me hacían manifestaciones visibles de su decidida simpatía y en cuestion de afecto de gente sencilla, de habitantes de los campos ó de los bosques, sé perfectamente á que atenerme.

Soñé mas de una vez que se me proclamaba *Inca Supremo* y que restauraba el Imperio de Atahualpa, con mengua de invasores y basándome en el inconmovible poder de las mujeres de toda nuestra América.

TAJI-HUALPA ME ACOMPAÑA

DECIDIDO Taji-hualpa á excursionar conmigo por el desierto, despues de largas conferencias con Maimoré, su colega Tupü y otras entidades del lugar, resolvimos hacer los preparativos necesarios para el viaje.

Era preciso cazar en esos dias algunas piezas mayores más que

las de costumbre, á fin de llevar en las alforjas de cada guerrero, una buena provision de chatasca. (Carne seca cocida y pisada que preparada especialmente, constituye un agradable manjar).

Las indias se ocuparon de amasijos de pan de maiz, que cocían al horno.

Con la harina de maiz y la carne seca pisada, hacen un pan ó bollo que hemos juzgado muy conveniente para la alimentacion de los viajeros en el desierto; pues aunque despues de unos dias esta pasta se endurece notablemente, es fácil deshacerla en agua caliente obteniéndose una especie de sopa muy alimenticia.

(Anoten eso en su cartera los militares y los expedicionarios que no pueden llevar un gran convoy.)

El transporte de este comestible no ofrece dificultades; es sumamente liviano y de difícil descomposicion.

Los guerreros indios que iban á acompañarnos, ensayaron sus arcos, se proveyeron de flechas de pelea y flechas de caza, fabricando ellos mismos unas con puntas de silex ó piedra de chispa, y otras con espinas de pescados ó astillas de Guayacán.

Vimos entónces aparecer las cotas de malla y otras armaduras de cuero de anta durísimo con que los indios se preservan de las flechas de sus enemigos. Estas armaduras de cuero que se sujetan al cuerpo del guerrero por medio de piolines, tienen sus cortes exteriores mas ó menos análogos al de algunas armaduras antiguas.

Se construyen tambien las cotas de malla con gruesos tejidos de *Chaguar* y todas estas armas de defensa están generalmente decoradas por guardas de cuadros, círculos ó fajas rojas, negras ó amarillas, segun las materias colorantes ó las tierras que han tenido mas á mano sus fabricadores.

Los lanceros se proveían de dos clases de lanzas. - Unas largas como de tres metros y medio, de aguda punta, hecha de la misma madera, otras mas cortas, para ser arrojadas, semejantes á la jabalina de los antiguos.

Los músicos del pueblo estaban tambien en movimiento preparando pífanos, flautas de repuesto y tambores, con parches de cuero de gacela, los célebres violines ó violones hechos á cuchillo y los inolvidables mates con maiz adentro, de los que es imposible prescindir para que las melodías sean completas. Rendían

tambien su culto á Marte preparando flechas y arcos que llevarían sobre su desnuda espalda, á guisa de atributo, ó tal vez dudando de que en los modernos tiempos pasase lo que en los mitológicos de la juventud de Apolo, en que con la melodía de una flauta se aplacaba la furia de las hambrientas fieras.

Mama Taji-hualpa se había decidido á venir con nosotros, lo mismo que Carolina y todas las mujeres de los guerreros y acompañantes de aquel paseo militar que íbamos á practicar por entre los bosques.

Maimoré me decía, estrechándome entre sus brazos alegremente, la noche antes de la partida:

—Hermano!... si no tuviese yo la responsabilidad del Gobierno de la tribu, iría tambien en tu compañía á los chacos. Desde hace años no duermo entre las selvas, ni me despiertan al venir el dia los cantos de las gallinetas, las *charatas* y las bandadas de tordos y bienteveos.

¡Cómo ama el indio sus bosques y su libertad!

EL PUEBLO EN FIESTAS DE DESPEDIDA

El primero de Agosto era un dia espléndido de primavera y el convenido con Taji-hualpa para nuestra partida al desierto.

El ruido de las flautas, las cajas de guerra, los bailes y cantos de los indios en la plaza, nos anunciaban el momento de la partida.

Mis veinte hombres estaban listos con sus armas y municiones. Mandé formar enfrente de la *Casa de los Caminantes* al grupo espedicionario y aperar la recua de bueyes y mulas, bien repuestos entónces de la flacura y de la fatiga porque habían pasado en la travesía del Chaco.

No pudo menos de causarme gran sorpresa ver que cada uno de mis soldados tenía, á dos ó tres pasos á su retaguardia, una ó dos indias y á veces tres, que se disputaban el derecho de cargar con su equipaje.

Mis dos asistentes llevaban una china cada uno: estos habían sido más parcos en la reparticion de las mujeres del pueblo.

Enfrente de la casa de Taji-hualpa, remolineaba la tribu entera. Los guerreros vestidos con sus bélicas armaduras de cuero de anta, ó de tigre, se habían adornado espléndidamente, segun es práctica de ellos, el dia de una salida á campaña.

Las largas cabelleras negras estaban fuertemente atadas en mazo en la parte alta de la cabeza y muchos se habían adornado profusamente con las mas pintadas plumas de las aves del bosque.

Los flecheros tenían, á mas de las corazas que defendían su cuerpo, una especie de guante de cuero, de tigre ó ciervo, en la muñeca de la mano izquierda, dispuesto entre sus dedos, de manera que pudiese defenderlos del latigazo de la cuerda del arco al despedir la flecha.

Las tierras de colores amasadas con resinas les servían para desfigurar sus rostros tostados, haciéndose rayas ó lunares caprichosos que les daban un aspecto mas salvaje.

El distintivo de Taji-hualpa entre su tribu, no lo hacía su traje, que en nada se diferenciaba del de los demás guerreros; sino que en vez de llevar armas de combate, llevaba entre sus manos un morrudo garrote de pesado *yucatán*, con empuñadura de plata labrada por los mismos indios. Su coraza era de piel de tigre, colocada encima de la chaqueta de algodon, tejida en su telar. Sobre los muslos y las piernas, cubiertas con un calzon rayado de la misma tela de algodon, se veía caer un delantal de piel de anta, especie de guarda-monte, contra las espinas y las flechas.

Cuando estuvimos listos, conferencié con el cacique sobre la hora de nuestra partida, expresándome éste, por medio de Carolina, que la primera noche campariamos á dos leguas de distancia á orillas del rio "Agua Caliente."

Convinimos en que la vanguardia iría defendida por diez de mis tiradores en hileras de á dos, quedando los demás á retaguardia.

Los guerreros indios, en número de cincuenta, ocuparían el centro, yendo Taji-hualpa y yo, con la escolta de capitanejos, á la cabeza de la columna.

Los músicos seguían á mis diez soldados y formaban entre la turba indígena. Se veía aparecer en primer término la simpática figura de mama Taji-hualpa, Carolina, la mujer del cacique Mai-

moré y otras notables personalidades femeninas del cacicazgo.

Los hombres, las mujeres del pueblo, los muchachos y muchachas, chicos y grandes, cantaban y danzaban al son de las músicas patrias y en el semblante de cada uno se revelaba el contento general.

Los bueyes de mi recua y unos diez ó doce del cacique iban cargados con las provisiones y bagajes, al centro de la columna de los guerreros indios.

Taji-hualpa, un intérprete y yo, nos permitíamos ir montados en mulas presidiendo aquella lenta marcha. Las dificultades del forraje, de aguadas abundantes y las trabazones de la espesura, impedían que la columna expedicionaria pudiera ir montada.

Nosotros mismos, tendríamos que apearnos mas de una vez de nuestras cabalgaduras.

La gente de mi vanguardia se confundía con diez hacheros indígenas, que armados de afilados machetes y cuchillos de monte, nos abrirían paso al través de las selvas en el caso de encontrar dificultades ó caminos estrechos.

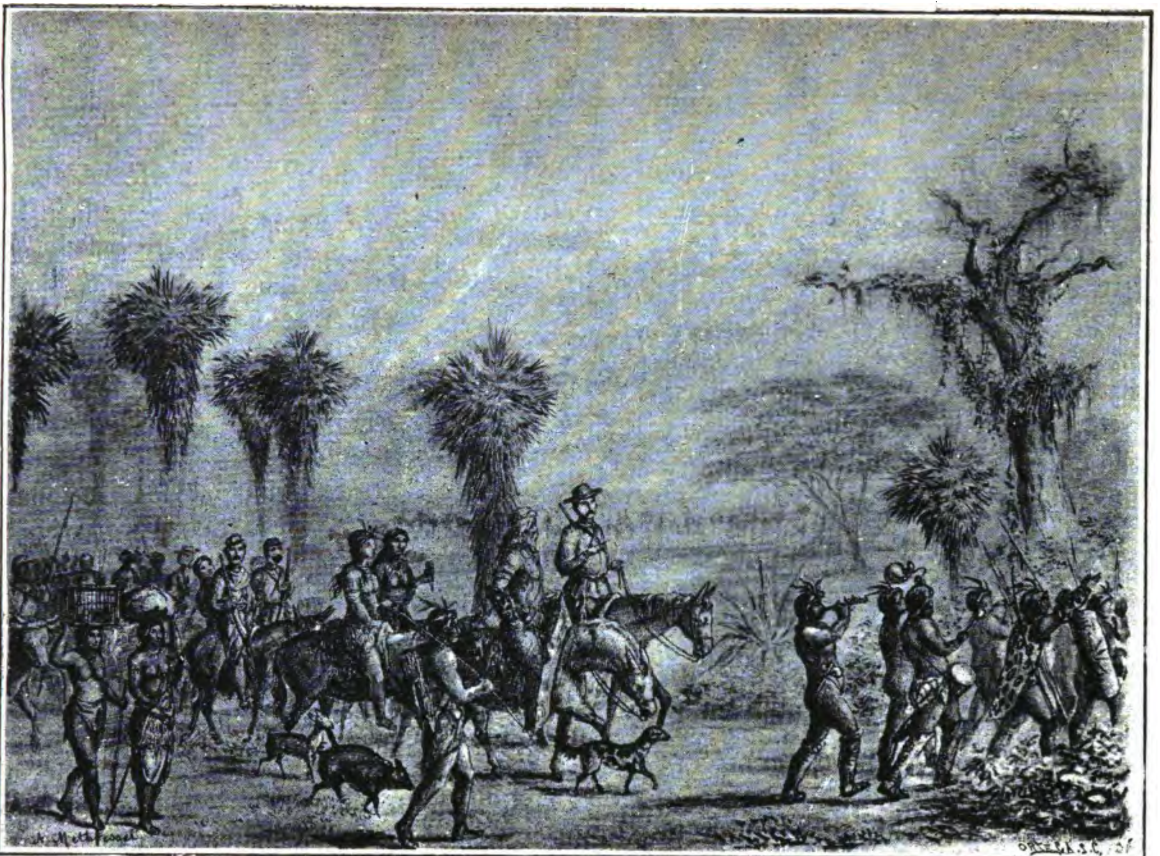
En este órden marchamos de Santiago, en medio de las afectuosas manifestaciones de más de mil indígenas que nos acompañaron hasta el *Bosque de los Tamarindos.*

CAMPAMENTO EN EL BOSQUE DE LOS TAMARINDOS

Al caer la tarde llegamos á aquel precioso sitio, valle de un montículo de piedra salpicado por enormes árboles y festoneado por un riacho correntoso.

Se estableció el campamento, se colgaron las hamacas, se encendieron los fuegos de costumbre y se puso á cocer sobre las brasas algunos costillares de anta y de novillo.

Dispusimos que los soldados de la columna expedicionaria camparan en el mismo órden que se les había dado para la marcha, debiendo regresar al pueblo desde aquel paraje el cacique Maimoré con su mujer, escoltados por los músicos que no habían sido



Mi vanguardia se confundia con la orquesta indígena

designados entre los cincuenta, y las doscientas ó trescientas personas que nos habían acompañado, llegando hasta allí, y que pertenecían á las filas del populacho.

Mi carpa fué ocupada por mama Taji-hualpa y Carolina; los naturales colgaron sus hamacas en los árboles próximos.

El grupo expedicionario quedaba así compuesto de setenta soldados y treinta mujeres.

Empezaban las noches de luna y como estábamos tan próximos al pueblo, creimos innecesario hacer montar las guardias dobles. Aquella primera noche establecí una guardia simple en la proximidad de la carpa del cacique, cuyo relevo se alternaba cada dos horas por un flechero indio. Pasó la noche sin ningun acontecimiento notable.

Aunque la orquesta del pueblo, propiamente dicha, había regresado con el cacique Maimoré, no nos faltaron pífanos y flautas de caña que alternasen sus melodías sencillas con los extraños ruidos de la noche en los bosques.

Mama Taji-hualpa y Carolina se ocupaban, acompañadas de *Minimay*, (sirvienta de Carolina) en dar cómoda colocacion, dentro de la carpa, á los loros domésticos de la primera, que se dejaban transportar de una parte á otra, parados en sus arcos de mimbre.

Una corzuela y un pecari, especie de jabalí pequeño muy domesticable que habita los bosques del Chaco), folgaban con dos perritos cuzcos á la puerta de la carpa, comprendiendo instintivamente que por allí cerca debían pasar juntos la noche.

Estos animales eran la familia y constituían el objeto de los desvelos de mama Taji-hualpa, que infortunadamente no había tenido hijos, segun afirmaba Carolina.

Era curioso observar la mansedumbre de aquellos animales. El pecari que vive en cuadrillas de quince ó veinte entre las selvas, y cuya carne es tan estimada por los indios y por todo el que la gusta, es temido no solo por los cazadores, sino tambien por los tigres y los pumas, que gustan hacerle presa.

Aquel animalillo había perdido por completo su aficion á las selvas; seguía de cerca á su dueña y gustaba sobre manera de que cualquiera lo acariciase.

La gacela ó *guazú* como la llaman los naturales, era menos amiga de formar grupo con los perros y el jabalí, sobre todo durante el dia.

Mientras las sombras envolvían los bosques y las praderas, iban aquietándose poco á poco los ruidos y las conversaciones de los indios, que formaban su aduar en torno nuestro.

CARA-HUASI NOS DA LECCIONES DE GEOGRAFÍA

Yo había visto con alegría, la tarde, aquella que el intrépido Cara-huasi, el matador de los noventa y siete tigres, mi amigo el de las antas, venía tambien con nosotros. Su figura grotesca me era profundamente simpática; era un chino de mediana estatura y de hercúleos músculos; sus manos redondas y apambazadas, tenían mas parecido á la garra del tigre, que á la mano del hombre; sus piés eran redondos, aquellos dedos separados por cómodas distancias unos de otros, apuntaban en diversas direcciones del cuadrante y francamente, si hubiésemos tenido que medir el largo y el ancho de aquel pié, hubiera resultado más tarde una confusion entre la longitud y la latitud.

Su cara era horrible, si no fuera un vago tinte de nobleza ingénita, que campeaba de cuando en cuando en su mirada. Aquella cara hecha á puñetazos en el yunque de Vulcano, estaba adornada por una melena ni larga ni corta; que mas bien podría llamarse crin, cuyas puntas desiguales no llegaban á descansar sobre los membrudos hombros, é indudablemente eran podadas á cuchillo.

Seguíalo Tobaitá, que era, á mas de un bravo cazador, un excelente compañero de correrías por el bosque.

Cara-huasi que aún no había descargado de sus espaldas el arco y las flechas en aquella hora que entraba á ser la del reposo comun, me miraba desde lejos medio de soslayo y al través de las cortinas de sus pobladas cejas.

Descifré aquella expresion agreste de salvaje y simpática benevolencia, marcada en la ingénua sonrisa de aquel sátiro y complacido, me acerqué á él palmeándole con cariño y haciéndole

aproximar al enorme *molle* caido, en cuyo tronco estábamos sentados con el cacique y el intérprete.

Formamos allí un grupo, desdeñando el indio sentarse como nosotros en el tronco, ó encontrando tal vez más blando el suelo alfombrado de yerbas.

Como la conversacion se hiciese laboriosa para Cara-huasi, en sus largas descripciones narrativas al cacique y á mí, se mantuvo unos instantes de pié, se sentó despues á la manera turca y concluyó por acostarse de barriga á nuestros piés, manteniéndose apoyado sobre los codos y acompañando la palabra con el movimiento de las manos que en actitud normal servían de palanca de sosten á su enorme cabeza.



Cara-Huasi

Las piernas, de la rodilla abajo, mantenían en el aire los dos redondos piés que hemos descrito un momento antes, los que se hacían cariños frotándose uno con otro, se rascaban ó se espantaban los mosquitos con el afecto de dos enamorados. Esta no ha sido la primera vez que yo haya visto ternuras manifestadas por las extremidades inferiores.)

Cara-huasi había entrado á ser para mí el objeto de las mas benévolas atenciones. Me representaba en la selva un especimen curioso del hombre primitivo, una era intermediaria entre aquella del *mammuth* en que el hombre, aún sin idioma, disputaba con las fieras el abrigo de las grutas y los honrosos ejemplares de nuestra raza en la evolucion actual.

Observando las costumbres de los indios y comparándolas con las tradiciones que se conservan orales ó escritas de los primeros

pueblos, tantas veces iguales ó semejantes, concertaba en una frase mis pensamientos.

La vida primitiva de las selvas, en su embrionario movimiento, marcha de la mano con la esplendorosa civilizacion de los pueblos mas adelantados del globo, y esta es á aquella, como el primer impulso de los manantiales de un riachuelo en su orígen, á las corrientes impetuosas de los rios.

La conversacion recayó naturalmente en las explicaciones topográficas de la zona que pensábamos recorrer.

Yo entendía ya, despues de dos meses de permanencia entre indios, casi todo lo que se decía en lengua chiquitana, aunque estaba lejos de poderme expresar en ella.

De este lado, decía Cara-huasi, apuntando al poniente, queda el potrero de *Iupees,* espléndida parada ó abra de monte con buenos pastizales, cerca de la colina de *Chochüs.* De esos campos nacen tres torrentes que solo conservan agua en la época de las grandes lluvias y que son los principales que se encuentran en el camino de San José.

Siguen los de *Tayoé* que nosotros llamamos de las *Antas Gordas,* el de *Uracirchiquia* en cuyas márgenes abundan los conejos silvestres, como así mismo el de *Soboreca* y forman entre sí el *Rio de San Rafael,* afluente principal del *Otuquis*, que cae en el *Tucabaca* y éste por fin se pierde en los arenosos bajios de Chamacocos, proximidades de la márgen derecha del Alto Paraguay. (El Tucabaca, afirman algunos geógrafos, desemboca á los 19° latitud en el Alto Paraguay, pero en realidad no desagua, se pierde en las arenas).

Así pasábamos el tiempo, mientras que todo el campamento estaba quieto. De algunos fuegos que se extinguían se levantaba entre las lianas y espesas ramazones verdes, la columna fina de humo azulado que iba á cernerse entre los aires, atravesando el follaje.

En las dos hamacas, que estaban dentro de mi carpa, dormían ya profundamente Carolina y mama Taji-hualpa.

Los ronquidos de la mujer del cacique, á no tenerla cerca, hubieran sido tomados por el bramido de un puma.

Aquella noche, apenas movida por las brisas, con todos los perfumes de la selva tropical, estaba suavemente alumbrada por la luz de la luna, que proyectaba en el suelo, pasando por entre las hojas y ramas de los árboles, la rara trabazon de randas y de encajes.

LA TRANSMIGRACION DE LOS ESPÍRITUS

De pronto el silencio del bosque fué interrumpido por el medroso lamento de un melancólico acento.

Escuchamos sorprendidos aquella queja que parecía el último acento de un moribundo abandonado. Había en las notas lanzadas á intérvalos la expresion de un dolor supremamente humano y mi vista se encontró á un mismo tiempo con la de mis tres acompañantes en una recíproca pregunta.

—Es el *Cacuí!* (Buho), dijo Cara-huasi interrumpiendo nuestro silencio... y dando un salto, estuvo de pié con las flechas en la mano.

Entró unos pasos en la selva oscura, armó su arco y lanzó una flecha á la copa de un hojoso *Curupí.*

La expresion de contrariedad se revelaba claramente en la fisonomía de Taji-hualpa, al oir el canto triste de aquella ave.

El intérprete miraba al cacique y á mí, sin atreverse á pronunciar palabra, cuando volvió á aproximarse á nuestro grupo Cara-huasi, trayendo en sus manos un enorme buho moribundo, atravesado por una flecha.

Aquí está el mal espíritu, Tatai, dijo el indio, tirando el ave herida á los piés del cacique. Taji-hualpa pronunció unas palabras que debieron ser de reconocimiento al cazador y de tranquilidad personal. Un hondo suspiro me comprobó esta creencia; púsose de pié, tomó el buho con cierta repulsion por la punta de las alas, estrájole el dardo y arrojó el animal al centro de la jauría de perros cazadores que descansaban en varios grupos próximos.

Si Cara-huasi no hubiera muerto el buho, me dijo el intérprete, mañana hubiéramos estado de vuelta en Santiago. Esto me explicaba una de las tantas supersticiones que tienen los indígenas que creen en la metempsícosis ó trasmigracion de las almas.

Los espíritus de indios malos transmigran á buhos, tigres ó yacarés y los de indios buenos se convierten ó posesionan de perros, tórtolas, gacelas, bueyes, loros ú otros animales domésticos, á fin de acompañar á los seres queridos que les sobreviven.

—Desde que murió mi madre tengo este loro, me decía la mujer del cacique Maimoré, conversando una tarde debajo de la ramada de su casa en Santiago de Chiquitos—y por no perderlo sería capaz de cualquier sacrificio.

El lector comprenderá, despues de estas explicaciones, la razon que tenía yo para no protestar, cuando veía á mama Taji-hualpa meter en mi carpa á sus dos cuzcos falderos, una gacela, cuatro loros y un pecarí.

La hora avanzada invitaba al sueño, y Taji-hualpa, desperezándose pesadamente y ya tranquilo con la desaparicion del mal espíritu, me invitó á acostarnos en las hamacas de nuestras dos mujeres. Yo preferí tender la mía al aire libre.

Un momento despues, el solo de ronquidos de la india en *fá sostenido,* era contestado por un *dó profundo* del cacique, que hacía pensar, al que escuchaba medio dormido, en todos los histriones, silfos y cavernas de un intrincado infierno.

LA PESCA CON HAMACAS

DIA *2 de Agosto.*—La mañana era tan hermosa como la del dia anterior.

Á la madrugada las indias trajeron agua del riacho vecino, se avivaron los fuegos del campamento y al mismo tiempo que se oian los cantos de las aves y la música de los flautistas indios, empezaron á circular las tutumas llenas de café, que pasaban de mano en mano.

Juan y Meliton cuidaban mi equipaje particular, que no era el de casado, y conociendo mis gustos de expedicionario, me despertaron esa mañana presentándome en la tablita cuadrada que en campaña constituía mi vajilla, un riñon de ternera asado y caliente. En este riacho, me dijo uno de ellos, acabo de ver muy buenos y abundantes pescados. Si usted, señor, no ordena la inmediata sali-

da, podemos tomar en un momento gran cantidad y llevarlos bien acondicionados en nuestros cargueros.

Le dije á Carolina que comunicase aquella idea al cacique y lo hice así pareciéndome que no estaba de más la cortesía. Un momento despues salió de la carpa y vino hasta mi hamaca, que estaba solitaria, colgada entre los robles, á expresarme de parte de Taji-hualpa la siguiente atenta misiva:

—Dice Taita, que tú dispongas lo que te parezca; que si quieres ordenar que pesquen, pescarán inmediatamente, pues á ningun indio le falta red ó hamaca de *chaguar* que desempeña las mismas funciones. Me encarga tambien te manifieste, que él viene acompañándote y por acceder á tu invitacion, pero que quedará muy complacido si tú dispones y mandas todo lo que tengas por conveniente durante la excursion.

Dió un silbido el cacique á la puerta de la carpa y seis capitanejos se presentaron á recibir sus órdenes.

Un momento mas tarde, los indios se disponían á la pesca en medio de la algazara general.

Las hamacas de chaguar se colocaron en el suelo, unas despues de otras sucesivamente y las mujeres indias, cada una con un piolin en la mano, cosieron ligeramente aquellas pequeñas redes entre s', colocando sobre uno de los lados de la extensa red general, que tenía mas de treinta metros, pedazos de *Toboroche* secos, que hacían las veces de boyas.

Practicada esta operacion en no mas de diez minutos, llevaron la larga red á la orilla del riachuelo, á un sitio próximo, donde las corrientes formaban una especie de lago.

Dos grupos, de veinte indios cada uno, se alejaron en opuestas direcciones, bordeando la ribera. Cuando estuvieron á distancia de unos dos mil metros, próximamente, se metieron en el agua, retrocediendo en su marcha para encontrarse nuevamente en el sitio donde se extendían las corrientes en forma de laguna y en donde se encontraba la red, que atravesada ya en las aguas, impedía el pasaje de los peces.

Avanzaron por el riacho los veinte indios que estaban en la parte de arriba de las corrientes; haciendo gran algazara para espantar la pesca, aproximándola á la red. Venían casi todos armados de jabalinas, harpones ó simples ramas de árbol. Cuando

estuvieron próximos á la red, se estrecharon mas entre las aguas y el ruido aumentó. Manejada entónces la red desde los extremos, por cuatro compañeros, envolvió ligeramente á los peces que fueron arrojados á tierra sobre la verde alfombra de un suelo de arena y de gramilla.

Descargada la red del primer *vuelo*, como dicen los pescadores, volvió á tomar la primera posicion atravesando el curso de las aguas. Los veinte indios de la corriente abajo, que ya estaban próximos á una distancia de cien metros, avanzaron con su arreo y una vez encima de la red se procedió como en el primer lance.

La operacion había sido feliz y la pesca abundante. Recogiéronse los peces mayores y las mujeres arrojaron de nuevo al rio los pequeños ó los que no podían ser utilizados.

En las diversas categorías que observamos, era, la mas abundante, una especie de pescado de un jeme á una cuarta de largo, de carnes consistentes y con una mancha rosada con centro negro, en la base de la cola, y con figura general de Boga ó de Salmon, y que, segun la opinion de un excelente amigo que entiende de Peces, debe ser un *Acharnes*.

Había tambien bagres, mojarras, dorados, armados, dentudos y sábalos comunes.

Los indios abrieron y salaron el pescado, disponiéndolo en cestas para facilitar su transporte.

Las mujeres descosieron de nuevo las hamacas, las tendieron al sol y despues de preparar el almuerzo para todos los expedicionarios, dispusieron sus útiles y pertrechos de campaña en condicion de ser cargados sobre la tropa de bueyes, para poder seguir la marcha.

El almuerzo de aquel dia fué para todos de pescado. Á las cuatro de la tarde nos pusimos en marcha en la forma del dia anterior, debiendo ir á campar en el sitio denominado *Pozo del Tigre*.

Recorrimos una buena distancia por las márgenes del riacho, internándonos luego en la selva, siguiendo el rumbo Sur determinado por una série de tortuosos senderos entre los grandes árboles

CACERÍA EN MARCHA

Como cruzaran el camino algunos conejos y corzuelas, convine con Taji-hualpa en organizar dos compañías de cazadores, compuesta de cinco hombres cada una, que flanquearían sin órden en la formacion, unos á la derecha y otros á la izquierda de la columna en marcha.

Esta disposicion llenó de contento á los naturales, á quienes la caza proporciòna uno de los mas agradables entretenimientos.

Me indicó Taji-hualpa la conveniencia de no hacer uso de nuestras armas de fuego en medio de aquellos bosques, pues esa noche entrábamos ya en los dominios de los Guarañocas de la selva y el ruido de la fusilería se tomaría como alarma ó provocacion al combate.

Dí las órdenes oportunas para que en ningun caso se hiciese uso del remington, sin mi expreso mandato, explicando, para mas seguridad, á mis veinte hombres, la atendible circunstancia expuesta por el cacique.

Las liebres, las corzuelas y los conejos grises fueron batidos intrépidamente aquella tarde. Era admirable ver á los cazadores indios penetrar en los estrechos senderos de un lado y otro y volver despues de un rato á incorporarse á la columna con algunas de las espléndidas piezas mencionadas tomadas á flecha.

Al llegar al Pozo del Tigre y descargar las árganas del buey que servían de depósito de cacerías, teníamos:

Treinta y seis conejos. (El *Tapití.*) Su color es gris; su tamaño un poco mas pequeño que el que se cria en las conejeras y las orejas mucho mas cortas.)

Nueve *Guazús* ó corzuelas de dos especies. Tambien se tomó entre el bosque unas cuantas tortugas, probablemente del género *Testudo.* (Nunca hemos encontrado ejemplares de mayores dimensiones que de sesenta ó setenta centímetros de largo, por treinta y cinco ó cuarenta de ancho.)

Los animales cazados en la marcha eran siempre preferidos para las comidas del dia, reservando lo mas posible las provisiones secas que venían en los cargueros.

El campamento de la noche del dos al tres de Agosto se estableció en medio del espeso bosque.

Segun los indios y las narraciones del cacique, había existido allí, en tiempo de los Jesuitas, una reduccion de naturales.

En la mañana siguiente tuvimos ocasion de comprobar este hecho, observando algunos promontorios de tierra de forma cuadrada que determinaban mas ó menos el sitio de antiguas paredes y una cisterna casi borrada, cuyo brocal, de adobe cocido, aún podía examinarse.

De los conejos tomados el dia dos, se hizo una distribucion, que alcanzó hasta para calmar el hambre de los escuálidos perros.

—¿Por qué están estos perros tan flacos? - pregunté al intérprete, refiriéndome á unos que husmeaban por allí cerca.

— Señor, me respondió: *Perro gordo es mal cazador*. Los indios no olvidan esta máxima y conservan *livianos* á sus galgos.

—Pero estos galgos estan tan livianos que casi vuelan, agregué.

—En realidad, me dijo riendo..... ¡Mire señor, aquel que ahulla tristemente mirando á la luna! ¿á que no imagina usted en lo que está pensando?

—¡Hombre! le respondí: probablemente tiene dentro de su cuerpo el espíritu de algun indio bueno, puesto que no muerde, y como mira á la luna, no es avanzado juzgar que el indio era aficionado á la astronomía, ó por lo menos á la contemplacion del astro melancólico de la noche, favorecedor de las misteriosas citas amorosas.

—Nada de eso, señor, me dijo el intérprete, que comprendió la broma que yo le dabá, trayéndole á la imaginacion el relato del mal espíritu, posesionado del buho de la primera noche; lo que hay es, que ese perro es un gloton y se supone ahora que la luna, que él no puede alcanzar, es un queso de cabra!.... por eso llora.

Aquella noche los animales tuvieron una guardia especial y fueron traidos al reducto para evitarles, por medio del centinela, que los vampiros de la noche anterior, que ya volaban por encima de nuestras cabezas, les chupasen la sangre.

El sol radiante del *dia tres* secó en muy corto tiempo las pieles de conejo que los indios habían estaqueado prolijamente en el suelo, con el objeto de hacerlas servir mas tarde para parches de sus estruendosos tambores.

¿Se han visto ustedes obligados á gozar alguna vez de las mogólicas é infernales armonías de ese instrumento..... *de tortura?*

En presençia de aquel cuadro recordamos los siguientes versos en que Wildinger enumera los enemigos de la liebre.

Hombres, perros, lobos, linces,
Forman confuso tropel,
La marta, el gato y el zorro
Únense á aquellos tambien;
Y el gabilan y la hurraca,
Todos con saña cruel,
A la pobre liebre acechan
Procurándola coger.

En esta inmediacion, me había dicho Cara-huasi á propósito de conejos, puede cazarse todos los que se quiera.

Hay cientos debajo de cada tronco, y si no hemos tomado mas ayer, es porque el cazador no debe aprovechar nunca de los dones de la selva, más que lo indispensable, para satisfacer sus necesidades.

(El inteligente lector comprenderá bien, que el redondo de Cara-huasi no dijo las palabras que yo le atribuyo, pues á mas de ser indio *crudo* como ya lo sabemos, hablaba poco, guardando su elocuencia para manifestarla cuando se trataba de presentar piezas de caza. Me permito, pues, la libertad de atribuirle estos sentimientos, porque conociendo bastante el carácter del hombre de los bosques, sé que esta es la es la manera de pensar de todos.

LAS RANAS DEL POZO DEL TIGRE

Vecino á la cisterna se hallaba un estanque poblado de sapos y de ranas que nos habían hecho oir toda la noche su acompasado *cric*, *cric*, alternándose á veces con la no menos agradable música de pífanos y flautas indias.

Hasta que vino el dia estuve con la curiosidad de saber si aquellas ranas eran de esas grandes y verdes, que amenizan tanto la nómina larga de los platos europeos.

Nos fué muy agradable comprobar la existencia abundante de

esa especie, y con finos piolines y pequeños trapos de lana colorados de que nos proveyó Carolina, rompiendo un pedazo de su tipoy, procedimos á la pesca de unas cuantas docenas de hermosos ejemplares.

Aquel fué un buen espectáculo para los indios, que se agruparon en torno mio, y para algunos de mis soldados que reian estrepitosamente.

Enseñé á Juan mi asistente, lo mismo que á Carolina, la manera de sacar la piel y preparar el delicado manjar que se ofrecía casualmente.

Juan, como buen criollo, acostumbrado á creer que solo la carne de vaca es alimento y que si hay gente que se nutre con otra carne es porque le falta vaca ó le sobra apetito, miraba con cierto desagrado aquel capricho mio.

Taji-hualpa, mas observador y al corriente de muchos de los secretos de aquellas comarcas, pero que no se revelan al viajero, viéndome empeñado en el afan de comer ranas envueltas en harina de maiz, me dijo sonriendo:

—Los padres jesuitas tambien comían ranas y ellos fueron los que las trajeron á estos sitios. Á mi me contó mi padre una vez que andábamos cazando y que dormimos en este mismo paraje, que para criar las ranas se hizo estos estanques.

Al principio no había ranas mas que aquí y hoy abundan por toda la comarca.

Quise explicar por medio de Carolina á Taji-hualpa, lo delicada y nutritiva que era aquella carne, pero él desdeñó oir explicaciones, agregando:—La conozco . . . y no tengo inconveniente en acompañarte á saborear ese buen plato.

Los indios que vieron que su cacique, Carolina, mama Taji-hualpa, yo y todos mis soldados comíamos de aquellos indefensos animales, se echaron al estanque y sacaron á mano cuantas ranas había, no preocupándose de prepararlas morosamente envueltas en harina.

Ellos las tomaban, las pelaban con la rapidez mas grande y ensartadas en un palito, despues de salarlas, las arrimaban al fuego dándoles vueltas hasta que estaban cocidas. Luego se las devoraban y me temo mucho que con hueso y todo. Habían, pues, modificado mi sistema, simplificando el procedimiento y comían como el mejor francés *Grenouilles á la broche.*

Los reverendos padres jesuitas fueron objeto en aquel dia de mi cordial agradecimiento; pero lo que más admiraba, era que aquellas ranas, despues de tantos años, se hubiesen mantenido gordas y cantoras, esperando el dia *tres de Agosto* en que debían ser exterminadas por la voracidad de los expedicionarios.

Hago notar el parecido que existe entre el canto de las ranas en un estanque y el coro de las letanías que entonan las viejas beatas, en los templos.

En el estanque una rana de voz soprano absoluto hace:

Crich!

Y el coro popular responde á un tiempo:

Croc, croc, croc, croc, croc.

¡Ahora bien! ¿quién les dice á ustedes que al llevar los jesuitas las ranas y aclimatarlas en las lejanas comarcas de un país mediterráneo, no tuvieron el doble propósito de proveerse de un buen alimento y de enseñar á los indios la manera metódica y ordenada de cantar las letanías?

CARA-HUASI Y LOS GUARÁS

Á la tarde del citado dia tres, continuamos la marcha, que fué penosa, por tener que atraver varios bajios del terreno y orillar espesos matorrales.

Al campar esa noche en un abra de los bosques, estábamos mas ó menos á la distancia de quince leguas de Santiago de Chiquitos.

Durante la noche vino Cara-huasi á mi hamaca y despertándonos á mí y á Carolina que estaba próxima, me dijo alegremente, dejando ver los dientes agudos y blancos en su espaciosa boca de jaguar:

—Oyes! Oyes! ese ruido...? Y atendiendo nosotros, escuchamos el batir de las alas de los pájaros que volaban, confundidos en la noche, golpeándose en las ramas.

Esas son las charatas y los pavos de monte, nos dijo Cara-huasi, que han sido sorprendidos en las orillas del lago por algun *Guará*. Al campar en estos sitios, he visto sus cuevas en la proximidad.

Me dijo Carolina que Cara-huasi me daba noticia de la existencia de aquellos zorros, porque en realidad eran animales que escaseaban. La hora de tomarlos es al venir el dia, cuando regresan á sus guaridas. Agregóme ella, de su parte, que era mejor que no fuese á esa hora á cazar los zorros con Cara-huasi, sino un poco mas tarde (mi compañera era siempre opuesta á que yo madrugase,) pues entónces y disponiendo del tiempo, como nosotros disponíamos, podría proporcionarme el espectáculo de una fiesta india, que no todos los dias se veía.

—A los indios les gusta mucho jugar con los zorros, prosiguió Carolina.

Siendo yo niña, recuerdo que una vez se reunieron en los Chacos muchos cazadores con ese objeto.

Se proponían una fiesta entretenida. Había allí próxima una cueva como ésta que anuncia Cara-huasi; cerráronle todas las salidas, colocando redes aseguradas en el suelo, de manera que los zorros, cuando querían escaparse, quedaban prisioneros. Despues de bien cubiertas las salidas, acarrearon entre todos agua, en grandes tutumas, é inundaron la guarida.

Los pobres animales salían de sus cavernas medio ahogados y quedaban prisioneros.

Los gritos y las carcajadas de los indios eran estruendosas. Abrían una extensa red de quince ó veinte varas, que mantenían en el aire, tomada por sus extremidades. Un indio hacía de autoridad ó de gobierno y á su cuidado quedaban los zorros

Los cazadores que tenían la red, venían de á uno y parándose delante del mas viejo, le hacían cargos y acusaciones, diciéndole por ejemplo:

—Pícaro! ladron!... tu me robaste en tal tiempo una gallina; te acuso ante este cacique para que te dé el castigo, por el robo que me hiciste.

Los que tenían la red pedían que el zorro fuera condenado al vapuleo.

El que hace de juez no produce la sentencia; dice por el contra-

rio, tomando el aire grave de un magistrado y levantando en alto su garrote:

—No!... Por robar y comerse una gallina no se puede ordenar la muerte de un *hombre* que es tan *baqueano* (Práctico de caminos, etc.) y astuto cazador. Entónces otro indio de los de la red se aproxima con aire sumiso ante el cacique ó juez, quien, olvidábamos decir, se pinta la cara y se empluma de la manera mas grotesca, antes de empezar á dar sus fallos.

El segundo acusador dice, por ejemplo:

—Táita: este pícaro *hombre* me comió un loro que tenía en mi casa y un gatito colorado que cuidaba mi chinita. Pido que sea sentenciado á recibir el castigo merecido.

La turba de la red grita mas fuerte:

—¡Que nos entreguen á ese ladron!...

Pero el cacique no sentencia todavía y pronuncia por el contrario una arenga en indio, tratando de probar al pueblo que aquel *hombre* travieso y cazador debe ser perdonado.

—Es un *pobre mozo,* dice, que se busca la vida cazando, para llevarles alimento á sus pequeñuelos.

—¡Que nos entreguen á ese pícaro! dice la turba,—que roba y mata cuantos animales encuentra. Prueban entónces que el *mal mozo*: roba y mata por gusto y el que hace de autoridad toma al zorro que está metido entre la bolsa y ante esas pruebas y peticiones de todos, lo tira al centro de la red.

Se arma entónces el tremendo manteo, se tira y afloja la red y el zorro sube al aire ó cae de nuevo sin poderse escapar, porque sus patas se aprisionan entre los agujeros de la tela.

Grita el zorro y rodean los perros aquel sitio, hasta que cansados los indios, dan escape al astuto animal, que muere generalmente en poder de los lebreles, cuando no de los efectos del juego.

Así acaban con toda la familia de los zorros, largando los pequeñuelos entre las polleras de las mujeres que disparan y lanzan alaridos.

Me pareció entretenido el cuento, pero hice notar á Carolina que era hora de dormir y que podía ampliarme la escena al siguiente dia y decirle á Cara-huasi que yo quería presenciar aquel juego, en vez de cazar los zorros con las flechas.

Así lo hizo. El indio se retiró de nuestro lado y al poco rato

todos dormían tranquilos en el campo expedicionario, menos los dos centinelas que se paseaban silenciosos, proyectando sus sombras á lo largo del sendero

Durante la noche, otro incidente notable vino á interrumpir nuestro reposo. Un murciélago mal intencionado chupó la sangre al *Pecarí* de mama Taji-hualpa. El jabalí gritaba como un verdadero marrano!

La familia real pasó un mal rato.

LAS SUAVES CARICIAS DE LA AURORA

LA madrugada del dia cuatro empezó vagamente á colorear el horizonte. Veíamos del fondo del bosque gigantesco, por entre las tupidas ramazones, las últimas estrellas que titilaban como lámparas moribundas en el azul profundo de los cielos.

El espacio infinito estaba siempre velado á nuestros ojos, por los cortinajes verdes del follaje.

La luz aumentaba poco á poco, dispersando los negros tules de la noche y las lianas enroscadas en los troncos de *guayacan,* parecían serpientes perezosas sorprendidas en su profundo sueño.

El canto de las aves arrullaba nuestro último sueño en la colgante hamaca. Los indios no dormían ya, desperezábanse pesadamente en torno de una hoguera que se avivaba poco á poco, mientras que el número de concurrentes aumentaba.

Uno á uno habían revisado sus arcos y hecho un exámen de sus armas.

Cara-huasi sentado sobre un leño, rodeado de sus armas y de sus perros, parecía esperar impaciente, observando con atencion los movimientos de mi hamaca.

Probablemente pensaba que los GUARÁS no podían ser ya cazados.

Los mundos y nebulosas del infinito espacio, habían cesado de hablar en sus indefinibles signos.

Pasada su hora, que los mortales dedican al sueño, nos cedían á

nosotros el campo vasto de la accion. Era nuestro turno, tambien astros errantes del insondable arcano de la vida.

En aquel pequeño grupo de hombres, que atravesaban la selva misteriosa, se manifestaba Cara-huasi como el de mas impetuosos anhelos.

Un extraño sopor se había posesionado de toda mi existencia. Envuelto en mi hamaca de *ñandutí* (tela de araña), en ese estado medio del sueño, que sigue al reposo de las largas horas de la noche y á la luz vacilante del crepúsculo largo de las mañanas tropicales, hacía fantasías mi mente, saltando de hoja en hoja con sus alas inquietas.

Taji-hualpa mientras tanto, sumido en un profundo sueño, asistía probablemente á acciones guerreras ó asaltos de salvajes.

Daba órdenes entrecortadas y pronunciaba palabras incomprensibles. Había comido excesivamente la noche anterior y aquellos sueños debían ser la consecuencia de una morosa digestion.

Las aves en coros lejanos seguían entonando sus cantos y una tierna caricia, la caricia de una hada misteriosa de los bosques corrió suavemente por sobre la blanda piel de armiño que envolvía mi frágil humanidad.

Mis ojos soñolientos se entreabrían buscando en torno mio la realidad del cariñoso ensueño.

Nada había!.... Yo estaba solo entre las selvas como alma errante y sin rumbo en el caos infinito de la existencia.

Habían pasado indudablemente algunas horas.

No conservaba la nocion del tiempo, divagando en mi confuso sueño. Cuando me desperté, el sol mostraba su faz dorada, y Carolina, de pié al lado de mi hamaca, como el ángel tutelar de los desiertos, parecía velar mi sueño, meciendo levemente el colgante lecho indio. Recuerdo muy bien la expresion apasionada de aquellos ojos supremamente inteligentes.

—¡Cómo has dormido! me dijo. Yo creí al principio que algun dolor te molestaba. Sé, por instinto, lo lejos que has estado de mí en tu profundo sueño. Pero ¡oh!.... cómo me ha sido grato rodearte con mi brazo en las horas del silencio.

Yo tambien he soñado en esta noche de angustiosas horas.... El final de mi triste existencia me horroriza.... No puedo contártelo, no!...

Arrojada de lo alto de una peña, mi cuerpo destrozado fué devorado en las sombras por los hambrientos *Guarás!*...

Tú estabas ya en tu pueblo envuelto en una aureola de contento y de felicidad.... Las mujeres de tez blanca, incolora y desteñida, como su alma sin pasiones, te rodeaban acariciándote. ¡Infames usurpadoras de mi cariño inmenso!

Sollozos y lágrimas siguieron al relato, y aquel rostro juvenil, tostado por las brisas del desierto, se ocultó entre las ondas blancas de la piel de armiño.

Nuestra carpa había sido tendida aquella noche entre las plantas de *pasionaria* (Mburucuyá).

El vago perfume de la alegórica flor se percibía claramente.

MANTEO Á LOS ZORROS Y CÓMO DEBE CAZARSE AL VUELO

Cara-huasi, acompañado de Tobaitá y de otros indios cargados de redes y de flechas, se aproximó á mi hamaca.

—Hermano, desde que se alzó el sol, te estamos esperando, me dijeron. Taji-hualpa anda cazando por la orilla del lago y nosotros hemos recibido la órden de ir contigo, y proceder á la fiesta del manteo á los *Guarás*.

Salté de la hamaca y en un momento me calcé las largas botas y me puse la blusa de lona. Tomé mi espadin, mi rifle y mi sombrero de anchas alas de fibra de *yatai* (palmera) é incorporándome al grupo de cazadores, seguido de Carolina, nos internamos en la espesura.

Allí próximas estaban las cuevas de los zorros que debían costear la fiesta india. Las redes fueron colocadas en las entradas, de manera que los animales, al querer escapar, quedasen embolsados, y quince ó veinte hombres y mujeres acarreaban el agua del riachuelo en cántaros y *tutumas*.

Inundadas las cuevas y tendida la red, procedieron en medio de

las aclamaciones á dár muerte á la familia de los *Guarás,* en la forma que Carolina nos había descrito la noche anterior. La alegría general de los salvajes se hizo tambien extensiva á los perros, que en confuso tropel se disputaban el derecho de la carne de las víctimas.

Desde la salida de nuestra expedicion del *Bosque de los Tamarindos*, Carolina y yo aprendíamos, bajo la direccion de Cara-huasi, el manejo de la flecha.

—Pon un pié atrás y otro adelante, decía el maestro golpeando sus piés redondos en el suelo y tomando la actitud necesaria para dirigir al punto fijado su terrible dardo.

Carolina sabía mucho mas que yo el manejo de la flecha ¡era mujer!....; pero Cara-huasi tomaba á lo sério mi enseñanza y no estaba satisfecho viéndome errar en el blanco á que tirábamos siempre por elevacion.

Como ya había terminado el manteo de los zorros y cantaban á la orilla de la laguna las *Charatas* y las pavas de monte (Penélopes), nos invitó Cara-huasi para que aprendiésemos á cazar al vuelo, yendo en su compañía y en la de Tobaitá.

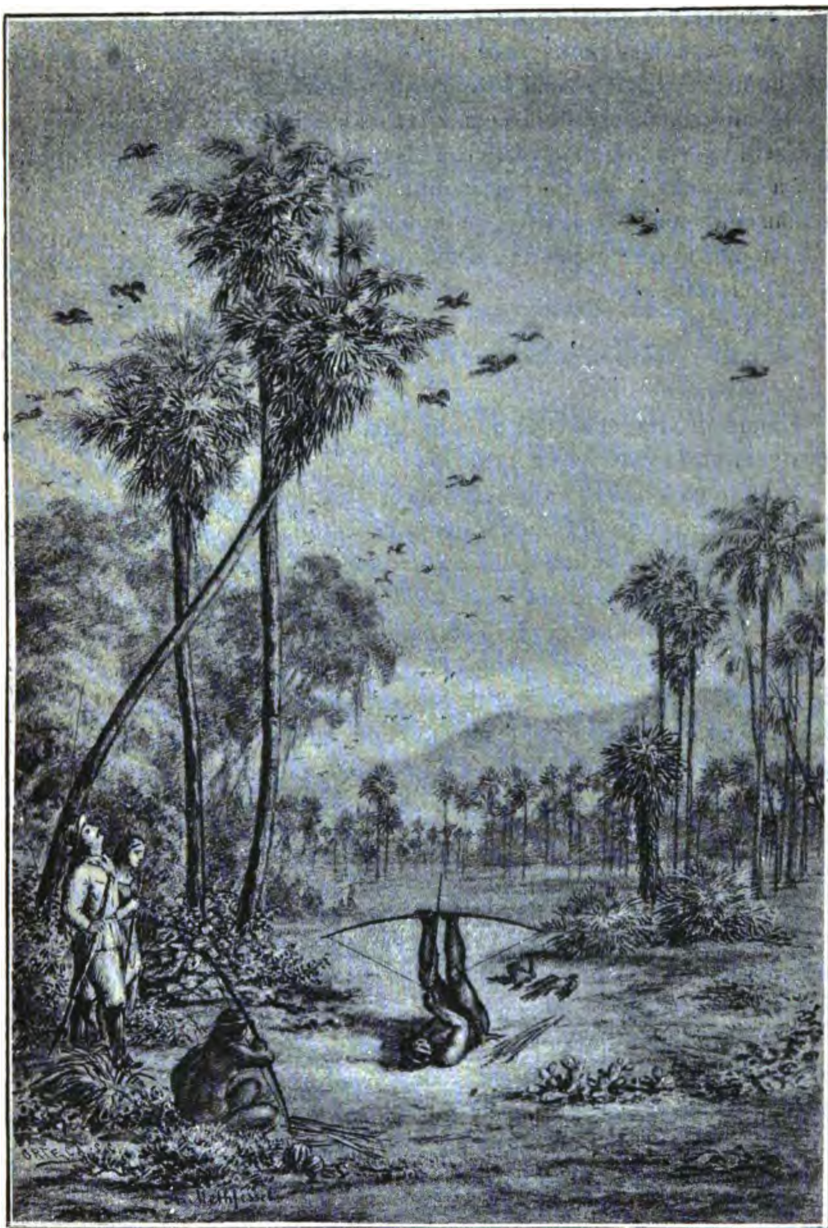
La caza al vuelo, nos dijo, es mucho mas entretenida que la que se hace tirando la flecha á un punto fijo.

Proveyónos de arcos y salimos con él en direccion de la aguada donde cantaban las *Charatas*. Mandó el indio á otros cazadores que fuesen por el lado opuesto del lago, para tirar sobre el grupo de las aves y marchando delante de nosotros, se internó en la arboleda.

Cuando estuvimos próximos á la laguna, nos hizo ocultar, á Carolina y á mí, detrás de los troncos de unas palmeras, caminando varios pasos para quedar en un claro que hacía el bosque; se acostó de espaldas sobre la alfombra verde de gramilla, avisando á sus compañeros que estaba listo, por medio de un prolongado silbido, al que contestaron Tobaitá y los suyos desde la opuesta márgen.

Cara-huasi entónces, siempre de espaldas en el suelo, levantó las piernas perpendicularmente sujetando en sus piés el fuerte arco.

Las aves espantadas, probablemente, por las flechas de los otros cazadores, volaban por sobre nuestras cabezas, y Cara-huasi, sin cambiar de posicion, y con una ligereza notable, despachaba flechas á las hermosas penélopes y charatas, que caían heridas de muerte golpeando sus alas al pasar por la ramazon de la arboleda.



Cara-huasi, entónces, levantó las piernas perpendicularmente

Cuando Cara-huasi se puso de pié y fuimos juntos á recoger las piezas obtenidas, vimos desde lejos que Tobaitá y los otros indios, en la misma extraña posicion, cazaban todavía.

Se empeñaba Cara-huasi, en su sencillez primitiva, en colocarnos, á Carolina y á mí, en la posicion en que él había estado antes para cazar al vuelo y fué necesaria mucha insistencia por parte de Carolina para hacerlo desistir de su natural propósito.

Las piezas obtenidas aquel dia fueron:

22 charatas,

14 pavas,

3 patos criollos (Existen en el Chaco en estado salvaje),

9 *Guarás*.

Hecho el almuerzo del medio dia, se dispuso lo conveniente para seguir la marcha en la tarde.

Habíamos salido ya del linde de los campos Guarañocas y debíamos llegar aquella noche, despues de una marcha de cinco leguas, á las proximidades del aduar de los *Toboroches*, al norte de los *Chiriguanos* y al sur de las tribus antes mencionadas.

Yo hice notar al cacique Taji-hualpa que, si bien era cierto lo que él me había dicho á propósito de la conveniencia de no tirar tiros, nos era indispensable hacer presente nuestra presencia en las selvas, por medio de descargas convenidas con nuestros compañeros de la expedicion de Chamacocos, á quienes buscábamos.

Estas tierras no son ya de los Guarañocas, me dijo, de manera que tú puedes disponer que se hagan las descargas necesarias, como así mismo que cacen tus soldados.

Las descargas convenidas por mí con la expedicion Minchin, eran dos sucesivas, de diez tiros cada una, con el intérvalo de un minuto; las descargas debían hacerse sentir á las seis de la mañana y las cuatro de la tarde.

Estábamos ya en marcha el dia cuatro, cuando ordené el alto á la columna, haciendo avanzar diez tiradores. Á las voces de preparen, apunten, fuego ... una detonacion, seguida de otra, resonó en la selva.

Organizada de nuevo la columna, esperamos un instante, pero ninguna descarga del lado del naciente respondía á la nuestra. Indudablemente nuestros compañeros estaban lejos del sitio en que nosotros nos encontrábamos.

EL RASTRO DE UNA TRIBU

La columna expedicionaria siguió su derrotero marchando lentamente. Algunos senderos que atravesaban nuestro rumbo al sudoeste, fueron observados con sorpresa por los flecheros de nuestra vanguardia.

Interrogados sobre lo que ocurría, nos hicieron notar el rastro fresco, estampado en la arena, por las plantas salvajes de una tribu en movimiento.

Son sesenta ó setenta hombres, nos dijeron los guias, cuarenta ó cincuenta mujeres y diez ó quince los niños que marchan á pié.

La marca grabada mas hondamente, del pié descalzo de las mujeres, en la parte delantera ó de los dedos, demostraba claramente que éstas iban cargadas.

Era natural suponer, pues, que esta gran rastrillada indicaba la traslacion tranquila de un aduar salvaje.

Cuando los indios se trasladan de una parte á otra en son de guerra, es difícil ó imposible comprobar su número. En este caso todos marchan por el mas tortuoso y estrecho sendero, teniendo el mayor cuidado de seguirse de á uno y poner, al marchar, sus piés sobre las pisadas de los primeros.

Doscientos indios así, confunden su rastro con el de muy pocos, y á veces con el de uno solo.

Taji-hualpa me hizo notar que probablemente la traslacion de aquellos indios, internándose hácia Occidente, era debida á la existencia de la expedicion Minchin por el lado Oriental ó sea el de las costas del Alto Paraguay.

La claridad de la luna, que cada noche aumentaba, nos permitió en aquella, hacer mas larga la jornada.

El sitio donde campamos debía estar muy próximo al aduar de los Toboroches, pues las sendas eran mas anchas y transitadas que las del resto de los caminos.

EL PARLAMENTO

Durante la noche del cuatro al cinco vimos los fuegos próximos de la pequeña tribu anunciada el dia anterior.

Los ladridos lejanos de los perros comprobaban la existencia de la tribu, y al despertar al dia siguiente me dijo Taji-hualpa:

Conviene que mandemos un parlamento á los moradores de esta tierra, haciéndoles presente que pasamos amistosamente por su suelo, para lo que les pedimos el permiso acostumbrado.

Voy á mandarles decir, por algunos indios que entienden su lengua, que vengo en cacería acompañando á un guerrero de lejanas tierras; que hace algunas lunas habita entre nosotros y que es un buen amigo.

Tengo la seguridad de que ellos no mirarán á mal nuestro pasaje, pues á mas del amistoso parlamento para entrar en la relacion que tu deseas y conseguir que ellos nos visiten, remitiré al cacique algunos animales de regalo.

Manifesté á Taji-hualpa que me sería muy agradable ir personalmente acompañando el parlamento.

Puedes hacerlo, me dijo; pero no es práctica que en la primera, ni en la segunda entrevista, sean los jefes los que se crucen en parlamento.

Desistí entónces de mi propósito, comprendiendo que no me iba á faltar la oportunidad, en aquel dia, ó al siguiente, de visitar las extrañas viviendas de aquellos salvajes, construidas dentro de los enormes troncos de los *toboroches*.

El parlamento se compuso de la siguiente manera:

Un capitanejo.

Tres flautistas.

Dos violinistas.

Tres pífanos.

Dos tambores.

Ocho flecheros.

Cuatro conductores de presentes.

Ocho rifleros.

Diez ó quince perros y.....

Tres bueyes, (los del regalo).

El capitanejo llevaba en sus manos una pequeña lanza ó javalina.

Los flecheros habían adornado con plumas su melena y llevaban sobre sus chaquetas de algodon las corazas de cuero de anta.

Mis rifleros vestían el traje europeo un tanto modificado por las exigencias de las costumbres en boga.

Los músicos se permitían la libertad de concurrir al parlamento en sus trajes habituales, y los perros seguían á sus dueños en igual forma.

Á medio dia regresó el parlamento acompañado de un crecido número de salvajes, la mayor parte completamente desnudos como los Chamacocos de las orillas del rio Paraguay. Casi todos tenían sin embargo penachos de pequeñas plumas de avestruz en la cabeza, un mazo de piola atado á la cintura y pendiente del pescuezo un collar de escamas de pescado, pedazos de conchas, uñas de tigre ú otros colgajos que les anunciaban la buena fortuna.

Un crecido número de loros de diversas clases venía en retribucion de los bueyes de Taji-hualpa.

Al ver cambiar loros por bueyes, se nos ocurrió pensar que no debían ser tan salvajes los indios Toboroches.

Los parlamentarios fueron recibidos con los honores del caso por Taji-hualpa y los nuestros. Se disertó largamente sobre pueblos amigos.

(Debe entenderse aquí, al hablar de pueblos, que nos referimos á las tribus nómadas inmediatas, que cual enjambres, forman la gran colmena indígena del Chaco).

Noté, viendo reirse á los indios y mostrar sus anchas filas de dientes, que estos eran cortados en ángulos agudos y quise investigar la causa de aquello, que al principio me pareció un rasgo típico de la raza.

Interrogué privadamente á Carolina sobre este asunto que me intrigaba desde que había visto la dentadura de Cara-huasi. Me informó ella, que los salvajes, hombres y mujeres, se liman los dientes en forma de sierras.

Varias veces, despues de esto, tuvimos ocasion de presenciar la operacion practicada por los indios en su dentadura.

Taji-hualpa y los intérpretes me aseguraban que por este medio la dentadura se conserva sana hasta la vejez.

Quisimos probarles el error en que estaban y lo que afeaba, en nuestro concepto, la forma que ellos daban á los dientes, tratando de corregir á la naturaleza; pero no había razones contra la fuerza de una costumbre que proviene y es rasgo característico del salvajismo de aquellas tribus.

La circunstancia de tener todos los Toboroches los dientes limados, y de haber entre los de Santiago de Chiquitos muchos que no los tienen, nos probaba evidentemente que esa costumbre, como la de grabarse en la cara figuras extrañas, atravesarse en los lábios ó en las orejas pedazos de hueso ó de madera, procedía simplemente del estado de mayor barbarie en que vivían en una época anterior á la presente.

EL ADUAR DE LOS TOBOROCHES

LLEGADA la tarde fuimos invitados por el capitanejo del parlamento Toboroche, para visitar al cacique y á su pueblo.

Realizábamos nuestro deseo; accedimos, pues, gustosos á la invitacion y tratamos de hacer lo mas pomposo posible el cortejo y la entrada triunfal al pueblo indio.

Nos movimos con el convoy en masa: los indios de Taji-hualpa y las mujeres se adornaron de regia gala; las plumas y los colores formaban parte importante del arreglo y de los trajes.

Taji-hualpa, el capitanejo Toboroche y yo, marchábamos delante; escoltábanos la orquesta; despues seguía una doble fila de mis veinte tiradores y á continuacion los pesados bueyes cargados de útiles y armas y seguidos de los cincuenta flecheros santiagueños.

En la retaguardia, las mujeres cerraban el cortejo.

Una ancha calle, debajo de la arboleda, servía de entrada y de plaza al aduar indígena.

Nosotros entramos por ella en medio de cantos y de músicas, y un número de naturales, que no bajaría de trescientos, salió á nuestro encuentro.

Las habitaciones eran pequeñas y de la forma descrita anteriormente. Ranchos circulares ú ovales, á veces prolongados mas hácia un lado que á otro, con paredes de rama y techo de hojas de palmera ó de pieles de animales.

El recinto del aduar estaba rodeado en gran parte de una palizada ó cerco de maderos clavados en el suelo en forma de muralla ó de defensa.

Entre los árboles colosales que poblaban el paraje había un número crecido de toboroches y pudimos comprobar lo que se nos había afirmado á propósito de ellos, teniendo la ocasion de penetrar en una de las habitaciones acompañados del cacique Toboroche, Taji-hualpa, Carolina y algunos otros naturales.

El espacio circular de la vivienda tendría tres metros de diámetro. Al labrarse el gran tronco, se había dejado una especie de banco ó asiento, en el que descansamos.

Varias de estas viviendas, en el interior de árboles, salpicaban la toldería, siendo de mayor ó menor tamaño, pero siempre de la misma forma.

El toldo del cacique era el mas espacioso y bien construido, estaba coronado de astas de ciervo, cráneos de tigre, de anta y de otros animales. Una porcion de aves de las de gran tamaño, cigüeñas, garzas y avestruces colgados de las patas y amarrados á los árboles vecinos, formaban los trofeos del jefe de cazadores indígenas.

Ninguna de aquellas viviendas era preferible á mi blanca carpa de lona, y en medio de las danzas, de las fiestas y de la borrachera general de los salvajes que bebían tutumas enteras de *aloja* ó *chicha,* ordené á Juan y Meliton, que armasen la carpa y tendiesen las hamacas.

Taji-hualpa y su mujer se alojaron en el rancho del cacique y aquella noche me ví libre de perros, gatos, loros, puercos y extrañas sabandijas.



Aduar de los Toboroches. (Pág. 116)

NOTICIAS DE NUESTROS COMPAÑEROS

Al entrar la noche, un extraño movimiento de alarma se dejó oir en el aduar y el campamento, entre las pocas gentes que no dormían la *aloja* (Bebida que hacen los indios con la fruta del algarrobo) ó la *chicha*. (Especie de cerveza de maiz fermentado).

Los perros anunciaban la proximidad de gentes extrañas, con sus insistentes ladridos, y al poco rato vimos con sorpresa, algunos indios de Santiago que nos traían de parte del cacique Maimoré la agradable nueva de haber salido la expedicion Minchin á la molienda de "La Florida."

Taji-hualpa me comunicó por medio de Carolina aquella noticia, y ansioso de ver á los bravos expedicionarios, resolví el regreso de nuestra expedicion al dia siguiente.

Los indios y los soldados juntaron los bueyes y las mulas en la madrugada, y todo se preparó para emprender la marcha de regreso.

El almuerzo de despedida se hizo en la toldería, siendo el plato mas abundante la carne asada de monos y ciervos.

Una tinaja de aloja, colocada en el patio del rancho del cacique, proveía á los concurrentes de la apetecible bebida, que se servía en cáscaras de tortuga ó mitades de calabaza.

Al emprender nuestra marcha, cambiando en algo la direccion del camino que habíamos traido, encontramos algunas chozas construidas sobre los gajos de los árboles. Investigando la razon de aquellas construcciones en la altura, nos dijo el cacique Toboroche que así acostumbraban hacer sus habitaciones en los bosques los cazadores, con el propósito de no ser molestados durante la noche por las fieras ó las víboras.

Un bosque de grandes *Cactus* erizados de espinas nos obligó á torcer nuestro camino, cayendo de improviso á un pequeño valle poblado de *Yatais* cargados de frutas. Detuvimos la marcha á orillas de un lago y mientras que se desprendían de nosotros las familias toboroches que nos habían acompañado, soltaron los peones las bestias de la recua, para que fuesen á beber á una fuente inmediata.

Vimos sorprendidos que un asno sediento se aproximaba á la orilla del agua, sacudía la cabeza sin resolverse á tomarla y daba fuertes rebuznos y coces. Los demás animales que habían seguido tras de él, se detenían del mismo modo sin decidirse á beber, y los cuidadores indios reian viendo la actitud del asno que capitaneaba la cuadrilla y que cada vez, con mas fuerza, daba resoplidos y patadas.

Aquella pantomima representada por nuestra recua, no tenía una fácil explicacion. Nosotros creimos al principio que el agua era salobre, pero pronto oimos los gritos de Caiman!.. .. Caiman!..... que daba Cara-huasi, mientras que uno de estos enormes anfibios sacaba la cabeza y abría descomunalmente la boca, casi en la orilla del lago.

El burro, que no es tan burro como generalmente se cree, había olfateado la existencia de un enemigo malo en las aguas y lo llamaba con rebuznos; pero, apenas lo hubo visto, pegando una tendida y emprendiendo una briosa carrera con acompañamiento de saltos y coces al aire, se trasladó por la orilla al extremo opuesto del lago, donde bebió alegremente en compañía de los otros animales.

El *yacaré* había sido burlado y en busca de su presa salió al sitio en que en momentos antes se le provocaba, donde en vez del burro encontró los tiros de remington de los expedicionarios.

La marcha de aquel dia fué rápida; yo me proponía llegar al dia siguiente á "La Florida," habilitando para marchar la noche de luna y algunas horas de calor.





VI

Sumario: —Peripecias por que pasa la expedicion Minchin.—Mr. Fiddes y Morisset.—Los correos indios.—Collas ladrones.— El geroglífico de los piés izquierdos.—La choza de Cara-huasi y Tobaitá.—El tigre que pesca.—Onza! Onza!—Fiddes y el cocinero asistidos en una enfermedad por el sistema indígena.— Pesca con narcótico.— La perra y la mona. — La trampa de flechas.—Maimelian.—Visita del Cura-médico.—Blanqueo del templo.—Simulacro de combate.

La mañana del dia siete, un tanto nublada, nos salvó de los rigores del sol y vimos aparecer á la distancia las cumbres de la Sierra de Chiquitos.

Cuando oscureció, aparecieron por entre las espesas ramazones de la selva, unos fuegos próximos, que segun los indios eran las luces de la estancia del señor Flores. Con varios tiros de rifle anunciamos nuestra proximidad y no tardó en oirse el clarin y las cajas de los expedicionarios que nos contestaban alegremente.

Un momento mas tarde el campamento del señor Minchin y la casa de nuestro amigo el señor Flores, fueron invadidos por nosotros.

La alegría que se experimenta al encontrar gente civilizada despues de algunos meses de permanecer entre salvajes, es verdaderamente grande y da lugar á ingénuas expansiones.

Todos los compañeros estaban buenos. Las fatigas de la travesía parecían haberlos vuelto mas joviales. En un encuentro con los salvajes habían perdido un soldado y cuatro mulas que cuidaba éste, heridas por las flechas de los indios; el soldado, despues de de mal herido, había sido tomado prisionero y probablemente muerto.

Nos sorprendió saber que los salvajes les hubiesen sido hostiles durante el tránsito; el señor Pascual Perez que tenía el mando militar de la tropa, nos narró los siguientes hechos:

Despues de nuestra salida de Chamacocos habían seguido las amistosas relaciones con la tribu de ese nombre. El capitanejo, que como todos los indios anda completamente desnudo, almorzaba y comía aparte de las tropas formando un grupo de cuatro con la comision expedicionaria.

La mesa era una manta tendida en el suelo y cada uno de los cuatro se sentaba en uno de sus ángulos, colocando las fuentes de lata con el alimento, en el centro del grupo. La posicion en que nos sentábamos, me decía Perez, le privaba á nuestro amigo el capitanejo espantarse los mosquitos, que se ensañaban en picarle precisamente las partes mas sensibles de su cuerpo que quedaban en descubierto, gracias á la postura.

La glotonería del indio le hacía á veces olvidar las picaduras, pero no faltaba uno de esos bravíos mosquitos negros que venía á interrumpirle en su comida, clavándole un enorme lancetazo. Largaba entónces el indio su bocado y acudía precipitadamente á defenderse, ocupando sus dos manos en la minuciosa investigacion.

El ingeniero señor Minchin, hombre culto, de maneras distinguidas, poco acostumbrado á sentar en su mesa esta clase de comensales en traje de Adan, sin hoja de parra, protestó un dia enérgicamente contra la sociedad del indio en la mesa.

Echado el hijo del cacique del grupo de la comision exploradora y obligado á refugiarse entre sus indios de tropa, manifestóse profundamente airado contra los invasores de su tierra.

Un momento mas tarde los salvajes tomaron sus armas y sin despedirse, emprendieron el camino de los bosques, perdiéndose en las enmarañadas espesuras.

Despues de las pruebas de tiro al blanco y de los catorce disparos de cada Winchester, era difícil que los naturales presentasen un combate franco á los expedicionarios; pero indudablemente había razon para temer á las traidoras flechas que salen sin saberse de donde en medio del bosque.

El grupo expedicionario tuvo buen cuidado de las guardias que el capitan Perez hacía cambiar metódicamente; pero el soldado que

pastoreaba las mulas, obligado á alejarse del paraje vigilado, pagó con su vida la ofensa inferida á la altivez salvaje.

El dia 8 trasladamos el campamento general á Santiago de Chiquitos, donde se proponían los expedicionarios descansar unos dias, para continuar su viaje; unos al interior del país y otros de regreso á Buenos Aires.

Sorprendió á mis amigos cuanto les narré de las costumbres chiquitanas. Les hice una formal presentacion de Carolina, del Cacique Taji-hualpa, su esposa, Cara-huasi, Tobaitá y demás acompañantes que figuran en esta narracion. Les expliqué tambien las ceremonias y los bailes indios que habían tenido lugar en las fiestas de mi boda; el encuentro de Cara-huasi con Antonio y las Antas en los despeñaderos, el susto que me dieron los murciélagos en la gruta y cuantos hechos me habían ocurrido que pudieran interesarles, sin olvidar la escena del baile y la procesion y baño de San Juan en Curumbá y el fusilamiento de los negros en el campamento de Piedra Blanca.

El Chaco había sido cruzado por diferentes rumbos, pudiéndose establecer líneas de comunicacion y caminos carreteros el dia que se quisiese.

MISTER FIDDES Y MORISSET

ENTRE el grupo de compañeros que llegaban de peregrinar, conocimos á Mr. Fiddes, un hombre de avanzada edad, norte-americano, que se encontraba en los obrajes del Alto Paraguay cuando nosotros pasamos embarcados.

Gran aficionado á las exploraciones por el desierto, no teniendo en cuenta su avanzada edad, ni los peligros que podían sobrevenirle, tomó pasaje en un vapor que cruzó despues de nuestra salida de Chamacocos, y se hizo dejar en la costa desierta, sin mas compañía que su rifle, un poco de carne seca y el cuchillo de monte.

A su llegada al barranco, punto de partida de la expedicion Minchin, ya los expedicionarios se habían internado en el Chaco; pero él, impasible, no trepidó un momento y siguió los rastros de la expedicion, yendo á alcanzarla á unas veinte leguas en el interior de los bosques.

Admiramos á aquel intrépido viejo, al que no guiaba otro propósito que el de conocer costumbres salvajes. Su carácter jovial nos hizo pasar entretenidos, *matando el tiempo*, muchas horas perdidas que dedicaba á la narracion de cuentos de ingleses y norteamericanos, en los que siempre los primeros tenían la peor parte. El cuento favorito y el mas ingenioso de los de Mr. Fiddes, era uno del General Washington, que no se puede escribir.

El cocinero de la expedicion que llegaba, era un visionario que había tomado aquel puesto con el propósito oculto de encontrar en el desierto tesoros escondidos por los jesuitas ó filones de oro en barra.

La eterna preocupacion mortificaba á aquel hombre, que ocultándose siempre de sus compañeros, dedicaba los ratos libres que le dejaba la cocina á hacer excursiones misteriosas por entre la selva y á coleccionar piedras.

Mr. Fiddes había comprendido desde el principio la manía de Morisset, y con esa flema que caracteriza á los sajones, recorría por la mañana los caminos por donde suponía pudiera pasar mas tarde el cocinero, y frotaba los guijarros contra los clavos de bronce de sus botas de viaje, colocándolos de nuevo en la senda y en paraje visible.

Un dia que cazábamos juntos, y que vi aquel procedimiento del viejo, no sabiendo lo que se proponía le interrogué sobre el particular, y él contestó riendo:

— Oh!... . *yo preparo mineral* para nuestro cocinero, al mismo tiempo que le busco conejos para el guiso. Estas deferencias me son correspondidas por Morisset con tiernas costillas de liebre.

— ¿De manera, Mr. Fiddes, que por liebres dá Vd. gatos?

— No hay otra cosa! Por aquí hay mineral de fierro en abundancia, pero el cocinero quiere oro; yo lo tengo contento proporcionándole *muestras*.

Seguramente Morisset pasaba mas tarde por las sendas que Fiddes había recorrido y en una bolsa ó en sus abultados bolsillos

cargaba guijarros que era un contento y ocultándose cuidadosamente de todos, menos de Mr. Fiddes su íntimo amigo, los iba estibando, numerados y rotulados, en unas cajas de madera cerradas con enormes candados.

El norte americano en preparar mineral y el cocinero inocente en acarrear desde largas distancias, piedras que creía oro, pasaban los dias entretenidos.

¡Juzgue el lector cuál no sería el desencanto de Morisset despues de pagar fletes por sus pesadas cajas desde Bolivia y transportarlas en parte del camino á lomo de mulas, cuando al llegar á Buenos Aires se encontró, con que, analizadas las piedras, resultaron de puro granito!

¡Pero si yo he recojido este mineral en los desiertos, decía!.....

Y en realidad decía la verdad.

Pero Mr. Fiddes conservaba el filon de aquel mineral en la suela de sus botas.

No había razones que convenciesen al cocinero, que sometió á varios exámenes sus guijarros.

El viejo había sido mejor cuidado que nadie, durante el penoso viaje por el Chaco.

La ignorancia es siempre pasto de la malicia humana!

¡Saben mucho, los viejos!

LOS CORREOS INDIOS

Anunciaron un dia en el pueblo la llegada de unos correos indios que traían oficios para los caciques y prevenían la venida de unos enfermos que querían tomar baños en el rio Agua Caliente.

Interrogamos á los naturales sobre las propiedades medicinales de aquellas aguas y nos informaron de lo eficaces que eran para curar el coto y las enfermedades de la piel ó de la sangre, curacion que se obtenía con solo tomar algunos baños.

Lo interesante de estos informes nos llevó mas tarde á visitar á los viajeros que ocuparon chozas á orillas de las fuentes termales. Se manifestaron ellos tan contentos de la mejoría que habían tenido que quedamos asombrados viendo en realidad las cicatrices de llagas que habían sido curadas y el pescuezo de algunas mujeres á las que aún no se les había recojido del todo el pellejo, estirado por el coto en curacion.

Algunos de los bañistas nos manifestaron el propósito de permanecer allí á orillas de aquella fuente benéfica, el resto de sus dias, y otros, el deseo de construir habitaciones que permitiesen una cómoda permanencia á los enfermos.

Las aguas son sulfurosas, á juzgar por ese olor desagradable que las caracteriza en todas partes donde las hemos visitado; la profundidad de que provienen, debe ser grande, teniendo en cuenta la subida temperatura que permite, algunos dias, en el punto denominado *los hervores,* cocer un huevo de gallina en cortos instantes.

Los correos indios del interior, son aún los establecidos desde la civilizacion Inca, anterior al descubrimiento de América.

El General San Martin, Bolivar y otros ilustres próceres de la Independencia Americana, utilizaron ese sistema de correos á pié, que aún hoy presta en el Alto Perú grandes servicios, no habiendo convenido reemplazarlos, en muchos puntos, por los de coches-correos, ó correos á caballo.

Se trata, por ejemplo, de llevar una correspondencia ó un objeto á doscientas leguas de distancia atravesando rios ó serranías impracticables.

Los indios, estacionados de dos en dos, en distancias de veinte leguas mas ó menos, reciben el mensaje en el extremo de la línea, y, sin pérdida de tiempo, cargan su *Panacú* (Cesta lijera de cargar á la espalda) toman su arco y sus flechas, y marchan por las montañas con una velocidad sostenida mas semejante al trote del caballo que á la marcha del hombre.

Unas cuantas hojas de coca, que mascan siempre, son suficientes para evitarles las fatigas y alimentarlos hasta el fin de su jornada.

En llegando á la primera estacion, pasan el parte ó el objeto á los dos indios que esperan órdenes, se quedan en su lugar los primeros, é inmediatamente continúan su veloz marcha á pié los dos que estaban en descanso.

Hay infinidad de casos de marchas practicadas con increible rapidez por los correos indios.

La noticia de una batalla en tiempos que no se conocía el telégrafo, ha sido trasmitida en horas, al través de comarcas montañosas y de distancias inmensas.

El Panakis ó *Panacú* de los indios, que varias veces hemos examinado, pesará medio kilo y es hecho de fibras de palma, juncos ó mimbre entretejido con delgados hilos de *Chaguár* muy comun en el Chaco. En esa cesta vá el equipaje de los correos, que consiste en granos de maiz tostado, un par de *hojotas* ú ojotas (Sandalias) de repuesto, una hamaca (red de algodon liviana) é indispensablemente una buena cantidad de hojas de coca.

Con esta frugal provision y ligero equipaje, cualquier buen colla se atraviesa media América, y vá desde el alto Perú á Buenos Aires ó al Ecuador, á vender, por centavos, pepitas de *Quina-quina, Estoraqui* ú otras sustancias medicinales.


Correo indio

A veces estos hombres de piernas excepcionales, alquilan una mula á un pasajero que tiene que hacer una larga jornada ó un penoso trayecto. Si el viajero es desconocido del indio, puede tener la seguridad de que marchará á su lado, con la misma rapidez del cuadrúpedo, por las escabrosidades de un suelo pedregoso. Si es conocido, el indio se adelanta tomando sendas mas rectas por sobre las quebradas y anticipándose á la llegada del ginete, prepara forraje para su mula, descansa mientras masca unas hojas de coca, y muy luego de recibir su bestia, emprende el viaje de regreso, conduciéndola del cabestro ó arreándola; pues sería un mal colla si tuviese que montar aquel débil animal para regresar á su casa.

Un sentimiento innato de equidad, le impide trepar sobre el cuadrúpedo. Sabe que él por sus piés puede efectuar el viaje con mas ligereza y menos fatiga.

Cuando los animales que se trata de conducir son varios, el asunto es mucho mas sencillo para uno de esos campesinos. Una vez recibidos se echan por delante y si alguno quiere desviarse ó salir del grupo, ponen en su honda un guijarro de los tantos que hay por el suelo y con puntería certera lo dirijen á la quijada del animal que se desvía, haciéndolo entrar al grupo por ese procedimiento ejecutivo y contundente.

Esos soldados de infantería aunados á los gauchos de Güemes en las quebradas de Salta, de Jujuy y de Tarija, fueron los que impidieron, por el norte de la República Argentina, la invasion de los disciplinados ejércitos españoles.

COLLAS LADRONES

Los collas, como todos los indios, tienen la astucia del zorro. Hay tambien collas ladrones.

Los que roban mulas se valen de un medio ingenioso para tomar las que desean, muchas veces casi á la vista de su dueño.

Ponen un poncho ó manta atado á la extremidad de un lazo que está prendido por la otra extremidad en el apero del animal en que montan y pasan al trote por delante de la tropa en que está la mula codiciada. Cuando están frente á ella, dejan caer la manta á su vista, siguiendo impávidos al trote de su cabalgadura.

El animal ó animales sueltos, instigados por la curiosidad, siguen corriendo detrás del poncho, hasta que el indio se ha perdido de la vista del propietario.

Apodérase entónces el cuatrero del animal deseado, por medio de su lazo. Si el animal es *chúcaro* (no domado ó salvaje) es muy fácil convertirlo en manso, aparentemente. Se le arrancan unas hebras

de cerda de la cola y con estas se le ata fuertemente la punta de una oreja, ó se le dá una ajustada ligadura en una pata. El animal puede entónces arrearse suelto, presentando todas las apariencias de doméstico y lerdo ante quien no está en el secreto de las ligaduras; á mas, si tenía una mancha blanca en la frente, por ejemplo, el colla le unta barro en el primer charco por donde pasa y con estos artificios y el de desfigurarle el corte de las cerdas del pescuezo y de la cola, es capaz un indio colla, de venderle un animal á su propio dueño, sin que éste lo reconozca.

Apropósito de mulas y de collas, he oido en Tupiza una historia que no carece de interés y que revela el ingénio y la astucia de los indígenas, calidades inherentes al hombre primitivo de nuestra América.

El cuento es este:

Un estanciero de Salta tenía la costumbre de vender mulas y las entregaba en el corral, no responsabilizándose despues de sacarlas de su casa.

Sucedía que en el campo había grandes bosques y que las mulas *chúcaras* y aquerenciadas al lugar, huian fácilmente de manos de los compradores y venían otra vez á poder de su antiguo dueño.

El estanciero vendía, pues, á *entregar en el corral*, y el lector comprenderá que si aquellos animales ya tenían la maña de no salir de su campo, el propietario podía venderlos por cualquier ínfimo precio.

Despues de varias ventas de mulas en esa forma, aconteció que el propietario vendía por la décima parte de su valor, y entónces apareció un colla, que despues de regatear mucho el precio, compró muy barata una gran partida de animales.

El estanciero estaba contento por aquella venta, y el colla, que ya sabía la maña de los animales, los pagó y dijo:

– Bien, hermano; no me sueltes las mulas del corral antes de que las *trabaje* y entrando con sus peones les ligó las orejas y las patas á todas.

Abriendo despues la puerta, marchó con ellas para su destino, sin perder ninguna.

El estanciero no quiso, desde ese dia, hacer mas tratos maliciosos

EL GEROGLÍFICO DE LOS PIÉS IZQUIERDOS

HABÍA prometido á Cara-huasi y á Tobaitá hacerles una visita en su choza oculta entre las selvas de la falda Norte del cerro de las *Mesetas*. Con este propósito tomé una mañana mi rifle y emprendí viaje á pié, proponiéndome cazar por el camino.

Seguí las sendas que conducían por entre los cerros y las laderas próximas, y á corta distancia del pueblo encontré á nuestro célebre cocinero Morisset, que á aquella hora temprana del dia ya había coleccionado gran cantidad de muestras de minerales.

Me pidió le permitiese acompañarme en la excursion que yo emprendía, á lo que accedí, siguiendo juntos el camino por las pintorescas faldas de la montaña.

Supuse que Mr. Fiddes no debía estar lejos de nosotros, por la cantidad de piedras que abultaban los bolsillos de mi acompañante.

—¿Ha encontrado usted muchos minerales hoy? le pregunté.

—¡Oh señor! me respondió, aunque yo no debería revelar á nadie mi secreto, aseguro á usted que estamos pisando sobre cordilleras de oro purísimo!

—¿Es posible?... le repuse. Pero él continuó entusiasmado:

—Anoche, por medio de un intérprete de quien me he hecho amigo, he sabido que existe oculto un tesoro en las proximidades de un cerro que llaman de San Miguel. A Mr. Fiddes y á mí nos han contado los indios misteriosamente, que *el gran tesoro* está en medio de las selvas impenetrables, desde el tiempo en que los Jesuitas gobernaban estas tribus.—Solicito de usted permiso para disponer de unos dias é internarme en los bosques, acompañado del intérprete y de algunos indios amigos, á fin de visitar esos parajes.

—Si las selvas son impenetrables, ¿cómo vá usted á encontrar el tesoro? le interrogué.

Deteniéndose con aire misterioso el visionario, sacó de entre su seno un papel que conservaba en varios dobleces, y me lo presentó diciendo:

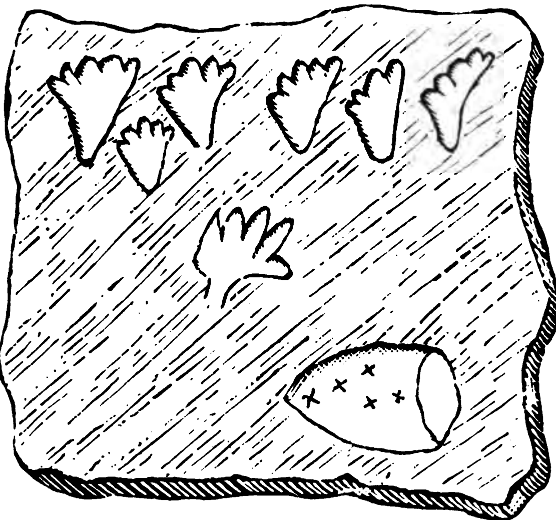
—Las señales del tesoro, oculto por los Jesuitas, están determinadas por este geroglífico que hoy cubren las espinosas malezas.

Yo llamo á esta inscripcion el geroglífico de los piés izquierdos, y en mi concepto y en el de Mr. Fiddes, despues de las explicaciones de los indios, este misterioso dibujo tiene la siguiente traduccion:

"*A los seis piés y sobre mano izquierda está enterrado el tesoro en una botija.*"

—Bien puede ser esa, le dije, la significacion del dibujo que usted me muestra. Pero, ¿no ha encontrado otra manera de descifrarlo?

—Señor, insistió contrariado por mi duda. "*A los seis piés*, esto se vé, están ahí estampadas seis plantas humanas. *Sobre mano izquierda....* es lógico, una mano izquierda lo indica en el dibujo, *está enterrado el tesoro en una botija....* Esto se deduce tan claramente como lo anterior!



El geroglífico

—Le permito los dias que necesite para ir al cerro de San Miguel, le respondí; pero si he de darle un buen consejo, no olvide invitar para esa excursion á Mr. Fiddes, que, á mas de ser un sábio muy entendido en mineralogía, es sumamente hábil para descifrar geroglíficos. Puede sucederle á usted que donde ha encontrado una inscripcion, encuentre ciento, y entónces le será muy interesante el concurso del viejo norte-americano.

Prometióme Morisset hacerlo así, agregando que él ya había pensado acompañarse del astuto *yankee*, en quien descubría tan grandes cualidades.

Dice un adagio árabe que "es mas fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, que traer á la razon un hombre alucinado."

—En el dibujo que usted me muestra, dije á Morisset, hay un dato más, muy importante, y del que no me ha hablado.

Esas cinco cruces escritas sobre la botija, deben ser números romanos, y suman en total la cantidad de cincuenta.

Como en tiempo de los españoles y cuando se trataba de entierro de tesoros, no se andaba con chicas; como, por otra parte, en aquel tiempo la onza de oro era una moneda muy generalizada, me inclino á suponer que la cantidad *cincuenta*, quiere decir *cincuenta mil*, y que en este caso debe tratarse de *onzas de oro*, por las circunstancias expuestas.

—50,000 onzas de oro, hacen la friolera de ochocientos mil duros, ó sea cuatro millones de francos *oro sellado*.

—Ya puede usted ir viendo si le conviene atender al arte culinario, ó á esa respetable suma que lo ennoblecería en su país.

Entusiasmado mi interlocutor con aquel cálculo, de lo que indudablemente pondría en su bolsillo, me manifestó: que desde que yo le permitía disponer de unos dias para ir al cerro de San Miguel, quería regresar inmediatamente á la aldea y salir sin pérdida de tiempo en busca de la losa del géroglífico de los piés izquierdos, acompañado de las personas antes mencionadas.

LA CHOZA DE CARA-HUASI Y TOBAITÁ

SEGUÍ mientras tanto aproximándome á la choza de los indios Tupüs.

Un gran número de plumas de ave formaban montículos alrededor del toldo de los cazadores, las què, á causa del viento, sè desparramaban por los caminos de la proximidad.

En los árboles, y en picas de madera clavadas en el suelo, se veían, á manera de trofeos, cabezas y pieles de tigre, de anta, de puma y de otros animales salvajes.

La choza, techada con pieles de los mismos animales y formada de bambú, se levantaba dos metros del suelo, en el centro de aquellos numerosos despojos de las cacerías diarias.

Coronaba la habitacion, sobre los cueros de tigre, una cantidad de cráneos de ciervo apuntando hácia arriba con sus afilados cuernos.

Detúveme á unos cien metros de la choza, en la curva saliente que hacía el sendero, sobre una empinada roca.

A mis piés había un pequeño valle y la choza estaba situada en el linde del bosque vecino.

Una mujer india, mal cubierta por algunas pieles, escarbaba el suelo vírgen con una especie de pala de madera.

El leve murmullo de la selva en aquella plácida hora, solo era interrumpido por el canto de un aire primitivo y sencillo con que la indígena entretenía á su chicuelo que estaba sentado cerca de ella, sobre la verde yerba.

Me detuve silencioso, contemplando aquel cuadro lleno de agreste poesía y no alcanzaba á comprender el trabajo que practicaba la india, dando vuelta á los terrones, cuando ví que recogía raices y las apilaba prolijamente.

No había sido visto por aquella mujer, que se afanaba en su tarea. De pronto levantó los ojos y me descubrió sobre la altura; una actitud de espanto se reveló en sus movimientos, y sin darme tiempo á saludarla ó á hacerle una manifestacion amistosa, corrió hácia su pequeñuelo, lo tomó en sus brazos y se ocultó precipitadamente entre la selva vecina.

Quedéme triste, viendo que un sér humano, una débil mujer, se alejaba de mí espantada como de una fiera salvaje.

Aproximándome luego al sitio donde había estado escarbando, puse sobre la pala de madera rústica de que se había servido, las provisiones de carne seca y galleta que llevaba conmigo.

Entré despues á la choza, pero nadie había en ella, ni en sus vecindades.

Mis amigos Tupüs andaban probablemente á aquellas horas en sus excursiones tras las aves ó las corzuelas.

En el centro de la choza, un fuego casi apagado calentaba una vasija de barro, en la que se cocían algunos peces y patatas silvestres de las mismas que la india recojía un momento antes.

Varias hamacas de tejidos de algodon y fibras de *chaguar* colgaban recojidas en los ángulos del rancho, que tendría de largo, en forma irregular, unos cinco ó seis metros, por tres ó cuatro de an-

cho. Algunas sartas de pescados secos al humo, trozos de carne de anta y útiles de pesca y de caza, distribuidos por el muro de cañas, formaban el bagaje de la habitacion de los cazadores de tigres.

Unas grandes calabazas colgadas del techo, dejaban ver por entre sus abiertas bocas una buena provision de sal, azúcar que ellos mismos fabrican, hojas de coca y frutas silvestres.

Varias flechas y arcos en construccion, unas hojas de machete viejas, unos pares de ojotas, los husos y lana á medio preparar con que las indias fabrican sus vestidos, complementaban la lista de los útiles.

No habiendo encontrado á nadie, regresaba al pueblo, cuando salió á mi encuentro, por la tortuosa senda, la celosa Carolina, que ocultándose á las miradas, había seguido mis pasos desde el primer momento, tratando de descubrir si yo, en vez de cazar *corzuelas* ó *codornices,* trataba de tener un nuevo encuentro con Inti-huasi.

—¡Te huyen las mujeres!...... me dijo, aproximándose.

—No siempre, respondile, puesto que tú me sigues, que eres la mas linda de todas.

Volvimos juntos á la aldea recogiendo flores silvestres con las que Carolina hizo un gran ramo. Por allí abunda el cedrin (Lippia) las azucenas de diversos colores, las margaritas blancas y punzoes, las flores del aire y mil otras, cuya clasificacion científica harán los botánicos, mientras que nosotros, mas fuertes en la clasificacion de los sabrosos platos de una comida criolla, vamos á enumerar la *lista indígena* con que nos esperaban para el almuerzo la risueña *Mini-mai* y las otras criadas de Carolina:

Plátanos asados, (que reemplazan el pan de trigo, grano que no se produce en aquellas regiones.)

Costillas de anta y de *corzuela*, (asadas.)

Morcillas (preparadas con yerbas aromáticas.

Chatasca, (carne seca pisada, despues de cocida.)

Charatas en asador, (Faisan del Chaco.)

Queso de cabra.

Miel silvestre.

Café en tutuma, (preparado y cultivado en la casa.)

Espléndidos cigarros, (Hoja de tabaco del Beny.)

Suprimimos de esta lista la *Aloja* y la *Chicha*, por ser bebidas que no son de nuestro agrado y que tampoco gustarían al lector.

Con este almuerzo y otras variantes y *extras* indias, reemplazábamos ventajosamente las comidas europeas de que nos veíamos privados, por la ausencia de nuestro ilustre cocinero Monsieur de Morisset, dedicado de lleno en esos momentos á la Mineralogía.

EL TIGRE QUE PESCA

Horas despues de regresar al pueblo con Carolina, y de gustar los platos de la cocina indígena, se presentó en nuestra tienda de campaña el simpático Cara-huasi, manifestándose contrariado por no haber estado en su casa en el momento de nuestra visita.

Por medio de Carolina, que me servía de intérprete, me pedía disculpa á causa de la huida de su mujer al verme sobre la roca.

—Disculpa, hermano, lo que ha pasado, me decía el indio; mi pobre mujer que es una asustadiza, hija de los bosques, nunca había visto un hombre vestido; cuando le he explicado que la aparicion que ella había supuesto, eras tú, nuestro hermano y compañero de cacerías, y en la seguridad en que está ahora de que tu vestido no ofrece ningun peligro, me ha pedido que te lleve á nuestro rancho, porque quiere conocer á un hombre tan grande y tan rubio.

El temor le fué causado por tu traje y por una vara de plata que dice llevabas en la mano, la cual daba reflejos deslumbradores.

Expliqué á Cara-huasi que la vara que daba reflejos, no era otra cosa que mi rifle nikelado de quince tiros sistema Colts, que los reflejos eran producidos simplemente por los rayos solares y que á fin de no asustar á su mujer, estaba dispuesto á ir á verla desnudo, la próxima vez.

Aceptó el indio mi deferencia mostrándose complacido por la adopcion del traje nacional y prosiguió de esta manera:

—Esta mañana he andado cazando con mi compañero. Estábamos encima de un árbol, bajando *Camuatí* (Colmena silvestre).

Hay que practicar esta operacion silenciosamente y sin hacer ningun movimiento rápido con las manos, con los piés, ni con las piernas, consistiendo en esto principalmente el secreto de que no le piquen las avispas al operador; cuando de pronto oimos el rujido próximo de algunas onzas y pumas que se aproximaban hácia nosotros, bordeando un riachuelo que corría á pocos pasos del árbol.

Nos llamó la atencion que un *Yaguareté* se quedara solo á la orilla del agua, mientras que los demás se perdieron en la espesura.

El enorme animal se echó tranquilamente en el barro de la orilla del riachuelo, metiendo sus garras delanteras y parte de la boca dentro de la corriente.

Creimos con Tobaitá que el tigre tomaba agua; pero como la operacion se prolongaba, sin que el animal se moviese de aquel sitio y posicion, resolvimos esperar, observando aquella actitud de que no nos dábamos cuenta.

El tigre tenía los ojos casi cerrados y dejaba salir por su entreabierta boca una cantidad de baba espumosa que flotaba extendiéndose sobre las aguas.

Pensábamos que se trataría de un animal enfermo; pero cual no sería nuestra sorpresa cuando vimos volar de entre las garras del tigre, arrojado á unos cuatro ó seis metros hácia atrás de su cuerpo, un hermoso *Sábalo comun.*

Impasible siguió nuestro pescador en la misma actitud espectante por espacio de una hora mas ó menos, sacando á tierra con sus poderosas garras, ya un bagre dorado, ya un dentudo ú otros ejemplares de las especies mencionadas antes.

Despues de transcurrido ese tiempo, el animal se retiró del rio y empezó á buscar entre las yerbas los peces que él había sacado de entre la corriente mansa de las aguas.

Hasta entónces habíamos sido nosotros los de la sorpresa, viendo la manera ingeniosa de que se servía el *hombre malo* (se refiere al tigre), para satisfacer su aficion por la carne de pescado; pero en aquel momento entró tambien á sorprenderse y á enfadarse despues, el formidable tigre, que no encontraba á su alrededor ninguno de los peces que acababa de arrojar á tierra.

Había sucedido que una astuta zorra, que tenía su cueva y su cria por la vecindad, dándose cuenta perfecta de la distraccion y

entretenimiento del tigre, que indudablemente gozaba poniendo en juego sus instintos, había llevado los peces uno á uno hasta su estrecha cueva, ocultándose despues de atrapar el último bagre, para burlar así el enojo del señor de la selva.

Bramó la fiera enfurecida; siguió el rastro de la zorra hasta su cueva; volvió de nuevo al sitio de los peces y cada vez mas bravía, parecía no quererse convencer de la mala partida que la zorra le había jugado.

Brama, se irrita, corre, dá vueltas y encuentra por fin nuestro rastro que la conduce al pié del árbol en que estábamos subidos. Veíamos la mirada feroz de aquellos dos ojos inyectados de sangre y en los que se pintaban todas las iras y las furias juntas.

¡Tobaitá!... La emprende con nosotros *el malo,* dije á mi compañero riendo, mientras que el tigre daba saltos al pié de nuestro árbol, colocando sus garras á una altura de mas de dos metros.

Habíamos dejado desgraciadamente, al trepar al roble, nuestros arcos y flechas en el suelo, y no podíamos por tanto responder debidamente al duelo á que la fiera nos provocaba.

No pudiendo subir por la corteza, resolvió el animal embravecido esperarnos echado al pié del roble, teniendo fija en nosotros aquella mirada de siniestros resplandores.

Vimos despues de un rato que nuestro contrario tenía paciencia, y resolvimos hacerle correr por las avispas.

Cortamos la cesta del *Camuatí* que pendía de las ramas y la arrojamos sobre él, que la emprendió á manotones y dentelladas con el albergue de los enojados insectos. Salieron éstos á millares de entre la colmena, prendiéndose al tigre furioso, que creyó por un momento tener entre sus garras uno de nuestros cuerpos.

Cuando se apercibió nuestro enemigo de que se las tenía que ver en desigual batalla con los millones de insectos, empezó á dar tumbos y desesperados saltos en medio de rugidos espantosos producidos por las picaduras ponzoñosas y concluyó por arrojarse al agua, dando un salto formidable y unas cuantas zambullidas.

Así nos vimos libres de la fiera, pero tuvimos que permanecer algun tiempo inmóviles y ocultos entre el alto follaje del roble, esperando que las avispas se aquietasen para poder descender y seguir nuestro camino.

Veníamos por la senda despues de un rato en direccion á nuestra choza. Tobaitá había desarmado su arco y marchaba á unos cien metros detrás de mí, cuando de repente oí que me gritaba:

ONZA! ONZA!

Mi compañero no tenía defensa en aquel momento, porque su arco estaba desmontado y el único cuchillo que tenemos, lo llevaba yo en mi cintura.

Tobaitá iba á ser alcanzado por la fiera.... ya estaba sobre él.... era la terrible *onza pescadora* que había salido del agua y vuelto al roble, desde donde, como no nos encontraba, venía siguiéndonos por el rastro.

Saqué mi *facon*, (cuchillo) y corrí precipitadamente hácia donde estaba mi compañero, que esperaba la fiera á pié firme teniendo sus flechas á manera de espadas en las manos.

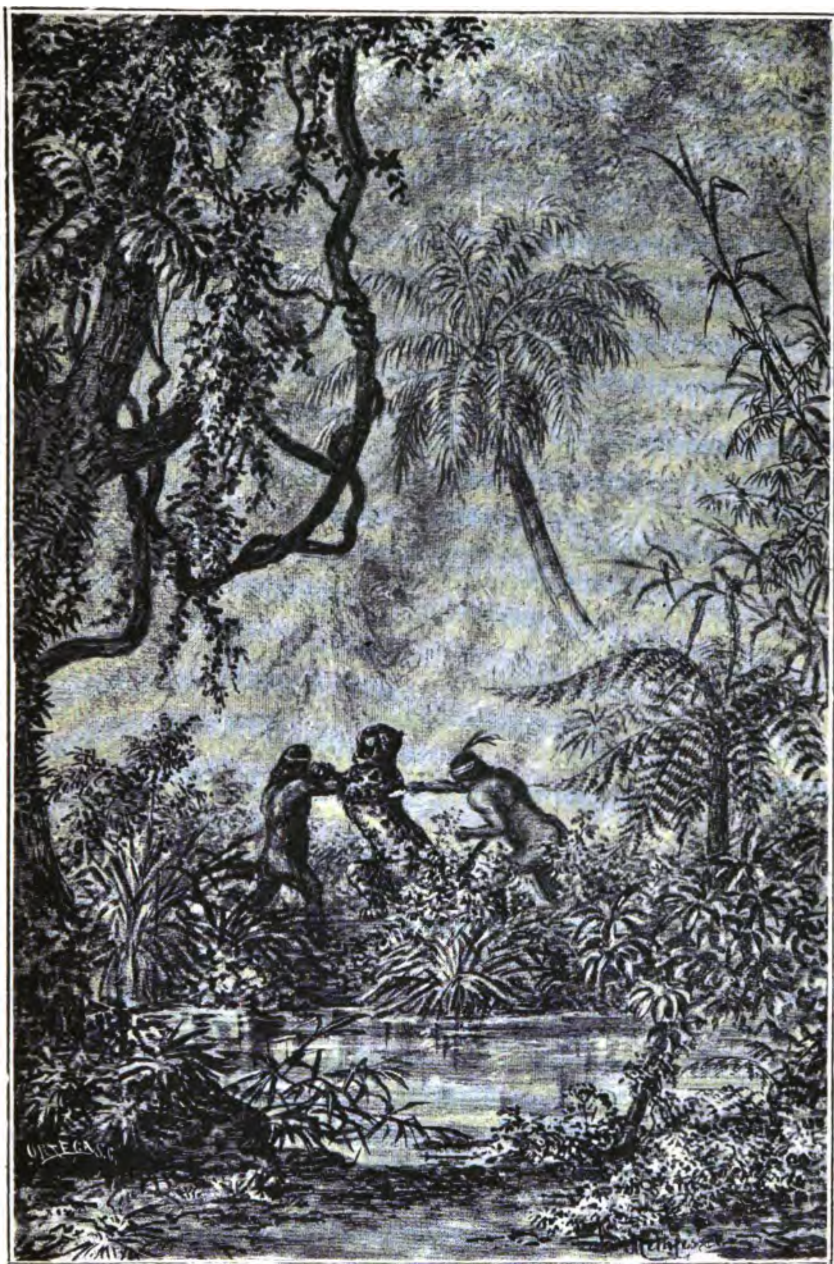
Me era imposible llegar donde él estaba antes que el tigre; en la rápida carrera me saqué la chaqueta, envolviéndola en el brazo izquierdo, pero ya el tigre estaba sobre Tobaitá levantándose del suelo como para abrazarlo.

Yo ví las garras de la fiera puesta sobre los hombros de mi hermano, y la formidable boca, mostrando dos hileras de puñales dispuestos á triturar el cráneo del viejo camarada.

Tobaitá estaba inmóvil y sereno!... no había corrido hácia mí buscando la proteccion que yo podía darle, esto hacía mas desesperante mi veloz carrera.

Soltando las flechas, había agarrado al tigre por las muñecas, al tiempo del formidable salto y lo tenía por este medio prisionero, sin dejarle hacer uso de sus garras.

El musculoso indio alejaba ó desviaba los mordiscos que le eran dirigidos, gracias á la longitud del brazo y á la manera como tenía sujeta á la fiera.



Cara-huasi le enterró la afilada lámina de su cuchillo

Cuando el animal se convenció de su impotencia, trató de herir al cazador con las garras de las patas, pero el indio de buena vista se defendía de aquellos cinco puñales haciéndole *cuerpeadas*.

Era aquella escena una especie de danza en que se marcaba el compás de una música de ahullidos y tarascones.

El ansia de la fiera por devorar se traducía por la gruesa columna de vapor con que su aliento envolvía al indio indefenso, pero en ese instante de terrible prueba para la flema y serenidad de un cazador, llegó Cara-huasi y enterró la afilada lámina de su cuchillo, traspasando el pecho de la bestia. Herida de muerte, cayó en el suelo la fiera, con el puñal clavado en las entrañas.

—Ya van, con la de hoy, noventa y siete onzas que mato en este Chaco: dijo Cara-huasi terminando su relato y tendiendo la mirada y el desnudo brazo en direccion al bosque silencioso.

Hé ahí un hombre bien organizado para las luchas de nuestra vida social, en que uno se vé asaltado por fieras á cada instante! pensamos.

FIDDES Y EL COCINERO ASISTIDOS EN UNA ENFERMEDAD POR EL SISTEMA INDÍGENA

Llegó un intérprete á mi carpa; iba buscando á Cara-huasi para pedirle lo acompañase al cerro de San Miguel en la excursion de Morisset. Interroguéle sobre la verdad que había en la historia que se me narraba, del geroglífico de los piés izquierdos.

Es positivo, señor, me dijo, hay una ancha losa cerca de un cerro, en un sitio en que dicen ha existido antiguamente un pueblo, en la que está grabado un número crecido de piés, manos y pisadas de animales. Yo no la he visto, pero estoy acostumbrado desde niño á oir este relato á los indios, como tambien, que en la proximidad de ese paraje, hay tesoros escondidos.

En todas las partes del globo, donde hay un pico mas elevado que el resto de las montañas, ó una colina que por su forma ó po-

sicion se distingue de las restantes, es objeto, para los naturales, de novelas mas ó menos fantásticas, pensando muchas veces, y sobre todo, cuando son inexplorables, que es su cúspide de oro ó de metales preciosos.

Así sucede con el *Illi-Mañi* cerca de La Paz, con el cerro del *Inca* en *Samaipata,* y con otras tantas prominencias en todas partes del mundo.

Agregóme el intérprete, que él iba á alcanzar á Morisset y á Fiddes que se encontraban ya en camino acompañados de algunos indios, y que los esperaban en el rio Agua Caliente.

Seis dias despues de la partida al cerro, entró á mi tienda de campaña, Meliton, manifestándome que Fiddes y Morisset habían llegado esa mañana y se encontraban gravemente enfermos, acostados en sus lechos y en la casa de los caminantes.

Fuí á verles, é indudablemente sus semblantes y sus miradas vagas, me revelaron un estado de fiebre ó calentura que no sabía á qué atribuir; frecuentes vómitos se habían producido durante la noche, é ignoraba la causa de aquella especie de intoxicacion que padecían, á juzgar por las manifestaciones exteriores.

—Hemos sufrido horriblemente en estos dias, me dijeron. Se trataba de abrir sendas á machete por entre medio de espesos matorrales de una planta de la familia de las acacias que tiene espinas en forma de uñas de gato *(Ñapinday).* A cualquier movimiento nuestro, las cien uñas ó garfios se clavaban en nuestros cuerpos ó desgarraban nuestras ropas.

Despues de un dia de estos afanes, salimos á un bosque de árboles mayores. Esa noche los horribles mosquitos negros de todo el Chaco se habían dado cita en nuestro campamento y como habíamos terminado las provisiones de carne, ayer temprano dimos caza á una bandada de loros parleros que andaban por sobre nuestras cabezas, en las copas de los árboles, é hicimos con ellos un guiso, del que comimos abundantemente.

La carne de los loros, esta vez, no tenía el gusto que cuando la comíamos en Chamacocos, agregó Morisset, dirigiéndose á mí. Su sabor se parecía al de unas frutas silvestres, cuyo gusto desagradable siento todavía en el paladar.

Carolina que había ido conmigo á visitar á los enfermos, nos interrumpió al llegar el cocinero á aquella parte de su relato.

—Lo que tienen estos hombres, dijo, es una indigestion; han comido loros en momentos en que estos animales se alimentan con frutas de la selva, que son nocivas para nuestros estómagos.

Este había sido el resultado obtenido por los buscadores de tesoros al través de las selvas.

Carolina llamó al *Cura,* como le decían al indio que cuidaba la iglesia, y éste, que hacía las veces de médico y de adivino, despues de revisar minuciosamente el cuerpo de los enfermos, les recetó una bebida (que ellos no tomaron) y entonó unos cantos que segun nos dijo, juzgaba convenientes para la rápida curacion de los extranjeros.

—Tus hombres tienen en la barriga un mal espíritu, decía el Galeno indio, y en medio de los cantos hacía horribles muecas y ademanes, mirando al lecho de los calenturientos, quienes ignorando aquel sistema de curacion, sostenían que el viejo se había vuelto loco.

La buena voluntad del indio por curar á mis acompañantes llegó á tal punto que hizo venir á otros coristas y pantomimeros. Entónces fué cuando se armó la gran jarana, alrededor del lecho de los enfermos, en coro de siete voces, con acompañamiento de muecas y saltos.

Los há, há, há, há, há,
ú, ú, ú, ú, ú,
ó, ó, ó, ó, ó,
á, á, á, á, á,
au, au, au, au, au, y diversas clases de alaridos para dispersar los malos espíritus que se habían posesionado de los vientres del cocinero y del norte-americano, eran sostenidos con una tenacidad digna de mejor causa.

Como aquel ruido infernal conspiraba contra nuestros tímpanos, resolvimos hacerlos cesar de una manera que no ofendiese la galante persistencia de los médicos, que al fin y al cabo se tomaban la molestía de ahuyentar espíritus maléficos por pura amistad y sin esperar retribucion pecuniaria, como hacen sus colegas en los pueblos civilizados, aplicando las mas de las veces á sus clientes remedios tan eficaces, como el á, á, á de los salvajes.

Dijimos, pues, á Carolina que manifestase al cura y demás apóstoles, que los dos enfermos se encontraban ya completamente res-

tablecidos, segun lo manifestaban, agradeciéndoles de una manera cordial sus deferencias musicales y sus espléndidos brevajes.

—Lo único curioso que hemos encontrado en esta excursion, me dijo Fiddes cuando estuvo bueno, han sido cuatro grandes monos negros, que al principio creí muchachos indios, y que apenas nos vieron se subieron velozmente por el tronco de una enorme *tipa* (macherium fertile) y se alejaron de copa en copa, saltando con una velocidad de pájaros.

He visto tambien algunos conejos entre los troncos añosos de los árboles caidos, y unas enormes cáscaras de tortugas terrestres, de cincuenta á sesenta centímetros de longitud por treinta á cuarenta de latitud.

Hemos encontrado gran número de ellas en un sitio próximo al de nuestro campamento, donde parecía que los indios nómades habían tendido su aduar en noches anteriores, alimentándose con la carne de esos animales.

En cuanto al geroglífico dijo Fiddes que no lo habían visto, pero lo había buscado suponiendo fuese la huella estampada por las tortugas fósiles en la arenisca endurecida, como sucedía en el condado de Dunfries (Escocia); ó del *Cheirotherium* cuya pista encontrada en las mismas formaciones geológicas en E. U. semeja mucho la estampa de la mano del hombre.

Empezamos á comprender desde aquel dia, que el viejo Mister Fiddes no era un simple admirador de costumbres indias.

PESCA CON NARCÓTICO

Instalados en Santiago de Chiquitos, Carolina, que había dado en seguirme, no solo estaba celosa de la pobre Inti-huasi, que ya no pasaba por mi puerta en busca de agua, sino que había empezado á contrariarse por mi aficion á la caza.

Hasta las canoras avecillas del bosque, que venían á despertarnos

al principio con su bullicioso canto, llamando á Carolina que las tenía acostumbradas á comer en sus faldas, habían sido abandonadas por aquella muchacha que parecía haberse propuesto ser mi sombra inseparable.

Las tiranías del amor son iguales en todas partes!

Mis libertades eran tan limitadas, que hasta para hablar tenía que valerme de ella, pero esto, en vez de inspirarle confianza, aguzaba mas los celos. No le bastaba seguirme, ser mi intérprete, dormir debajo de mi hamaca, quería algo más; que estuviésemos solos y que no pensáse mas que en ella.

Era gran partidaria de la mas agradable de las soledades, la soledad de dos en compañía.

—Yo tambien sé pescar, me dijo una mañana que hablábamos de pesca con un indio; y te invito para que hoy vayamos con mama Taji-hualpa y las chinas á pescar á un riachuelo que yo conozco. Estaremos solos y no necesitaremos ser más para estar á nuestro gusto.

—Me lo supongo! dije, pero detesto esas escenas de pesca en que uno, teniendo la caña, se pasa las horas enteras sin sacar un pescado; y me fastidia profundamente hasta la idea de que puedo estar condenado á ese suplicio.

Rióse Carolina y agregó:

—No es de *esa odiosa pesca con caña* de lo que se trata; quiero que pesquemos juntos al uso de los indios chiquitanos; no necesitamos anzuelo, ni red, ni caña, ni piola, ni nada mas que irnos al riacho donde está el pescado que tomaremos con nuestras propias manos, eligiendo el que mas nos guste.

Tratándose de una manera fácil y nueva de pescar, ó que por lo menos yo no conocía, manifesté á mi compañera que estaba conforme en ir con ella al sacrificio de la pesca, aunque preferiría que, para acompañarnos, en vez de la mujer del cacique, invitara á Inti-huasi, que la creía dotada de mejores aptitudes para aquel género de ejercicios.

No hubo razones que la convencieran de la ventaja del cambio, y salimos para el riacho bajando el estrecho sendero de una ondulada cuesta.

Mini-mai, la criada de Carolina, llevaba con dificultad una gran cesta conteniendo provisiones. Ví que aquella muchacha iba á su-

frir en un viaje tal vez de algunas cuadras y llamé á Meliton para que llevara la pesada cesta.

—Haz tambien traer las hamacas, ya que viene tu criado, dijo Carolina, pero cuando lleguemos, lo despachas de regreso.

Pasamos por casa de mama Taji-hualpa, que no se hizo esperar y despues de una arenga en indio, en que debió manifestar probablemente su jovial satisfaccion por la ocurrencia de Carolina, tomó de la ramada un mazo de varejones y siguió con nosotros la excursion.

—Mama, le dije, ¿para qué llevas leña?... ¿Habrá por ventura en el Chaco algun sitio en donde no se encuentre? No es leña, me respondió: estos son varejones para castigar las piedras y despues las aguas, dándonos el resultado de quedarnos con los peces.

No entendía aquellas explicaciones y mis originales compañeras convinieron, en su lengua, no decirme el procedimiento de que iban á valerse para pescar, hasta que yo lo viese por mis ojos.

Á poco andar llegamos á un riacho que corría de un pequeño lago y cuyo fondo de arenas blanquecinas se transparentaba perfectamente al través de las cristalinas aguas.

El cauce era angosto y hermosos árboles con flor, especie de grandes retamos, bordaban la tortuosa orilla, interrumpida de trecho en trecho por algunas rocas que cerraban el paso á las aguas. En uno de esos sitios, frente á la falda de la montaña que se levantaba delante de nuestra vista, detuvimos la marcha, colgando Meliton y Mini-mai las hamacas de los árboles.

—Este sitio es bueno, dijo la mujer del cacique, y, arremangándose el tipoy, entró con Carolina y Mini-mai á la parte angosta del riacho.

Me pidió nuevamente Carolina que despachase á Meliton, explicándome que como aquel hombre no era el de ellas, les disgustaba que las viese pescando.

Agregó, que frecuentemente caian resbalando sobre el verdin ó hisopo que crian las piedras, viéndose obligadas á salir fuera del agua con el delgado tipoy pegado al cuerpo.

Las tres mujeres arrimaban con los piés la arena del fondo del riacho, tratando de cerrar el paso estrecho de las aguas.

Sospeché que Meliton en vez de regresar al pueblo, se había quedado oculto entre los árboles, pues ya estaba práctico en la

manera cómo lo hacen los indios, desde aquel célebre encuentro en que nos sorprendieron y rodearon, dándonos gritos de guerra los astutos Chamacocos.

El correntino *me jugaba una pasada* parecida á la que el zorro le hizo al tigre pescador, y no fué difícil comprobarlo, pues Mini-mai, dando una disculpa india, un momento despues, se nos perdió de vista en la espesura.

Hoy me vengo de la pobre china, dando al público su retrato.

Ya habían cerrado con arena uno de los estrechos pasajes del riachuelo. Golpeemos las varas contra esta piedra, dijo mama Taji-hualpa; y con un varejon en cada mano, nos dirigimos á una roca vecina propinándole una soberana paliza.

Los varejones quedaban casi desflocados y soltaban una tintura coloreada de verde. Cuando esa operacion estuvo terminada, nos fuimos unas dos ó tres cuadras rio arriba, Carolina y yo por una ribera, Mini-mai que ya había regresado, y mama Taji-hualpa por la otra y desde el lago empezamos á espantar el pescado en el riacho, haciéndolo agrupar en la proximidad de la represa practicada un momento antes.



Mini-mai

Como algunos pescados se volvían y eran generalmente los mas grandes, resolvieron las indias meterse nuevamente en el agua y en un punto próximo al dique de arena en que había otra angostura, practicaron un nuevo atajo, dejando así encerrado, en una especie de estanque, el numeroso arreo de variados peces.

—Hoy castigamos las piedras, dijo Carolina; ahora castigaremos las aguas;—y tomando entre todos los gruesos varejones, empezamos á dar palos sobre la superficie del estanque improvisado. Contamináronse las aguas con las sustancias y jugos de aquel vegetal que nos servía de látigo y sus propiedades narcóticas se sintieron bien pronto. Primero los pequeños peces y despues los mayores, fueron quedando adormecidos sobre el agua.

—Ahora ya no nos clavarán con sus puas, ni pueden escaparse,

dijeron las tres mujeres, penetrando en el agua, y este quiero, este no quiero, tiraron á la orilla los mas grandes, en abundante cantidad.

Se abrió de nuevo el paso á la corriente retirando las arenas. "Así pescan los indios y á veces la tribus enteras en varias represas," nos dijo Carolina.

—Pero esos pescados que quedan, van á morir, repuse;—y diciendo esto, tomado del brazo por mi dueña, nos alejamos por la orilla del riacho siguiendo la corriente caprichosa y perdiéndonos muy pronto en el espeso bosque de los verdes cocales.

El siguiente dia fué de regocijo en casa de Taji-hualpa; no precisamente porque se diese pescado fresco á todo el que lo quería, sino porque las mujeres indias, amigas como las parisienses de las frases alegóricas ó de doble sentido, habían encontrado en su lengua chiquitana, una, que traducida al castellano, decía mas ó menos:

"*El hombre grande ha encontrado muchos y muy buenos peces en la cesta de Carolina.*"

Las palabras *peces* y *cesta* (Panakisc) en indio, son las que hacen el *calembour*, que á poco andar se hizo chascarrillo, que repetían las indias del villorrio, cantando y riendo, mientras se dirigían á sus chozas, con uno ó dos pescados en la mano.

LA PERRA Y LA MONA

—SEÑOR: ya he dado con los ladrones; voy á matarlos!... decía Morisset preparando con golpes rápidos el resorte de su pesado fusil Chasepot, y dando vueltas alrededor del patio de la casa de los caminantes.

Yo voy á enseñar á esos diablos de ladrones, repetía el coleccionista de guijarros, acentuando la frase afrancesadamente. Son de la bruja mujer del cura-médico, aquel que nos dió una música estando enfermos, capaz de ahuyentar á los demonios.

—¿Qué le pasa, hombre? No mate usted á nadie; dígame qué es lo que le ocurre! le dije al exaltado cocinero que parecía dispuesto á cometer una avería.

—Sucede, señor, me respondió, que desde que he llegado á este pueblo, se me pierden las frutas y los comestibles que dejo en la cocina, teniendo la precaucion sin embargo de cerrar perfectamente con llave la única puerta de salida. Dejaba solo abierta la ventana que tiene unos barrotes de madera dura, por donde no suponía que pudiese entrar el ladron.

Yo me devanaba los sesos y me daba á los demonios, sin saber á quien atribuir el robo de la carne, unas veces, de la fruta otras, y muchas veces de todo cuanto tenía para nuestra alimentacion, sufría mas aún, pensando que podrían sustraerme los minerales!

Encontrándome convaleciente, llevé mi cama á la cocina y me he quedado en ella durante el dia de hoy, tratando de investigar quien era que se burlaba tan claramente de mis precauciones.

Acabo de ver con sorpresa, que la mona de la vieja bruja, que vive en la iglesia, ha venido montada á caballo en la perra del sacristan, se han detenido en la parte exterior de la ventana y entrando la mona por la reja á grandes saltos, ha recojido cuanto había, le ha puesto en la boca la carne á la perra, y montando en ella con lo restante en la mano, se han alejado los dos animales tan precipitadamente, que me ha sido imposible darles caza!

—Es raro lo que usted me cuenta, le dije, y dudo que esa extraña sociedad proceda tan ingeniosamente; de todos modos no mate usted la mona y la perra del cura, porque esos animales conservan en su interior el espíritu de los parientes de sus dueños y usted se acarrearía la enemistad del médico, de su esposa, de toda la familia y tal vez de la tribu entera.

Dudé de aquel cuento y ordené al cocinero que guardase su fusil para otra ocasion, pues si la historia era verídica, los ingeniosos ladrones no merecían, en mi concepto, ser fusilados; antes por el contrario, se hacían acreedores á una doble racion y á los mejores elogios y cariños.

—Señor, esto es tan cierto, me dijo Morisset, como que estoy aquí parado. Acabo de verlo con estos dos ojos que tengo en la cara!

—Bueno, le repuse: me gusta, en todo caso, que usted afirme ha-

berlo visto con sus *propios ojos*, pero avíseme mañana cuando sea hora oportuna para comprobar el hecho.

Conté á Carolina y á Taji-hualpa esa tarde el suceso de Morisset, y rieron de la sorpresa que á mí me causaba un hecho que para ellos era familiar. La viejita de la iglesia y su marido el cura-médico son muy pobres, me dijeron: ellos cuidan á *Santiacu* y cantan las letanías. La perra y la mona han sido enseñados especialmente por ellos para buscar el alimento, que acarrean de donde lo encuentran. Si el cocinero cierra la ventana, los animales se dirigirán á otra choza y así andan todo el dia merodeando, hasta llevar á su casa los alimentos necesarios que cualquiera les dá porque son para la iglesia.

Al dia siguiente comprobé por los *ojos de mi cara*, como decía Morisset, las idas y venidas de la amazona y quedé admirado del original sindicato, compuesto por una mona, una vieja, una perra y un indio, (titulado Cura, por añadidura) para proveerse de recursos.

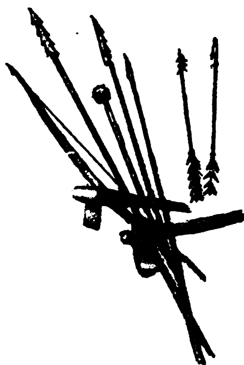
El lector comprenderá, despues de esto, que no han sido los ingleses de la City de Lóndres los inventores de los sindicatos y de las sociedades anónimas.

LA TRAMPA DE FLECHAS

Deseoso Taji-hualpa de obsequiar á mis compañeros de la expedicion Minchin, me propuso efectuar una cacería de tigres. Estos debían ser tomados con trampas de flecha, preparadas por el mismo cacique.

La comision expedicionaria, acompañada del indio, se dirigió á un paraje de espesos bosques, donde los tigres, los ciervos y las corzuelas abundaban. Se eligió un sitio en que las sendas convergían á un solo punto, por ser aquel reducto estrecho, entre una montaña y un riacho. En el paraje mas transitado se atravesó

una cuerda asegurada fuertemente por uno de sus extremos al tronco de un árbol, la otra punta tenía sujeta una chaveta ó cuña de escape que mantenía en tension un arco fuerte y bien ligado á una estaca de horqueta en donde estaban colocadas las flechas de tal suerte, que al venir á pasar un animal por el sendero y rozar con su pecho, en la oscuridad de la noche, la cuerda tendida, safaba la chaveta y escapaba el arco, recorriendo la flecha en su trayectoría la proyeccion de la cuerda y clavándose seguramente en el codillo del cuadrúpedo.


Armas indias

Como esta, se colocó varias trampas en diferentes puntos por Taji-hualpa en persona, que parecía un gran maestro en esta clase de cacerías. " En cazar así me entretenía yo, cuando era mozo," nos dijo. Armaba mis trampas como ahora, y me iba á dormir tranquilamente, seguro de encontrar en la madrugada del siguiente dia las piezas deseadas.

Para tener la seguridad de que en algunas trampas cayese tigre, el cacique buscaba un árbol próximo que tuviese horqüeta á una altura de dos ó tres metros, y allí colocaba un perrito cuzco amarrado convenientemente para que no pudiese caer, ni hacerse daño.

Durante la noche, el animal ahullaba y era infalible que alguna fiera viniera á buscarlo, atraida por sus lamentos, cayendo antes de conseguir su objeto en la celosa y bien preparada trampa.

Ocho fueron los arcos preparados en esta forma por Taji-hualpa. A tres se les había puesto perro, para que cayesen tigres y los restantes estaban armados sin este agregado, á fin de que no se ahuyentasen los ciervos ó las antas.

Despues de estar todo listo, nos retiramos á lo que podría llamarse la Granja del cacique Chiquitano, pasando la noche en nuestras carpas preparadas de antemano por los asistentes.

Á la madrugada del dia siguiente recorrimos las trampas, encontrando en la primera que era para tigre, un rastro claro de los saltos en *zic-zac* que había dado el gran felino, tratando probablemente de arrancarse del flanco el mortífero dardo. En el suelo un

ancho reguero de sangre comprobaba la certera direccion dada á la flecha por Taji-hualpa, al preparar la trampa.

—Está cerca el tigre....! nos dijo el cacique; seguramente no ha pasado de aquel matorral próximo.

Avanzamos detrás de los perros por el rastro que la fiera había dejado, encontrando tendido á corta distancia un espléndido *Jaguar* dorado, de preciosas pintas negras.

Había sido tan grande la tension dada al arco, que la flecha, tocando el corazon, asomaba por el extremo opuesto.

La segunda trampa fué desmontada, no habiendo dado resultado, como así mismo la tercera.

En la cuarta había caido en el sitio una cierva que aún estaba rodeada por sus pequeñuelos. Aquellos preciosos animalitos fueron á reemplazar, en casa de mama Taji-hualpa, el malogrado *Pecari* que aniquilaron los murciélagos.

Las dos trampas siguientes y la última habían sido desmontadas por las antas sin caer en ellas, y en la séptima encontramos los rastros de otro tigre que probablemente había huido herido de menos gravedad que el de la primera trampa.

Descolgamos los perros de los árboles en que habían pasado tan angustiosa noche, y con una piel de tigre, y los pequeñuelos de la cierva, envueltos en la piel de ésta, regresamos al pueblo satisfechos de la jornada.

MAIMELIÁN

Al llegar á Santiago aquella tarde, fuí sorprendido por los llantos de Carolina, que se ocultaba en su aposento. Llamela é hice que me revelara el motivo de su cuita.

—Ha llegado Maimelián, me dijo, por ahí anda borracho; ha entrado en mi casa armado de un gran cuchillo y pretendía ocultarse para darte muerte esta noche, cuando estuvieses dormido.

Manifesté en respuesta, como encontraba natural y lógico que me quisiese matar.

—Otro tanto hubiese hecho yo, le decía á Carolina, si un Juan de afuera me hubiera quitado mi dulce prometida; mucho mas, si esta era la mujer mas bella de mi pueblo.

Carolina pretendía avisar á Taji-hualpa lo ocurrido, pero yo se lo impedí, diciéndole: que á un indio, beodo por añadidura, no se le debía temer. Estaba lejos de suponer, que al abrir la puerta y querer salir al patio en la mañana del dia siguiente, mi enemigo me asaltaría.

Al pararme en el umbral del rancho, el ofendido salvaje, que esperaba escondido, púsose rápidamente delante de mí, colocándome en el pecho su mano izquierda en actitud de sujetarme, mientras que echaba hácia atrás la derecha en que tenía el puñal con que quería embasarme.

La fisonomía del indio tenía en aquel instante los reflejos de todas las iras de una fiera embravecida.

Los instintos feroces del hombre primitivo se manifestaban en vigorosos rasgos. Aquella figura de cuerpo entero y desnudo, hubiese hecho el mas bello Cain imaginable.

Pero infortunadamente el momento apremiaba, impidiéndome sacar partido artístico de tan bella actitud.

Mi muerte era un hecho en la decision de aquellos ojos!... el brazo derecho en su tension hácia atrás, era ya atraido poderosamente por los músculos fuertes.

Recordé entónces al viejo *Bay*, el lejendario maestro de *boxing* de todos los muchachos de Buenos Aires, y cerrando nerviosamente mi puño izquierdo, y trayéndolo en un movimiento de émbolo sobre mi pecho, lo envié con tal presteza sobre la cara del salvaje, que rodó desmayado y bañado en sangre por el centro de la calle.

No se conoce entre los indios la aplicacion de esta clase de armas naturales de que está uno munido.

Probablemente el novio de Carolina me creyó muerto, al verme sin armas.

El cuchillo de mi rival había caido en el sendero.

Hice levantar al indíjena que parecía sorprendido al ver convertida su nariz en manantial; supuso probablemente que yo iba á darle muerte con su propia arma.

Cuando estuvo de pié le hice señal de que siguiera su camino.

Carolina que había saltado del lecho y visto caer á Maimelián, buscaba en torno mio el arma de que me había servido para herirle, no pudiendo convencerse de que cualquier puño ejercitado es bastante para romper una nariz.

He conservado mucho tiempo en mi panoplia el cuchillo del indio con la siguiente inscripcion: *Obsequio que un rival indíjena pretendió depositar en mi vientre.*

VISITA DEL CURA-MÉDICO

Recibí una tarde la visita del cura-médico y de su mujer, que se manifestaban agradecidos por la doble racion que había dispuesto se diese á la mona y á la perra astutas.

Pregunté al intérprete por qué le llamaban el *Cura* á aquel indio que no hablaba castellano, aunque iniciaba el coro de las letanías en un *latin indíjena,* y que se permitía el lujo, siendo cura, de tener mujer.

—Le dicen el Cura, me contestó despues de interrogar al visitante, porque su padre era cura; y tiene mujer, porque sabe perfectamente que en Bolivia este es un motivo de mayor consideracion dispensada al que ejerce la profesion del sacerdocio.

—Pero hombre, ¿cómo es esto de *hijo de cura?* le repuse. Si los de la Iglesia católica, apostólica y romana no pueden ser casados!

—Es verdad, me contestó; ellos no se casan porque así tienen derecho de tomar mujer ó desechar la que tienen cuando no les conviene, ó tiene muchos hijos.

Lo que prueba esta afirmacion es que hay pueblos donde se conoce cuatro ó cinco familias de un mismo cura.

He oido decir de una señorita Encarnacion, que vivía en Sucre, perteneciente á una de las mas distinguidas familias, de la cual, cuando se quería hacer un elogio, decían sus panegiristas:

¡Cómo será de distinguida la Encarnacion, que el hijo que ha tenido este año es del Canónigo.... tal!

Comprendí entónces que el *Cura* de Chiquitos procedía de una manera correcta, mucho mas, cuando se trataba de un intermediario por raza, entre Dios y los simples mortales.

Visité nuevamente el interior del templo, acompañado del *Cura* y su mujer, descubriendo en lo alto de la Sacristía seis antiguas telas, que á pesar de ser sobre motivos religiosos, no carecían de mérito artístico.

Quise hacerlas bajar y cambiárselas al indio por una mula parda que andaba en la recua y de la que se manifestaba aficionado; pero no hubo interés ni fuerza de razonamiento que convenciese al indio de que podía hacer aquellos tratos.

Desde entónces soy partidario de que los curas sean *indíjenas y casados!*

Quiero consignar un dato curioso que prueba la ignorancia y la fé de los indios.

Desde la expulsion de los Jesuitas cultivan el tártago, extraen el aceite y mantienen encendida la lámpara de *Santiacu* en el templo del lugar.

BLANQUEO DEL TEMPLO

VARIAS indias é indios trataban de blanquear un dia el frente de la iglesia. Cada uno independientemente preparaba su cal, mas ó menos roja, segun el punto de donde la tomaba en la ladera del cerro, y cargándola en tinajas ó tutumas, se colocaba al frente del muro ensopando en el líquido una bola esponjosa, formada de vegetales, que arrojaban violentamente contra la pared de roca.

La diferencia de los tonos de color quedaba manifiesta en el muro y traté de fabricar un pincel, procurando explicarles, que juntando la cal, traida por todos, en una sola vasija, y usando de

aquel aparato, fácil de construir con los mismos vegetales de que ellos se servían, podía obtenerse la uniformidad del colorido.

Pero mi trabajo fué inútil; los indios se rieron de mis lecciones y me sostenían por medio del intérprete, que era mas lindo blanquear á pelotazos, viéndose por este medio la obra de todos y prestándose mucho mas el sistema que ellos adoptaban, para jugar y reir, condicion indispensable que segun los naturales debe tener todo trabajo para ser llevadero.

Las salpicaduras de cal no solo manchaban la pared, sino tambien á los alegres blanqueadores, que se entretenían en ponerse rayas unos á otros, disparando á veces, para evitarlas, por la plazuela inmediata.

Era aquel un juego parecido al de la *mancha* de los colegiales; así me lo explicaron. Los indios que no tienen absolutamente hábitos de trabajo, afrontan cualquier ocupacion desde el tiempo de la civilizacion Inca, con el aliciente de una fiesta ó de una danza mezclada al quehacer. (Esa manera de ejecutar trabajos no fué urdida por los PP. Jesuitas; proviene de la civilizacion anterior á la conquista, segun varios historiadores.)

¿Cómo iban ellos á querer pincel y andamio para pintar el templo? Yo era simplemente un insensato y sábios los Incas que les habían enseñado á hacerlo de la única manera que ellos podían emplear á su satisfaccion.

La Iglesia quedó en un dia pintada, á estilo chiquitano.

SIMULACRO DE COMBATE

Al siguiente dia empezaba el tiro de flecha, en que se ejercitan los muchachos indios, en la plaza del lugar.

Esta es una diversion que autorizan y presiden los caciques. Se trata de un simulacro de batalla, que dura algunos dias, sucediendo muchas veces, en el calor de la reyerta, que en vez de flechas inofen-

sivas, se tira las de combate y concluye la jarana con muertos y heridos.

Los caciques llamaron esta vez á los muchachos y al pueblo todo, y les pronunciaron una arenga, accediendo al pedido de los chicos para que la fiesta se celebrara y exhortando á los grandes á que los acompañaran, para que el órden no fuese alterado y no hubiese que lamentar alguna desgracia.

Los indiecitos saltaban y brincaban en grandes grupos alrededor del cacique y de los concurrentes.

Se dispuso por los jefes de tribu, unas ligeras construcciones especie de fortaleza, en dos ángulos opuestos de la plaza.

Se ordenó que ningun flechero indio podía tomar parte en aquel ejercicio, cuyo objeto era aleccionar á la juventud en el manejo del arco y de la lanza, y á fin de evitar rivalidades de una tribu con otra, convinieron tambien Taji-hualpa y Maimoré en que una vez organizados los dos bandos, de blancos y colorados, los dos jefes serían cada dia de la misma tribu. Para el primer dia se nombraron dos muchachos Guarañocas: para el segundo dos Tupüs, correspondiendo el tercero otra vez á los Guarañocas y así sucesivamente.

Nos causó novedad aquella fiesta y quisimos conocer todos sus detalles y presenciar los combates. Los muchachos mostraban gran aficion á estos juegos y habían preparado sus arcos y sus corazas de antemano, de manera que á la hora de empezar el simulacro, cuando sonaron los cuernos de caza y las cajas guerreras, aparecieron en los fuertes los dos ejércitos, yendo los jefes del combate á recibir de mano de los caciques, uno la bandera blanca y otro la punzó, que les debían servir de distintivo.

Se pasó revista de las flechas que eran todas emboladas; es decir, que tenían en vez de la aguda punta, un pedazo de madera redondo que impedía pudiesen ofender; otros llevaban tambien lanzas inofensivas y bolas arrojadizas con cintas coloradas en la manija, simulando el fuego que debía incendiar las poblaciones.

Algunos llevaban banderolas y todos se habían adornado con plumas y pinturas, á la manera de sus padres los indígenas de la selva. Aquella era una escuela de los tiempos heróicos. Desde la plaza de su pueblo en la primera edad, ya empezaban á descollar los de mejor puntería para la flecha, los aficionados al arma de

Santiacu, los diestros en incendiar poblaciones y los prácticos en la toma de una fortaleza.

Todo el pueblo concurrió á la plaza. Dos grandes zanjones, dividían el campo de blancos y colorados.

Cada bando tomó su puesto y empezaron á salir de una y otra parte los chicuelos vestidos de animales. Había unos, retobados en cuero de anta; unos cuantos se ocultaban entre la piel seca de cornudos ciervos; otros hacían el papel de burros por el mismo procedimiento y como las pieles de tigre abundan, salía de una y otra parte un crecido número de ellos. Todos estos animales imitaban á los de la selva, bramando ó rebuznando segun su papel y se paseaban por uno y otro campo.

Varios cazadores del bando rojo salieron por sus tierras y pasaron al campo de los blancos, cazando allí y llevándose á su trinchera algunas antas y corzuelas.

Salen entónces los blancos, que se han apercibido de la invasion y piden un parlamento, reclamando contra la conducta de los cazadores. Las reclamaciones son largas y despues de mucho discutir no consiguen mas que la mitad de las piezas de caza que les han sido tomadas, retirándose á su campo.

Sucede muy luego la escena inversa; son los blancos los que roban á los colorados, no limitándose solo á mulas y tigres, sino que se atrapan una muchacha que ha ido á una fuente en busca de agua.

Reclaman los colorados de una manera enérgica y violenta y el cacique blanco accede á todo menos á entregarle la mujer, de quien se muestra apasionado. Mientras dura este parlamento, algunos soldados rojos invaden sin ser sentidos y, aprovechando las horas de tregua, que son siempre funestas para los beligerantes, toman á los blancos unas cuantas mujeres y cargan con ellas, echando por delante todos los burros, tigres, antas, yacarés y pumas que encuentran á su paso.

Viene entónces el gran conflicto, los blancos no se limitan á reclamar y se establece el combate.

Las flechas cruzan de uno á otro campo; el objetivo de los tiradores es posesionarse del mayor número de animales y entónces entra la parte grotesca y entretenida, viendo á un muchacho lijero correr á un tigre que se alza en dos patas y que es mas rápido que su cazador.

Los presuntos animales tratan de escapar en la misma forma; pero si una flecha acierta á pegarles, tienen el deber de tirarse al suelo, haciendo el papel de muertos. Sus perseguidores cargan con la pieza obtenida, alzándola de las piernas y brazos y transportándola á su campo.

Sigue á la riña por los animales, la riña por las mujeres, que es, como en todas partes donde hay hombres, la mas encarnizada.

Se asaltan los fuertes recíprocamente; vuelan las flechas y las lanzas, produciéndose por fin el entrevero, del que los mas fuertes sacan partido, alejándose con una ó mas muchachas y procurando á la retirada no ser vistos por los contrarios.

Cuando en estos juegos y saltos los jóvenes guerreros se acaloran mas de lo conveniente, intervienen los padres ó los caciques y el que altera el órden de la fiesta deja de formar parte de ella al dia siguiente.

Estos entretenimientos duran semanas enteras, como todas las fiestas de los indios, rematan en la noche en bailes y chichas y entónces toca su turno á los mayores.

TRISTE DESPEDIDA

Habían pasado ya los dias destinados al reposo de los expedicionarios fatigados por las penosas travesías del bosque.

Las dos expediciones reunidas formaban una de cincuenta hombres. La simple presion del número y la fuerza establecían la ley en nuestro favor, tratándose de cualquier emergencia.

Debíamos regresar unos á Buenos Aires, internándonos por el norte de la República Argentina, otros á Sucre, La Paz y Santa Cruz de la Sierra. Se anunció nuestra partida á los caciques, insistí nuevamente en mi proyecto de llevar á Carolina en mi compañía, proponiéndome regresar á Chiquitos unos meses despues, llevando los obsequios, herramientas y armas que tantas veces les había prometido; aquella muchacha tan contristada por mi viaje, hubiera hecho cualquier cosa que yo le hubiese pedido, pero no



Unos dias despues estábamos ya en viaje de regreso

había que hablarle de abandonar su pueblo. Despues de muchos razonamientos terminaba cualquier conversacion y se cerraba el debate en esta forma:

" Aquí están las cenizas de mi padre y yo me he comprometido á guardarlas."

Había en esto un sentimiento levantado. Hablaban la fé y el cariño al través de los tiempos. Los nobles sentimientos y el apego á la memoria de su padre, vencían al amor pasajero; aquella abnegacion tenía algo de sublime que inspiraba respeto.—No puedo ser feliz sino entre los salvajes, me decía á veces llorando; tengo la envoltura de india, mi tez es cobriza, mi pié acostumbrado á pisar el suelo, estaría mal dentro de un zapato de cuero y me acomodaría peor á las costumbres adelantadas de las ciudades.

Perdóname si ofendo tu cariño; pero al manifestar que me quieres llevar en tu compañía, cruza por mi mente el pensamiento de que no es el amor, sino la generosa conmiseracion de una pobre muchacha desgraciada, el sentimiento que te inspira.

Déjame en el desierto de mi alma solitaria, llorar á un mismo tiempo la pena de perderte y la muerte de aquel viejo que guió mis pasos en la débil é inocente edad primera!

Cuando me convenza de que no vuelves, colocaré debajo de las palmas que sombrean la tumba de mis viejos, otra rústica cruz, la cruz de mi honda pena...... indicará á mi alma un funesto cariño que vivirá en la triste memoria hasta mi próximo fin!

LA CASCADA DE SOUTOS

Unos dias despues estábamos ya en viaje de regreso. Nuestro campamento se había establecido la noche antes en la proximidad de la poblacion de San José, al pié de una bella cascada de treinta ó cuarenta metros de altura, poblada en su proximidad de elevados árboles y cuya frescura encanta al viajero en medio de aquel clima abrasador.

Bandadas de aves de raros y agrestes cantos animaban el conjunto y daban carácter propio á la armonía de la naturaleza.

Los pajarillos colorados, los tucanos, los loros parleros y la infinidad de aves de la zona tórrida, caracterizadas por su variado plumaje, formaban alegres y bulliciosos coros. Todo invitaba á quedarse en aquel sitio y solo el recuerdo de la familia y de la patria lejana pudieron desterrar de mi mente un grupo informe de pensamientos que pugnaban por hacerme desandar mi camino y quedar entre los indios al lado de la amorosa Carolina.

Á mi salida de Santiago de Chiquitos todos habían venido á acompañarme hasta el bosque de los Tamarindos. Carolina llorando había caido al pié de un añoso sauce cubriéndose el rostro con sus desnudos brazos.

¡Pobre muchacha!... me había alejado de ella, mezclado entre el grupo de los expedicionarios y á la distancia, ya lejos para corregir mi falta, lamentaba no haberla dicho un adios cariñoso, despues de haber recibido tantas pruebas de su afecto.

Me había conducido mal.... tenía el presentimiento, es verdad, que Carolina faltaría á las promesas hechas sobre la tumba de sus padres y se vendría conmigo.... me alcanzaría en el camino.

Reflexionaba así á orillas de la cascada viendo los tumbos de agua caer por entre las breñas y despeñarse en el abismo, cuando los gritos de un indio en lo alto de un peñasco me sacaron de mi meditacion.

Al mismo tiempo un cuerpo blanco, voluminoso, rodó por la cascada y se perdió flotando á la distancia.

El indio que gritaba dirigiéndose á nosotros y que se aproximó un momento despues, era Maimelián que seguía los pasos de la infortunada Carolina.

¿El objeto blanco que flotaba sobre las aguas era el tipoy de la desventurada jóven?

¿Se había arrojado de lo alto de las rocas?

¿Realizaba así el triste sueño de la noche de las pasionarias?

Detuvimos la marcha de nuestra caravana y anduvimos dos dias, buscando por las alrededores el cadáver de la desdichada suicida. Todo fué en vano; las aguas se perdían en las impenetrables espesuras del bosque de espinos.

FIN

El amable lector comprenderá bien que hemos podido terminar aquí nuestro relato, pero debemos aún darle algunos datos sobre el valor de los signos ortográficos.

Si en los párrafos anteriores hubiésemos puesto una admiracion, en vez de una interrogacion, nuestro episodio terminaba de un modo trágico, novelesco, conforme al gusto mas sentimental del lector, y la pobre Carolina habría dejado desprender su alma como una burbuja de aire del fondo de las aguas. El mismo lector nos habría calificado de inhumanos y odiosos, pues los lectores de romances ó historias tiernas, siempre quieren que el tenor se case con la *prima donna,* aunque el tenor vaya de viaje por accidente y la *prima donna* sea india salvaje. Basta el dato sentimental para componer su fin de historia y no se considera que el pobre tenor tiene familia, negocios con pérdidas y ganancias, aspiraciones, respetos sociales y quizá otras novias de diferentes grados de civilizacion.

Confesamos, sin embargo, que matar á Carolina habría sido un buen fin y matarla en el agua proporcionarle un sepulcro digno de su pureza de alma; la única verdadera á los ojos de Dios.

Los puntos de interrogacion nos han salvado pues de lamentar un trájico fin y nos proporcionan la ocasion, rara entre autores, de contar la verdad respecto á la vida de Carolina, la suave Carolina, á quien Dios conserve muchos años en las embalsamadas grutas de la floresta, los frescos valles y los templos blanqueados con cal roja.

Pues sucedió lo que naturalmente tenía que suceder. Me lo ha contado un estudiante que pasó por Santiago de Chiquitos, dos años despues de mi viaje.

Carolina no se había suicidado. El bulto blanco que nuestra imaginacion nos presentó como un cuerpo flotante fué quien sabe qué. Yo y su novio, Maimelián, nos aflijimos inútilmente y si él

lloró mas que yo, no fué porque yo la sintiera menos sino porque el llorar es una costumbre primitiva.

Carolina, llorando, llorando, se había vuelto á su pueblo.

Maimelián desesperado había vuelto tambien lleno el pecho de una salvaje desesperacion y con gana de ahogarse como su novia, pero no en agua sino en aguardiente.

Algunos de sus amigos indios le aconsejaron, sin embargo, que prefiriese la chicha, consejo que aceptó con regocijo, pues le ofrecía un medio agradable de quitarse la vida.

Había empezado ya á suicidarse con una hermosa tutuma de caña cuando supo que Carolina vivía. Oh! transporte! festejó la noticia con media tutuma más y se fué derecho, nó, tambaleando, á buscar á su novia indebidamente extraviada.

La encontró bien pronto.

Carolina lloraba todavía mi pérdida, estaba desolada y linda como un ángel femenino indio.

Maimelián no pudo resistir á sus sentimientos y bajo el influjo de ellos y de la tutuma y media de caña, se convirtió en una verdadera lluvia de lágrimas.

La declaró su pasion á pesar de todo, le dijo que la perdonaría, que le regalaría un cuero de tigre, otro de ciervo y mil otras cosas mas, con tal de que consintiera en ser su esposa.

Carolina aceptó el cuero de ciervo por ser alusivo al caso y en cuanto al matrimonio, dijo que reflexionaría.

Reflexionó en efecto, y pocos dias despues se casó con Maimelián, que siempre la había amado, que nunca la había dejado y que la haría feliz no recordando lo pasado, sino cuando se encontrara mal de la cabeza.

Carolina ha tenido dos hijos despues de todo eso. El mayor se llama Maimeliancito y el segundo Filibertito.

El marido con esa perspicacia que caracteriza á los del gremio cree sinceramente que Carolina le ha puesto Filibertito al hijo, para perpetuar el nombre de algun tio abuelo de su padre y que el hecho de llamarme yo Filiberto es una pura casualidad.

Carolina ha engordado, se ha vuelto prosáica á punto de que no conocería sus poesías si llegase á caer en sus manos este libro; ya no habla como Séneca ni como Virgilio; no hace idilios, y reduce sus conversaciones á los asuntos familiares.

No tiene penas ni alegrías intensas y lo único que suele entristecerla, es el reproche que le hace su marido, cuando interviene alguna tutuma de aguardiente, respecto á sus veleidades con el hombre blanco. Sufre ella entónces menos por el reproche que por el recuerdo que él suscita y piensa cosas agradables. Desgraciadamente las piensa ahora en indio; nosotros estamos lejos y ya no podemos traducirlas.



ÍNDICE DE LOS GRABADOS

PÁGINAS

Retrato del autor.
Meliton II
Hice que Meliton gritase en guaraní I4
Iba á matar el caiman debajo de las aguas! 26
Los habitantes se defendían desde el interior de la cabaña incendiada. 37
Las cabezas fueron colgadas en los árboles, sobre la línea del campo enemigo 44
Carolina Frias 53
¿No me dijiste, cacique amigo, que no tenías una hija para mí? 56
Tivina (danza india) 60
Yo asistí al baile en traje de indio 64
Inti-huasi (Casa del sol) 67
Tira..... ahora, que se aproximan, me dijo Antonio 75
Santiacu 78
Carolina no sabía lo que era un espejo 83
Mi vanguardia se confundía con la orquesta indígena 9I
Cara-huasi 94
Cara-huasi, entónces, levantó las piernas perpendicularmente III
Aduar de los Toboroches II8
Correo indio I27
El geroglífico 13I
Cara-huasi le enterró la afilada lámina de su cuchillo I39
Mini-mai I46
Armas indias I50
Unos dias despues estábamos ya en viaje de regreso I59
Plano de las rutas de expedicionarios por el Chaco Boliviano, 1878.



15°

